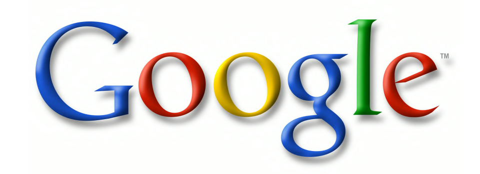
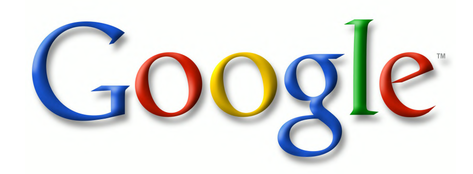



Google



# 1492

## HISTORIA DE UN AÑO CÉLEBRE

POR

FEDERICO SCHWARTZ

BARCELONA

IMPRENTA DE LA CASA PROVINCIAL DE CARIDAD
1892

# 1492

# 1492

## HISTORIA DE UN AÑO CÉLEBRE

POR


[illegible]

de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona
Profesor de la Universidad


---


BARCELONA

[illegible]

1892

# 1492

## HISTORIA DE UN AÑO CÉLEBRE

POR

FEDERICO SCHWARTZ

de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona
Profesor de la Universidad

---

BARCELONA

IMPRENTA DE LA CASA PROVINCIAL DE CARIDAD

1892

A LA MEMORIA

DEL

EXCMO. SEÑOR

D. FRANCISCO DE P. RIUS Y TAULET

EL AUTOR.

# INTRODUCCIÓN



# INTRODUCCIÓN

Si difícil, por no decir imposible, es fijar en la vida del hombre los límites respectivos de los diferentes períodos en que se divide, pues que éstos no se hallan marcados por un suceso más ó menos importante, y sí se pasa de unos á otros por una larga serie de manifestaciones que vienen á constituir una gradual transición entre ellos, no lo es menos fijar esos mismos límites á las distintas etapas que ha recorrido la Humanidad en su libre y progresiva marcha á través del tiempo y del espacio. Pásase, en efecto, de una á otra, por una serie más ó menos extensa de su-

cesos encadenados entre sí, resultado los últimos de los que inmediatamente les preceden, fruto éstos á su vez de causas primordiales engendradas por los realizados con anterioridad; marcándose así esa gradual transición entre etapa y etapa que impide, como dejamos apuntado, fijar los jalones indicadores de sus respectivos límites.

Mas así como el fisiólogo estudia en globo las varias manifestaciones de la vida humana en los distintos períodos de su desenvolvimiento, como abstrayéndolos y haciendo caso omiso del momento en que para cada sér en especial tienen su origen y su fin, el historiador también, colocado á larga distancia de los sucesos realizados por la Humanidad y examinando ésta cual un estenso y armónico lienzo, fíjase y estudia sus distintas etapas en el conjunto de notas y caracteres propios que cada una presenta, sin precisar matemáticamente dónde empiezan ni dónde terminan, ya que si semejante pretensión abrigara, intentaría un imposible, máxime si se tiene en cuenta que no siempre coinciden los sucesos que comunmente se adoptan para

indicarlo, con el modo de ser general de esas mismas épocas históricas.

Realízase de una manera evidente cuanto acabamos de indicar, en los extensos períodos en que con el nombre de edades se divide la Historia, pues ni los historiadores concuerdan en adoptar un mismo suceso como base de tal división, ni ninguno de los varios adoptados responde por completo á las exigencias y condiciones que debiera reunir para establecerla.

Por esto cuando el historiador, prescindiendo de los hechos, pasa únicamente á ocuparse de las notas que caracterizan esas mismas edades, ó se remonta á estudiar en conjunto las manifestaciones propias de cada una de ellas, tiene que recorrerlas todas por la íntima trabazón y estrecho enlace que existen entre las mismas, y porque de no hacerlo así le sería de todo punto imposible llegar á su exacto conocimiento.

No busca el historiador, el origen de la civilización moderna, únicamente en los comienzos de la edad histórica que lleva este nombre, sino que acude á las edades que le precedieron.

Búscalo en las páginas de la Antigua y ellas le dan aquel elemento nacido, al calor del fuego del hogar del primitivo arya, en las cimas del Palatino y del Quirinal: ellas mismas le muestran más adelante aquel nuevo elemento mecido en la cuna de Betlhem y fecundado con las cristalinas aguas del Jordán; y trasladándose á tiempos posteriores, en aquel conjunto de pueblos que cual alud devastador se precipitan sobre Europa, al principio de la llamada Edad media, encuentra el último é importantísimo factor de esa civilización; y al recorrer, por fin, las restantes páginas consagradas al estudio de dicha edad, echa de ver el modo cómo esos tres elementos tan distintos, tan heterogéneos, tan opuestos al parecer, se mezclan y confunden, á la vez que se purifican y avaloran, al contacto é influjo de otros hechos, de especiales circunstancias, de nuevos y más levantados ideales.

Por otra parte todos los momentos que se suceden en la vida del hombre son igualmente preciosos para su conservación, todos concurren, en su esfera, al mismo objeto, todos se proponen idéntico fin, y aún

aquellos, en los que parece como que la vida se estingue temporalmente, en los que los complejos y heterogéneos elementos del ser humano se encuentran en el más inerte reposo, le son también indispensables de todo punto. Hay, sin embargo, en la humana existencia momentos en que se presentan y resuelven verdaderas al par que peligrosas crisis, ya por lo que toca á cada uno de sus distintos elementos, ya á su armónico conjunto, y en estos momentos en que la unión físico-psíquica de la cual aquélla resulta parece próxima á quebrarse en mil pedazos, ó por el contrario á fundirse de un modo mas íntimo, si cabe, en estos momentos críticos, en estas situaciones más culminantes de la vida, se fija el pensamiento para marcar los respectivos límites de las distintas fases que presenta.

Del propio modo en la vida de la Humanidad, que como armónico al par que complejo conjunto de la pluralidad de existencias humanas debe tener, aparte de leyes superiores propias de su nuevo ser, las mismas que rigieron aquellas existencias en sus respectivas y aisladas manifes-

taciones, existen momentos críticos, períodos culminantes que, á semejanza de los que se suceden en la vida humana, la imprimen nuevas direcciones en su libre marcha.

Entre estos períodos que forzosamente llaman la atención del pensador, tanto por la grandeza de sus hechos, por la talla de los hombres que los realizan, por el especial carácter de los sistemas políticos, sociales, religiosos ó filosóficos que en ellos se manifiestan, como por la inmensa trascendencia de sus resultados y por las nuevas direcciones que imprimen á la Humanidad; períodos caracterizados generalmente por la encarnizada lucha de principios y teorías más fácilmente destruídas que aceptadas y consolidadas; períodos en que bullen, se agitan las ideas creándose múltiples y opuestos sistemas, sin llegar á formar un verdadero proceso científico, se encuentra el que en la Historia abre los tiempos modernos y que se conoce con el nombre de Renacimiento, nombre que no sólo le carecteriza por completo, sino que es, además, como dice un celebrado escritor, la espresión de un sentimiento.

Engendrado el Renacimiento por una

gran variedad de causas políticas, sociales, históricas y literarias, reconoce como á determinantes: las invenciones del papel, de la pólvora, de la brújula y de la imprenta, por una parte; los grandes descubrimientos geográficos, por otra; la destrucción del viejo imperio de Oriente con la toma de Constantinopla por los Otomanos; la consiguiente huída de los sabios griegos que se refugian en la tierra de la tradición artística, Italia, en cuyo fértil suelo derraman á manos llenas los inmensos tesoros de erudición que llevaban consigo; el movimiento literario por ellos producido y llevado á feliz término con su incansable actividad. Registra en sus anales, en el orden político, la elevación del estado llano llevada á cabo por los monarcas, que le recompensan de este modo la ayuda que aquél los presta para destruir el feudalismo, alcanzando ellos en cambio el poder absoluto; en el orden intelectual: el desarrollo del estudio en todas sus variadas ramificaciones; el progreso de las ciencias naturales, como consecuencia de las relaciones que se establecen entre el Oriente y el Occidente; en el filosófico, la resurrec-

ción y cultivo de los antiguos sistemas de Platón y Aristóteles y la aparición de otros nuevos que, en unión con los anteriores, contribuyen al completo olvido de la escolástica cuyo predominio es omnímodo en el período que le precede; y en el religioso, la aparición de la Reforma que al proclamar el libre examen marca una nueva y característica fase en la vida de la Humanidad, establece la separación entre la religión y la filosofía, contribuye á la destrucción de la escolástica, ya en decadencia, y completa el Renacimiento desde el punto de vista de que así como éste resucitó la antigüedad pagana, la antigüedad cristiana reapareció también con todo su esplendor é influencia á impulsos de la reacción promovida contra la Reforma.

En el lapso de tiempo que transcurre desde la caída de Constantinopla, en 1453, hasta la famosa paz de Westfalia, en 1648, hechos y fechas que vienen á ser los límites adoptados comunmente por los historiadores del tan notable como complejo período que acabamos de diseñar á grandes trazos, el Renacimiento, hay también momentos más culminantes en los que

tienen lugar hechos de grandísima trascendencia, y uno de esos momentos es sin duda alguna el año 1492, año de digna recordación en los anales de la Humanidad; año por el cual el más famoso de los historiadores de Italia, el célebre Guicciardini, al dar comienzo á su notable historia, empieza también á contar el siglo XVI, ya que no es en realidad para la historia el primer año de un siglo, el primero de su centenar, sino aquel que por la importancia é influencia de los hechos que durante él se realizan, marca de un modo inequívoco el término de una época pasada, el advenimiento de otra completamente nueva.

Para historiar tan célebre año, dirigiremos primeramente una ojeada general sobre los principales Estados europeos, marcando las notas culminantes del período en el que, cual centro de atracción, aquél se encuentra, fijándonos con preferencia en los grandes y trascendentales hechos que en él tuvieron lugar. Estudiaremos después el mismo período en nuestra gloriosa historia nacional, deteniéndonos especialmente en aquellos sucesos extraordinarios que cual, la conquista de Granada, la ex-

pulsión de los Judíos y el descubrimiento del Nuevo Mundo, son por sí solos, más que suficientes para justificar la grandeza y celebridad del año 1492 y el propósito que intentamos realizar en esta obra.



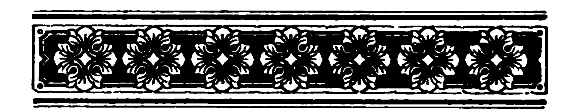
# PRIMERA PARTE

## LOS ESTADOS EUROPEOS

# I.

FRANCIA.—Ojeada sobre su situación.—Carlos VIII. —Tratado de Etaples.

ITALIA.—*Florencia.*—Lorenzo el Magnífico.—Su gobierno.—Su muerte y confesión con Savonarola.—*Milán.* —Luís el Moro.—Su corte.—*Estados Romanos.*—Alejandro VI (Borgia).—Su advenimiento al solio pontificio. —*Venecia.*—*Nápoles.*—Estado general de Italia.—Ruptura de la paz.



## FRANCIA.—ITALIA

Poco más de medio siglo había transcurrido desde que Francia saliera de la, para ella, peligrosísima crisis conocida con el nombre de *Guerra de los Cien años,* gracias á la energía desplegada por los Franceses en el último período de la misma, despertados, sin duda, sus sentimientos patrióticos por la noble conducta de la heroína de Orleans, Juana de Arc; todavía no se habían cicatrizado por completo las profundas heridas que recibiera en aquella secular lucha, á pesar de la prudente conducta política iniciada por Carlos VII, cuidadosamente imitada y hasta

exagerada por su sucesor Luís XI, quien poniendo en práctica su tan conocida máxima de «que no sabe reinar quien no sabe engañar,» con su astucia y mala fe logró, al propio tiempo que ensanchar de una manera extraordinaria el poder monárquico, abatir casi por completo el nobiliario y cimentar el nacional; cuando olvidando los monarcas que le siguieron tan prudente ejemplo, se lanzaron de lleno á quijotescas aventuras que, á trueque de pequeñísimos triunfos, sólo sirvieron para destruir la obra llevada á cabo por sus antecesores, comprometiendo á su patria en una serie de guerras tan largas como desastrosas.

Carlos VIII, inmediato sucesor del último de los monarcas citados, de tan miserable cuerpo como de romántica imaginación, resucitando añejos y dudosos derechos á la corona de Nápoles, en posesión de la casa catalano-aragonesa desde que Alfonso V, el Grande, tras vicisitudes varias, conquistara aquel reino, y cediendo fácilmente á las escitaciones de Ludovico el Moro, Savonarola y los enemigos políticos de Alejandro VI, preparaba una grande espedición á Italia, firmando en el año 1492,

el humillante tratado de Etaples con Inglaterra, y negociando los no menos deshonrosos de Narbona con el Rey Católico, y de Senlis con Maximiliano, creyendo de este modo, como dice un conocido publicista, «llegar á la cúspide de la gloria por la senda del deshonor.»

Con estos tratados destruía Carlos VIII en gran parte la obra de su padre, pues que si bien conservaba en su poder la Bretaña, que había obtenido por su matrimonio con Ana, heredera de este ducado (coronada reina de Francia en 2 de Febrero de 1492), merced á hallarse ocupando el trono de Inglaterra Enrique VII, que se distinguía por su avaricia y que no vaciló en firmar el antedicho tratado de paz á cambio de setecientos cuarenta y cinco mil escudos de oro; cedió por el segundo á Fernando de Aragón el Rosellón y la Cerdeña, condonándole además las sumas que habían sido prestadas por su padre al del monarca aragonés; y por el tercero, devolvió á Maximiliano, el Artois y el Franco-Condado.

A pesar de estos sacrificios y de los consejos que las personas más eminentes

del reino le dieron respecto á su proyectada espedición, y á pesar también de haber consumido los escasísimos recursos con que contaba antes de salir de Francia, emprende con un lucido ejército, lo que él llamaba «gran viaje de Italia.»

No dejaba sin embargo de hallarse en condiciones bastante favorables para realizar su empresa con esperanza de buen éxito, dada la anómala situación política de los diferentes Estados italianos en este período.

Florencia atravesaba, á la sazón, una de sus más brillantes etapas bajo el gobierno de los Médicis, y sobre todo del más ilustre de los príncipes de este nombre, Lorenzo el Magnífico, cuyos excelentes dotes de inteligencia y genio superior, le llevaron á ser no sólo jefe de la república florentina, sino el supremo árbitro de los destinos de la Península. Rodeado desde su niñez y relacionado, más adelante, con las principales lumbreras del Renacimiento, como el célebre platónico Marsilio Ficino, el distinguido comentador Cristóbal Landino, el sabio Lascaris, el maravilloso Pico de la Mirandola, los tres Pulci y An-

gel Policiano, vates de insigne memoria, el sombrío Maquiavelo, el famoso Ghiberti y el sublime Miguel Angel, embriagado con la atmósfera de la época en que se desenvolvía su existencia, fué á su vez uno de los más activos propagadores y firmes sostenes de aquel tan complejo movimiento intelectual, y constituído en pródigo Mecenas para con los sabios que le rodeaban, muchas de cuyas doctrinas profesaba, no dejó sin embargo en olvido que en sus máximas de gobierno decía:

Sappiate che chi vuol popol réggere
Debbe pensare al ben universale...

y procuró obrar conforme á ella, por más que en alguna ocasión los esfuerzos de su genio no correspondiesen á los resultados obtenidos.

Duras pruebas había pasado, en verdad, hasta tocar al término de su gloriosa carrera, y en distintas ocasiones no sólo había visto bambolear el edificio de su poder político, por el llevado á feliz remate, sino que él mismo había estado próximo á caer bajo los golpes de asesino puñal, y es, que todavía las ideas de libertad no habían de-

jado de animar los corazones de muchos florentinos, y es, que la corrupción de costumbres, fruto en gran parte del renacimiento de las ideas paganas que informaban las letras, las artes, las ciencias y hasta las prácticas de la vida real, determinaba un malestar social que debía producir sus naturales resultados.

A combatir este malestar social y sobre todo á destruir sus causas, oponiéndole el ejemplo de las puras ideas cristianas, tendían las predicaciones de un fraile dominico, célebre en los anales de la libertad, Jerónino Savonarola, que pretendía, como hemos indicado, restablecer la pureza de costumbres, restableciendo también en las conciencias las casi borradas creencias religiosas, y á este fraile que á la sazón ya dejaba adivinar en él al fogoso tribuno de la democracia florentina, acudió Lorenzo en los últimos momentos de su vida, cuando ni Pico de la Mirándola, ni Policiano dejaron resueltas sus postreras dudas, celebrándose así, en la memorable fecha del 1492, una entrevista entre el más firme campeón de las nuevas ideas y el ardiente defensor de las antiguas, y en esta entre-

vista entre el príncipe y el monje en la que, en realidad, el Renacimiento mostraba vacilación, dudaba entre seguir adelante en la senda emprendida, ó volver atrás en su triunfal marcha, se veía también la tenaz lucha sostenida entre la Edad antigua y la Edad media.

¡Coincidencia singular! Aquel mismo monje que con tanta energía exhortaba á Lorenzo de Médicis, en sus últimos momentos, á esperar con resignación la muerte y le concedía su paternal bendición, había de ser, no mucho tiempo después, la palanca demoledora del poder de su casa, deponiendo á sus descendientes, y estableciendo en todo su vigor las ideas republicanas en Florencia.

En tal fecha, pues, á la muerte del insigne Lorenzo de Médicis, sucédele su hijo el vano y presuntuoso Pedro, de corrompidas costumbres é inhabil para el gobierno, poco á propósito para inspirar confianza ni á los amigos políticos de su padre, ni al pueblo, por su débil carácter y corto talento, y en cuya persona debían realizarse los temores que sobre la suerte de su casa había abrigado su ilustre antecesor.

Milán, que había visto trocar los hábitos republicanos de su gobierno en el absolutismo de los Esforcias, presentaba también, como Florencia, en este mismo período, una floreciente fase bajo el mando del célebre condottieri Luís el Moro, quien de simple regente de su sobrino Juan Galeazo, que sólo de nombre ostentaba el título de duque, por sus condiciones de gobierno, por su ambición, su astucia y aún mala fe, al decir de los historiadores, llegó, deshaciéndose de su sobrino por medio del veneno, á convertirse en el supremo jefe del gran ducado, que gobernó realmente con acierto y hasta con esplendor, viniendo á ser su corte rival de la de los Médicis, por sus grandes obras, cultura é ilustración de los sabios que en ella tuvieron generosa acogida.

En ella derramaban los tesoros de su erudición los Calchi y Pietti, célebres anticuarios; los Calcondila, Merula, Minuciano y Ferrari, insignes literatos, escribían su historia los Orise y Calco, ensalzaban su gobierno Borsi y Vursinio, jurisconsultos y hombres de estado; Cornazano y Bellincioni, cantaban, con vena poética, sus

hechos, y el arquitecto Bramante, y el matemático Paziolo, y los médicos y astrólogos Pirovano y Varese, y el músico Gaffuri, y finalmente el universal Leonardo de Vinci, una de las más legítimas glorias de la pintura, embellecían aquella gran diadema de gloria y honor que ostentaba la corte de los Esforcias.

No faltaban, sin embargo, tampoco en este brillante cuadro algunas densas sombras que anublaban sus bellos horizontes, y en la misma tortuosa política y desatentada ambición de su gobernante Luís el Moro, debía encontrar también Milán en no muy lejano tiempo la causa más poderosa de su ruína, y aún la determinante de la invasión estranjera, que iniciada ahora por Carlos VIII, debía después, reproduciéndose en distintas ocasiones, cubrir de sangre y luto las feraces campiñas de Italia.

Pero no adelantemos sucesos, y veamos otro de los Estados ilalianos más importantes en este período, el Papado, la formidable potencia de la Edad media, que salvando siempre hasta con gloria las más difíciles situaciones en que se había encontrado, á la omnímoda influencia que

en sí mismo tenía, agregaba la que había ejercido ya de antiguo en los asuntos de Italia.

También se señala el año 1492 por un suceso trascendental para la suerte de la Iglesia, y aún para los destinos de la Península, que tal lo fué, en efecto, la muerte de Inocencio VIII, que tanto había intervenido en las luchas intestinas de los Estados italianos, pero que había logrado afortunadamente alcanzar en sus últimos días una era de paz y bienandanza, que parecía inminentemente amenazada con su muerte. Terribles eran, en realidad, aquellos momentos en los que Ascanio Esforcia, Julián de la Rovere, Francisco Cybo y Rodrigo Lenzuolio, llamado Borgia, se disputaban la gloria de sentarse en la silla de S. Pedro, porque como que al lado de los intereses de la Iglesia y aún mejor sobre ellos se hallaban los intereses políticos y aún particulares, y como con la elección de los tres primeros ó se elevaba de un modo extraordinario y amenazador para el equilibrio de los Estados italianos el poder de los Esforcias, ó se creía atentar á la grandeza de Florencia, ó se daba prepon-

derancia al partido francés, se pensó en el último quien, á pesar de tener en su contra la influencia aragonesa, logró, gracias á las causas que esponemos y sobre todo á las inmensas riquezas que poseía, la mayoría de los sufragios del Cónclave que le llevaron, con el nombre de Alejandro VI, á la suprema Sede. Un Papa español empezó á regir los destinos de la Cristiandad en este tan célebre año; un Papa de quien los romanos dijeron que, si Roma había sido grande bajo César, lo sería más bajo Alejandro, pues que aquél había sido un hombre y éste era un Dios; un Papa de quien Nardi, uno de los más sabios historiadores de Italia, dice: que es más fácil no hablar de él, que hacerlo con moderación, pues en verdad, su gobierno, que en sus primeros pasos fué bueno, más adelante se convirtió, como dice Zeller, en el maquiavelismo antes de Maquiavelo.

Otros dos Estados había además en Italia que habían ejercido y debían ejercer todavía gran influencia en sus destinos: Venecia y Nápoles, situados en la alta Italia el primero, y en la meridional el segundo.

Venecia, orgullosa en medio de sus

grandes riquezas, de su estensísimo comercio, de su productiva industria, en posesión de una vasta estensión territorial y recorriendo sus poderosas flotas las costas todas de todos los mares conocidos, reina obsoluta del Adriático, su poético esposo, y grande y respetada en el Mediterráneo, en el de Levante y do quier ondease el pabellón de la Señoría, yacia adormecida en medio de sus misteriosos canales, arrullada en su sueño por el monótono compás de los remos de sus góndolas, por los dulces y amorosos cantos de los enamorados, por los suspiros mil que bajo sus esbeltos puentes y desde sus afiligranados ventanales exhalaban los lacerados corazones, y yacía también en un profundo y forzado letargo político, ya que dominada por una aristocracia enorgullecida y soberbia y celosa de sus privilegios, rodeada por do quier de espías y delatores, sometida al misterioso poder de los Inquisidores de Estado, para quienes no era ningún obstáculo ni los Duxes, ni las Señorías ó Consejos, habia visto en varias ocasiones rodar sobre el cadalso las cabezas de los amantes de la libertad por encumbrados que estuviesen, y

veía también de continuo desaparecer de la vida pública á otros que eran sepultados en sus profundos calabozos subterráneos llenos de lodo y cieno y rodeados de mil tormentos, ó que encerrados bajo los mortíferos plomos sentían hervir su sangre y aún su cerebro bajo la acción del sofocante calor que en ellos se esperimentaba.

Descansando Venecia en sus riquezas y en sus gloriosos antiguos recuerdos, veía en esta época su existencia amenazada, ya por los Otomanos que la arrebataban una por una sus mejores provincias, ya por los estados europeos que la consideraban como una de sus mejores y más seguras presas.

El reino de Nápoles en poder, como hemos dicho, de la casa catalano-aragonesa desde que Alfonso V el Magnánimo implantara en su blasón las barras catalanas, se hallaba en un estado de perpetua agitación á pesar de los esfuerzos del mismo Alfonso y de su hijo y sucesor en el trono, Fernando I, en cuyo reinado, disgustados en alto grado sus barones por su tiránico gobierno y odiado por el pueblo y hasta por los príncipes italianos por su mala fe, tramaron aquéllos una vasta conspiración, que

si bien fracasó, dió motivo así como las venganzas del rey á que se levantase de nuevo el partido angevino casi muerto ya, y llamase en su auxilio á la casa real de Francia cuyo representante á la sazón, Carlos VIII, se aprestó, como ya dijimos, á defender sus pretendidos derechos.

Italia, pues, en la fecha que historiamos se hallaba en un estado floreciente desde el punto de vista literario y artístico, ya que había venido á ser como el foco común á que convergieron todas las grandes lumbreras de aquel siglo, pero al propio tiempo presentaba, como rudo contraste, el fatal sistema político que en ella imperaba, ya que separándose de la corriente general de la época que tendía á la destrucción de las pequeñas soberanías y á su absorción en un poder único y absoluto, que diese fuerza y rigor á los pueblos, como se verificó en la mayor parte de los Estados europeos, se encontraba dividida y fraccionada en cinco Estados principales, aparte de otros varios de menor monta, entre los que apenas existía lazo alguno de conexión, máxime desde que terminadas las seculares luchas entre el Pontificado y el Imperio, en

sus distintas fases, no existía siquiera un grande y poderoso centro al rededor del cual pudieran agruparse; y si bien es cierto que en el momento histórico á que venimos haciendo referencia gozaban los Estados italianos de una paz general, hija de los intereses políticos más que de los nacionales, ésta se hallaba en inminente peligro de romperse al primer pretesto que hubiese para ello; y no era en realidad Italia la nación menos interesada en conservar esta unión y aún en fortificar los vínculos de este estado, pues que veía amenazada su existencia, ya por las continuadas conquistas de los Turcos, ya por los derechos, reales ó ficticios, que algunos Estados europeos alegaban sobre ella.

Por otra parte la corrupción de las costumbres era general, grande la degeneración de caracteres, su legítima consecuencia, y hasta el antiguo valor militar parecía extinguido casi por completo, siendo la *condotta* el único medio de encontrar partidarios para cualquier causa, y originándose de aquí el poderío de algunos jefes, *condottieri*, como los Esforcia, los Malatesta y otros, que convirtieron las anti-

guas repúblicas en principados bajo su mando.

En tal estado, ya fuesen las protestas de los barones napolitanos contra su rey Fernando I, ya sus escitaciones á Carlos VIII para que acudiese á la defensa de sus derechos, ya la mala fe de Luís el Moro, ora la alianza entre Florencia y Nápoles, ora los recelos y la política de Alejandro VI, ó cualquier otro motivo, por futil que fuese, bastaba, como sucedió, para concluir con la era de paz de que disfrutaba Italia.

Esta terminó con la invasión de Carlos VIII á cuya primera etapa, coronada por el éxito más completo, pues entró en Roma como libertador y llegó hasta Nápoles «sin romper una lanza,» sigueron tales desastres que dieron por resultado la pérdida de todo lo conquistado, y dejar á sus sucesores comprometidos en una serie de fatales luchas en las que habían de consumir raudales de sangre y de dinero y debilitar extraordinariamente el reino.



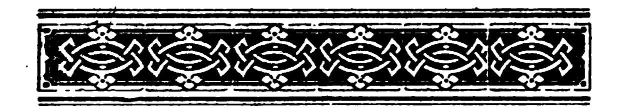
## II.

ALEMANIA.—Situación general.—Federico III.—Tratado de Presburgo.

TURQUÍA.—Bayaceto II.—Sus conquistas.

RUSIA.—Ivan III.—Fin del poder de la *Horda de Oro*.—Fundación de Ivangorod.—Dieta de Walk en Livonia.

POLONIA.—Estado general.—Casimiro IV.—Su muerte.—Segregación de Lituania.—Alejandro y la Dieta de Wilna.—Juan Alberto.—Sus propósitos.—Tratado con Wladislao de Hungría.—Fracaso de Juan Alberto.



# ALEMANIA.—TURQUÍA.—RUSIA. POLONIA.

En situación bastante parecida á la de Italia se encontraba también Alemania, en el período que estamos reseñando. Dividida en mil pequeñas soberanías, contaba con numerosas y opulentas ciudades, orgullosas con sus riquezas y privilegios, y con una población robusta y belicosa; pero faltábale, sin embargo, la indispensable unidad política, á pesar del empeño mostrado por algunos emperadores que ya por medio de guerras, ya por uniones matrimoniales y herencias, habían logrado incorporar á su corona Estados importantes, pero que también habían visto sus es-

fuerzos contrariados, ora por la amenazadora invasión de los Turcos, ora igualmente por las mil y mil luchas intestinas que surgían, á cada momento, entre los mismos Estados que constituían el Imperio.

Federico III, que gobernaba á la sazón, hombre dotado de grandes virtudes privadas, pero de *corazón pequeñísimo*, como dice Comines, y de escasas facultades para el gobierno, vió durante su reinado los progresos temibles y extraordinarios de las armas turcas, la segregación de Hungría y de Bohemia, así como la de Milán y Lombardía, la rebelión de Austria y el descrédito completo del poder imperial, sin que ni él, por su parte, ni las escitaciones de los Pontífices, fuesen bastantes á terminar las guerras privadas, ni á reunir un ejército cristiano para combatir á los Otomanos.

El primero de los reinos citados, á pesar de las continuas luchas que hubo de sostener, desde su separación del Imperio, alcanzó un grado de extraordinario esplendor, bajo el gobierno de Matías Corvino, quien al propio tiempo que ilustre guerrero, demostró grande afición á las le-

tras, las ciencias y las artes. En su corte brillaron gran número de sabios, encontraron afectuosa acogida los mejores artistas italianos, y fundó la biblioteca de Buda. Fué, en verdad, un príncipe digno del Renacimiento, cuya corona pasó, á su muerte, á las sienes de su hijo póstumo Ladislao.

El año 1492, último del reinado de Federico, se marca entre los demás, ya por haberse terminado en él un tratado de sucesión eventual, para Hungría, entre Maximiliano y Ladislao, así como por la incorporación á los dominios de éste del ducado silesiano de Oels, Wohlau y Kosel, por muerte de su último duque; ya también por cuanto viene á ser la valla de separación entre el lamentable estado en que se encontraba el Imperio en esta época, y el más próspero y floreciente que alcanzó después bajo el gobierno de Maximiliano, merced á su hábil conducta y prudentes reformas políticas que, si redundaran por el pronto en perjuicio de la autoridad personal del emperador, convirtieron, en cambio, el Imperio en una vasta y poderosa confederación.

La creación de la *Cámara Imperial*, cuyas atribuciones eran, en lo judicial, superiores á las del emperador; la del *Consejo Áulico*, limitativo de aquella institución, la de las milicias permanentes de los *lansquenets* y de los *reistress*, y la división de Alemania en diez *círculos* ó regiones, motivaron el profundo cambio que se operó en esta nación, en cuyo solio se sentó, tras su muerte, su nieto Carlos V, hijo de Felipe el Hermoso y D.ª Juana la *Loca*, que debía redondear, por decirlo así, la obra del engrandecimiento de Alemania emprendida por Maximiliano, á pesar del insuperable obstáculo que debía presentarle la revolución religiosa que estalló, y que conocemos con el nombre de Reforma.

Al propio tiempo, y aprovechándose los Turcos de las circunstancias lamentables en que se encontraban los Estados europeos del extremo Oriente, su sultán Bayaceto II, aunque poco aficionado á la guerra, extendía los ya poderosos dominios que le legara su antecesor, Mahometo II, el conquistador de Bizancio, con las nuevas conquistas de Bosnia, Croacia y Dalmacia, no sin verse obligado para ello, á

sostener grandes luchas con el Imperio, con Venecia á la que conquista también varias plazas, con los mismos Musulmanes y hasta con sus propios hijos.

Por su parte Rusia, recobraba su independencia, en esta época, gracias á la destrucción de la famosa *Horda de Oro*, vasto imperio fundado en no muy lejanos tiempos por los Mogoles á las órdenes de Batu, nieto de Gengis-Kan, quien después de exterminar los ejércitos rusos que se le presentaron, se apoderó de Moscow y llegó hasta Novogorod y Kaminieck en Podolia, destruyó el gran ducado de Kiew, y después de sujetar á tributo el de Wladimir, marchó contra Polonia, Silesia y Moravia, si bien hubo de retirarse, quedando sólo Rusia en servidumbre. Por espacio de dos siglos los Rusos tuvieron que sufrir el duro yugo de sus conquistadores, sin que nada pudiesen los esfuerzos de Demetrio III para recobrar la independencia. La *Horda de Oro* sufrió, en cambio, un gran contratiempo con la nueva invasión mongólica acaudillada por Timur-Lenck, á consecuencia de la cual quedó muy debilitada, y en 1492, un siglo después de ella,

Juan III, gran duque de Moscow realizó por completo su propósito de arrojar á la *Horda* más allá del Don, hasta el Cáucaso, sucumbiendo para siempre el poder de este imperio que, revolcándose en el lecho de su propia impotencia, pudo prolongar todavía su vida hasta el 1502. Pasó, pues, el gran ducado moscovita á constituir una monarquía fuerte y robusta gracias al valor, esfuerzos y hábil conducta de su príncipe Ivan III, con razón apellidado el Grande, quien, después de repetidas victorias alcanzadas sobre los Kanes asiáticos que pululaban en sus estensos dominios; sobre las pequeñas repúblicas, que se habían constituído con poder independiente en Novogorod, Permia y Pleskow, y sobre los monarcas polacos que se habían apoderado de grandes territorios, tomó el título de Czar ó autócrata de todas las Rusias, viniendo á ser por esto, por sus reformas políticas, y por sus tentativas para introducir la civilización en sus dominios, el verdadero fundador del Imperio ruso.

Era Ivan III hombre de relevantes prendas personales; modesto y sobrio, poco comunicativo y menos sensible. Se le com-

para con fundamento á Luís XI de Francia, por sus condiciones así como por la análoga obra que respectivamente llevaron á cabo. Fué un celoso administrador de sus pueblos, pero despertó por su crueldad más terror que simpatía, de manera que «se le temió pero no se le amó,» como dice Schiemann, quien, sin embargo, termina su biografía afirmando que: «de la época de Ivan III data el sentimiento nacional del pueblo ruso.»

El año 1492, es además notable en este reinado por la fundación de una formidable fortaleza frente á Narva, que se llamó Ivangorod, y que amenazaba ser el punto de apoyo para la invasión de los Rusos en Livonia, con cuyo estado habían firmado tiempo atrás una paz frecuentemente relegada al olvido por ellos. Motivó á su vez este hecho, en aquella región, la dieta de Walk, celebrada el día de S. Juan, en la cual todos los reunidos acordaron resistir enérgicamente el ataque de los Rusos y defender su independencia hasta la muerte. La guerra, sin embargo, no empezó hasta algún tiempo después, distinguiéndose en ella extraordinariamente el famoso

Wolter de Plettemberg, vencedor de los Rusos en la decisiva batalla del Smolina, que aseguró la independencia de Livonia.

Otro de los Estados orientales de Europa cuya historia en este período, notable, aunque triste por las circunstancias especiales que la revisten, es Polonia. Tres poderosos enemigos la amenazaban en sus fronteras: los Turcos, los Rusos y los Caballeros Teutónicos, dispuestos todos ellos á arrebatarle parte de sus dominios. Pero aún tenía un enemigo más temible y más perjudicial en su seno mismo; tal era la orgullosa aristocracia cuyo poder aumentaba continuamente, convirtiéndose en una oligarquía verdadera para la que no existía la autoridad real.

Casimiro IV, monarca de buenas prendas personales, liberal como todos los Jagellones, amigo de las ciencias, pero descuidado y poco constante en sus opiniones, más atento á proporcionar tronos á sus hijos que á defender su reino de los ataques de los enemigos exteriores, dejó que los Turcos y los Rusos se apoderasen de algunos de sus dominios, que la nobleza se afirmase en sus irritantes privilegios y que

Lituania su patria aflojase los lazos que le unían con Polonia hasta romperlos completamente, á su muerte, acaecida en la memorable fecha de 1492.

Polonia, no obstante, se transformó desde el punto de vista político y atravesó un período de esplendor, en su reinado, durante el cual penetró en ella la imprenta y salieron de las aulas de la universidad de Cracovia gran número de sabios distinguidos.

A la muerte, pues, de Casimiro IV, ocurrida, como hemos dicho, en 1492, separáronse las dos coronas de Lituania y Polonia, en la primera de las cuales fué proclamado rey, Alejandro, su hijo, en la dieta de Wilna, quien al cabo de poco tiempo (Agosto del mismo año) concedió un privilegio en el que «se reconocían á los prelados, príncipes, barones, á la nobleza y á las ciudades de Lituania, Reuss y Schamait todos los derechos y libertades de que disfrutaba la nobleza polaca; funesto presente, pues Lituania se vió envuelta en el pernicioso movimiento que en Polonia, para favorecer á la nobleza, amenazaba con despojar de todos sus derechos á las demás clases.»

Con mayores dificultades que en Lituania, fué proclamado rey Juan Alberto, hijo también de Casimiro IV, realizándose así los deseos de este monarca en Polonia. Contaba desde ahora este reino con un gobernante á quien se estimaba mucho por su valor militar, y que hubiera podido hacer de ella un Estado fuerte y poderoso, pero Juan Alberto ó no estuvo á la altura de su misión ó las circunstancias le fueron adversas para sus propósitos, que tendían á establecer en Polonia un gobierno monárquico absoluto. Necesitaba para tal empresa firmes apoyos y halló uno en su hermano Wladislao, rey de Hungría, con el cual firmó á fines del año 1492, un tratado por el cual no sólo quedaban zanjadas definitivamente las diferencias que entre ellos existían desde antiguo, sino que se ofrecian mutuamente auxilio «para el caso de un levantamiento de sus súbditos, ó de una tentativa de éstos para limitar las regias prerrogativas.»

A pesar de esto y de la atmósfera general de la época favorable á tal cambio político, Juan Alberto fracasó en su intento, pues, comprometida Polonia en guerras ex-

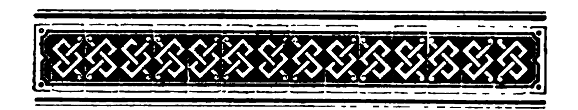
teriores tuvo que sancionar y aún ampliar los antiguos privilegios de la nobleza que guiada siempre por egoístas intereses de clase, debía en tiempos posteriores ser la causa de la ruina de este desgraciado reino.



## III.

INGLATERRA.—Ojeada retrospectiva.—Enrique VII. —Su carácter —Reunión del Parlamento.—Guerra con Francia.—Tratado de Etaples.—Perkin Warbeck.—Reformas de Enrique VII.

PORTUGAL.—Origen de este reino.—Juan II.—Lucha con la nobleza.—Política exterior.—Matrimonio del Príncipe D. Alfonso con la infanta D.ª Isabel.—Muerte de D. Alfonso.—Descubrimientos de los Portugueses.—Juicio de Juan II.—Nuevas empresas.



# INGLATERRA.—PORTUGAL.

SORPRENDE, en verdad, el unísono movimiento de las ideas políticas en todos los Estados europeos durante la época que estudiamos. Los hombres, las aspiraciones y hasta los hechos, todo se encamina hacia el mismo é idéntico fin, cualesquiera que sean respectivamente el lugar en que se agitan, el momento en que se manifiestan, y las circunstancias en que se realizan.

La monarquía absoluta es la meta política que persiguen lo mismo en el extremo Oriente que en el Occidente, en los grandes como en los pequeños Estados.

La lucha con la nobleza y el abatimiento consiguiente de esta clase, son el medio comunmente adoptado por monarcas de caracteres, talentos y energías sumamente parecidas, por no decir iguales, como Luís XI en Francia, Fernando V en Aragón, Maximiliano en Austria, Ivan III en Rusia, Juan Alberto en Polonia, Juan II en Portugal; al paso que la guerra de los Cien años, la unión de Aragón y Castilla, la fundación de la Confederación alemana, la ruína de la *Horda de Oro*, y la dominación de los Jagellones en los tronos de Oriente, facilitan á cada uno de ellos, en gran manera, la obra común de la época.

No podía escluirse Inglaterra de la atmósfera general en que se movía Europa, y también en ella encontramos un hombre, como Enrique VII, que puede figurar dignamente entre los que hemos citado, y un estado general de cosas que le permitieron preparar la transformación política que, al cabo de pocos años, experimentó la nebulosa Albión.

Mas antes de ocuparnos especialmente de este monarca, en cuya cabeza vinieron á quedar unidos los derechos de dos casas

rivales, cuyas terribles luchas ensangrentaron durante largos años el suelo de Inglaterra, es forzoso retrotraigamos nuestro estudio al esbozo de esa terrible hecatombe, conocida con el poético nombre de *Guerra de las dos rosas*.

Desde que Enrique IV de Lancáster subiera al trono de Inglaterra, en perjuício de la casa de Mortimer, cuyos derechos eran mejores, quedó planteada una cuestión dinástica cuya resolución definitiva sólo debía encontrarse en los campos de batalla. En el reinado de Enrique VI, segundo sucesor del monarca citado, y gracias á un conjunto de circunstancias favorables que para una revolución se aunaron en Inglaterra, Ricardo de York se presentó en la liza reivindicando los derechos de su casa é iniciando, tras varias tentativas pacíficas para apoderarse del trono, la sangrienta lucha á la que dieron nombre las escarapelas encarnada y blanca de ambas casas rivales. Vencedor en Saint-Albans y en Northampton, fué derrotado y muerto en Walkelfield, después de cuya batalla á la que siguieron horribles suplicios de los yorkistas, Warwick, el *hacedor*

*de reyes*, continuó la guerra en nombre de Eduardo hijo de Ricardo, y si bien fué derrotado por la intrépida Margarita en la segunda batalla de Saint-Albans, logró entrar en Londres en donde fué proclamado Eduardo, rey de Inglaterra y Francia.

Reanimóse á pesar de todo, en las comarcas del Norte, el partido de Enrique, con la batalla de Mortimer, pero fué de nuevo derrotado el ejército real en Towton y en Exham. Todavía la defección de Warvik, que se pasó al partido de Enrique VI, hizo que cambiara la suerte de las armas, pero la batalla de Barnet y la decisiva de Tewkesbury, en la primera de las cuales pereció aquel general, y tras las que extinguióse la casa de Lancáster, por muerte de Enrique VI y del Príncipe de Gales, terminaron esta guerra en la que perdieron la vida ochenta príncipes y casi toda la antigua aristocracia inglesa.

Tras el tiránico reinado de Eduardo IV, y merced á la triste tragedia de la Torre, en la que fueron víctimas sus dos pequeños hijos, subió al trono Ricardo III, cuyo doble crimen pagó pronto con su vida en la batalla de Bosworth, en cuyo campo

fué proclamado Enrique VII quien, por su enlace con Isabel, hija de Eduardo IV y heredera de la casa de York, reunió los derechos de las dos casas rivales.

«Con Enrique VII empieza la dinastía de los Tudors, que debía reinar en Inglatera ciento diez y ocho años, época de grandeza y de miseria, de gloria y de vergüenza, llenada por tres príncipes, Enrique VII, Enrique VIII y Eduardo VI, y dos reinas María é Isabel, una de las cuales ocupa un lugar en la historia entre los grandes monarcas.»

Era Enrique VII más avaro que cruel, cualidad que puso de manifiesto sobre todo cuando vencedor en Stoke de un competidor al trono, que le habían presentado, se aprovechó de la victoria para arruinar con enormes multas á los ricos yorkistas que habían tomado parte en la intentona. Otra medida de carácter político tomó también, sin embargo, después de este suceso, con la que dió un golpe terrible á los privilegios de la aristocracia: tal fué la abolición del derecho de *maintenance*. Consistía esta en una asociación de individuos que se ponían á las órdenes de un jefe, cuya librea

usaban y á quien se comprometían á ayudar, bajo juramento, en cualquier empresa que intentase, así como en sus propias querellas personales. Como se comprenderá la administración de justicia debía ser impotente ante este poder, y la autoridad real quedaba al arbitrio del más fuerte.

La *Cámara estrellada*, tribunal criminal, así llamado del salón donde celebraba sus sesiones, fué el encargado de terminar con la *maintenance*, aunque más adelante se convirtió en manos de los monarcas en un instrumento de tiranía.

En otras ocasiones demostró Enrique VII su avaricia, particularmente cuando pensó en llevar la guerra á Francia, á cuya corona se había incorporado el ducado de Bretaña sobre el que alegaban ciertos derechos los monarcas ingleses. Había empezado por hacer un reparto obligatorio entre sus súbditos, ricos ó pobres, ya que todos venían comprendidos en la fórmula ideada por el canciller Morton, y para sancionar este arbitrario acto, convocó el Parlamento ante el que expuso su deseo de emprender una vigorosa campaña contra Francia, recordando los lauros alcan-

zados en la guerra de los Cien años por los Ingleses, y manifestando que para tal empresa eran necesarios grandes sacrificios, que serían sobradamente compensados con las riquezas que se conquistarían, pues se comprometía á hacer que la guerra se sostuviese con la guerra misma. Entusiasmado el Parlamento, y aún la nación entera, concedió al monarca el subsidio que pedía, y aunque algunos pesaban con buen acuerdo las dificultades de la empresa, la mayoría, cegados por el deseo de gloria y de riquezas, se alistaron en el ejército, que en 6 de Octubre de 1492 pisó las costas de Francia.

Pronto pudieron convencerse los más entusiastas de los verdaderos propósitos del monarca, pues á pesar de haberse roto las hostilidades, se habían entablado negociaciones para la paz, negociaciones que so varios pretextos, entre ellos la retirada de Maximiliano y la paz acordada entre Carlos VIII y Fernando el Católico, tomaron cuerpo y terminaron con el tratado de Etaples, de que nos ocupamos ya en otro capítulo, que dió por resultado el que Enrique VII se quedase con el dinero que sus

súbditos le habían dado para la campaña, más con las enormes sumas que se le concedieron por Francia para comprar la paz.

No fué este motivo de gran regocijo para Enrique VII, pues acababa de firmarle, cuando en este mismo año, tan fecundo en acontecimientos, se le presentó otro competidor al trono en la persona de un joven llamado Perkin Warbeck, que decía ser Ricardo, duque de York, y haberse escapado de las manos de los asesinos pagados por su tío. Volvía, pues, la *Rosa blanca* á entablar la lucha tantas veces reproducida, y durante seis años mantuvo en constante alarma á Enrique, gracias al valioso apoyo que Francia, Escocia y gran número de señores ingleses prestaron al pretendiente, que, prisionero después de la batalla de Towton, fué decapitado un año más tarde, junto con el joven duque de Warvick.

La *Star-Chamber* había dado, como hemos dicho, un golpe fatal á los privilegios de la abatida aristocracia inglesa, pero aún contribuyó más todavía á su decadencia la supresión del derecho de *sustitución*, que se oponía á la enajenación de las tie-

rras de los nobles; así como los procesos sin cuento que sobre ella cayeron á fin de arruinarla, procesos en los que, como dice Bacon, ni aún se cuidaron los agentes de Enrique de «mostrar siquiera la silueta de la justicia.» Los Comunes se hicieron, por su parte, dócil instrumento del monarca inglés, y así pudo éste, por procedimientos análogos á los de Luís XI y Fernando el Católico, llegar al establecimiento de la monarquía absoluta.

Otras medidas en favor del comercio y de la industria y algunos reglamentos en pro de estos ramos, así como una expedición realizada por Sebastián Gabotto á las costas septentrionales de América, que dió por resultado el descubrimiento de Terra-Nova y de las costas de la Florida, son los hechos más notables, en esta esfera, que tuvieron lugar en el accidentado reinado de Enrique VII.

Para terminar la breve reseña que venimos haciendo de los albores de la Edad moderna y particularmente del célebre año 1492, tócanos hablar de un pueblo, sangre de nuestra sangre, suelo de nuestro suelo, que ha compartido con nuestra que-

rida patria, desde su nacimiento, los gloriosos destinos de la Península Ibérica.

Nos referimos á Portugal, la Lusitania de los antiguos, que convertida en Condado feudatario de Castilla por Alfonso VI, lo fué pronto en reino independiente por Alfonso Enriquez que, tras la celebrada victoria de Ourique, alcanzada sobre los Musulmanes, fué proclamado rey y jurado en las Cortes de Lamego. Desde entonces conservó su independencia de la que siempre se ha mostrado sumamente celoso, y por la que sostuvo, durante la Edad Media, encarnizadas luchas contra Castilla; y si en los tiempos modernos, aunque fracasadas las tentativas de unión ideadas por los Reyes Católicos, unióse posteriormente con el resto de la Península, por su conquista por Felipe II, en breve recobró su independencia aprovechándose de los calamitosos reinados de Felipe IV y Carlos II. En nuestros mismos días, en que se han manifestado tendencias hacia la confederación de las dos naciones, cuyos intereses son tan análogos, por no decir comunes, se han visto contrariadas tan levantadas ideas, ante los recelos y el exagerado amor que

hacia la independencia de su reino sienten los Lusitanos.

Juan II es el monarca portugués que abre los tiempos modernos, un monarca cuya obra consistió en «humillar á la nobleza, unirse con el pueblo y mantener la paz con España para consagrar al Océano todos los recursos de sus Estados,» cimentando así la grandeza de la monarquía portuguesa. Fué este rey digno émulo de los monarcas de su siglo, que ya hemos citado, y como ellos estuvo sujeto á la especial tendencia de la época hacia la unidad monárquica, y el poder absoluto, al propio tiempo, que consagró su vida y sus energías al estudio y á los descubrimientos geográficos que ya su pueblo había iniciado.

Para llegar á lo primero hubo de poner en juego los mismos medios de que los reyes sus coetáneos se sirvieron. En Portugal, como en Castilla y como en toda Europa, se había sostenido una tenaz lucha entre la aristocracia y la realeza, y aunque un Pedro I, como en Castilla, había logrado domeñar por de pronto aquella turbulenta y ambiciosa clase, había de nuevo cobrado nuevos bríos y alcanzado tan exa-

gerados privilegios, que al redundar en desprestigio de la monarquía coartaban todas las iniciativas que los reyes pudiesen tener.

A salir de esta triste situación se dirigieron los primeros esfuerzos de Juan II «imponiendo un nuevo juramento á sus gobernadores y á sus vasallos; sustituyendo casi en todas partes la jurisdicción de los nobles con la real; y sujetando á severo examen las donaciones territoriales de sus predecesores.» No tardaron en dejarse oir las protestas de los nobles, que tramaron conjuras contra el monarca, pero éste, decidido á llevar adelante su empresa, hizo perecer en un cadalso al duque de Braganza, mató con su propia mano al joven duque de Viseo, y tras el suplicio de los cómplices de ambos, pudo el monarca portugués lograr que cierto embajador dijese de él: «He visto á un hombre que manda á todos y á quien nadie manda.»

Su política, en el esterior, redújose á mantener con Castilla la más estricta neutralidad, en las cuestiones promovidas por los partidarios de la Beltraneja, y hasta estrechar los vínculos de unión entre am-

bos Estados, para lo cual se concertó el matrimonio de su hijo D. Alfonso con la infanta Isabel, hija de los Reyes Católicos; matrimonio que hubiera podido producir la unión definitiva de las dos coronas, pero que fué sumamente desgraciado, ya que á los pocos meses de verificado el enlace de los jóvenes príncipes murió desgraciadamente D. Alfonso, frustrándose así tan gratas esperanzas.

Con esta sabia conducta logró Juan II encaminar las fuerzas y las energías de su pueblo hacia fines mucho más superiores y productivos, prosiguiendo con gloria por la senda que le habían trazado varios de sus predecesores. Ya en la primera mitad del siglo xv, el infante D. Enrique, cuya divisa se resumía en tres palabras: «deseo hacer bien,» y cuyos conocimientos matemáticos le indujeron á emprender atrevidas y nuevas esploraciones, había logrado que los marinos portugueses llegasen á Porto Santo y Madera, doblasen el temido cabo Bojador, adquiriesen las Azores, y colonizasen las riberas del Río de Ouro, llegando hasta el Senegal y el Cabo Verde. Suspendidos durante el reinado de Al-

fonso V los descubrimientos, reanudáronse otra vez en el glorioso reinado de que nos ocupamos, y los reinos de Guinea, Benin y Congo fueron recorridos, y lo mismo toda la costa africana de Occidente hasta el Cabo de las Tormentas, visto por vez primera por el intrépido Bartolomé Diaz.

Las misiones de Paiva y de Covilham, en Oriente, y las extraordinarias proezas del inmortal Vasco de Gama, dieron á los Portugueses el tan anhelado camino de las Indias Orientales, que otro marino no menos célebre, Colón, trataba de encontrar en dirección opuesta. No es nuestro ánimo seguir paso á paso esta serie de importantes sucesos y sí nos basta consignarlos para hacer resaltar la importancia de la época que estamos estudiando. Sólo debemos agregar que, á partir del reinado de Juan II y de su sucesor Alfonso V el Afortunado, Portugal contó con un vastísimo imperio colonial, de que hoy sólo le restan algunas importantes pero escasas posesiones, y un inmenso número de gloriosos recuerdos.

«El hombre ha muerto.» Con estas palabras hizo la reina de Castilla, D.ª Isabel,

la oración fúnebre de Juan II á quien reputaba como uno de los tipos dignos de los hombres, y en realidad, merecía este monarca tal elogio. Identificado con la época en que vivió fué uno de los más firmes campeones del Renacimiento, cuyos primeros rayos iluminaban yá el mundo; dedicóse con entusiasmo á las artes y particularmente á la lectura de los clásicos, y procuró difundir los conocimientos por todo su reino; atrajo á su corte á muchos sabios y artistas extranjeros, y confió al ilustre Policiano la misión de narrar los descubrimientos de los Portugueses, echando así, en su patria, los gérmenes de nuevas glorias.

Portugal, en efecto, al continuar sus empresas gloriosas en el Océano, debía abrir una nueva vía al comercio europeo, necesaria por completo en esta época, ya que «las relaciones mercantiles del Asia con el Occidente, tan activas antes y tan florecientes en la época de Alejandría, de Constantinopla y de Caffa, se hallaban casi interrumpidas desde que estas tres ciudades gemían bajo la dominación musulmana,» y «lo poco que de ellas quedaba,

añade Bouchot, de quien tomamos estas líneas, favorecía esclusivamente á Génova, á Florencia y particularmente á Venecia,» al propio tiempo que debía labrar su gloria y su fortuna.

Vasco de Gama, que dobló el cabo de Buena Esperanza y abordó por vez primera á la India; Alvarez Cabral, que echó los cimientos del imperio colonial de los Portugueses, y descubrió el Brasil; Francisco Almeida, y finalmente, Alfonso de Alburquerque, *el Marte portugués,* que con sus extraordinarias proezas consolidó el poder de su patria en el sud de la India y en los mares de Oriente, son los nombres gloriosos que ilustran la historia de Portugal, cuya literatura se ensancha y desarrolla al calor de tantas empresas, y produce un Camoens, nuevo Homero, digno de ensalzar hombres tan ilustres y tan notables fastos.

Con Portugal terminamos la serie de pueblos, cuya historia, en el año 1492, nos hemos propuesto bosquejar hasta aquí; ya que la de España, mucho más importante, en la misma fecha, tanto desde el punto de vista general, como por lo que á nos-

otros, sus hijos, respecta, constituye por sí sola nuestro primordial objeto, y á su exposición dedicaremos la segunda parte de esta obra.

Réstanos, todavía, antes de entrar en su gloriosa historia, y para completar la de aquellos pueblos, presentar el cuadro de sus manifestaciones literarias, científicas y artísticas en la misma época.



# IV.

LAS LETRAS, LAS CIENCIAS Y LAS ARTES.—Concepto del *Renacimiento*.—Causas que le determinaron en el orden literario y artístico.—El papel. —La Imprenta.—Los sabios griegos.—Precedentes del *Renacimiento*.—Las letras clásicas en la Edad media.—Renacimiento nacional italiano.—*Humanistas* y *Oscurantistas*.—Universidades.—Literatura italiana, alemana y francesa.—*Filosofía*.—Escuelas principales.—*Astronomía*.—Sus progresos.—*Arquitectura*. — *Escultura*. — *Pintura*.—Sus escuelas.—Crítica del *Renacimiento*.



# LAS LETRAS, LAS CIENCIAS Y LAS ARTES.

GUERRAS, asolamientos, fieros males, entre tus brazos cierras.» En esta hermosa frase, resume el príncipe de nuestros líricos todo el conjunto de hechos que constituye la Historia de los autores antiguos. En ella, realmente, sólo tienen cabida los sucesos pertenecientes á la que, en nuestra época, aunque de un modo inexacto, ha recibido el nombre de historia externa, y se prescinde por completo de otro orden de hechos, no menos externos también, pero que pertenecen al desarrollo de las fuerzas intelectuales, de las instituciones políticas, de las manifestaciones so-

ciales, en una palabra, á la llamada con la misma inexactitud que aquélla, historia interna.

Dejándonos llevar de la general costumbre, hemos esbozado en los anteriores capítulos, la vida externa de los principales Estados europeos, para venir en éste, á ocuparnos de esas manifestaciones literarias, científicas y artísticas, á que nos referíamos, y que son, por una coincidencia singular, las que dan el verdadero carácter á la época, cuyo estudio estamos haciendo: al Renacimiento.

El Renacimiento en su esencia, y no ya como un período histórico, consiste en la tendencia general que se manifiesta en todos los órdenes de la vida á imitar la antigüedad greco-romana. En la organización política, se siguen las reglas prácticas y consejos que la historia proporciona al hablar de aquellas civilizaciones; en la legislación, se acude al derecho romano, la *razón escrita*, como se le ha llamado, se difunde su estudio por todas las escuelas y en él se basan las leyes de los pueblos; la Filosofía vuelve á Platón y Aristóteles, menospreciando y hasta vili-

pendiando la de la Edad media á la que, en son de mofa, se le llama *escolástica*; en la esfera más elevada de la religión sustitúyese la fe pasiva de la Edad media, por la especulación racional de aquellos filósofos, emancipándose así el pensamiento de la servidumbre en que estuvo bajo la filosofía y enseñanza de la teología; y en la literatura y en el arte, finalmente, se desentierran todas las obras de aquellos lejanos tiempos, atendiendo sólo á su constante y hasta servil imitación.

En la Introducción de esta obra, expusimos ya las causas que produjeron este complejo hecho. Entre las mismas, y en el orden literario, citamos las invenciones del papel y de la imprenta, y la dispersión de los sabios griegos por Europa, con motivo de la conquista de Bizancio por los Otomanos.

Estas tres causas, reunidas y sumadas á los precedentes que existían en los distintos Estados europeos, en los que se dejó sentir la influencia de tan extraordinario movimiento, fueron, en realidad, las que lo motivaron.

A fines del siglo VIII, cuando ya hacía

tiempo que el papel de algodón había sustituído, en Oriente, al papyro, se introdujo en Europa, aunque no se generalizó su uso, ni logró sustituir á su vez al pergamino hasta mucho después, merced al perfeccionamiento de su fabricación, que vino á coincidir con el descubrimiento de la Imprenta. «Hay en esto, dice Egger, una de esas coincidencias en que ciertos talentos no quieren ver más que un efecto del azar, y en que el buen sentido, de acuerdo con el espíritu religioso de la humanidad, reconocerá siempre la acción misteriosa de la Providencia que gobierna nuestros destinos.»

Al alborear el siglo XV nació Guttemberg, y á mediados del mismo célebre siglo, empezó á salir de sus prensas el primer libro impreso, «no hecho con el auxilio de caña, stylo ni pluma, sino por la coördinación maravillosa del volumen de las letras por medio de punzones y matrices,» como dice la inscripción que al final de la misma obra se continúa. No es ánimo nuestro consignar aquí las contrariedades, las amarguras y las decepciones sin cuento, que hubo de sufrir este ilustre hombre, despojado hasta

de la gloria de su inmortal descubrimiento; tócanos sólo, para nuestro objeto, consignar que tan extraordinaria invención se propagó por Europa con la rapidez del rayo, llevando por todas partes su benéfica y regeneradora influencia.

Desde entonces «los frutos del ingenio, presa en otro tiempo de la polilla, y sepultados en el polvo, comenzaron á surgir y á difundirse á mares por toda la tierra;» desde entonces pudieron adquirirse los libros á bajo precio, y no fué el saber patrimonio poco menos que exclusivo de los ricos; desde entonces data la igualdad de los hombres en la esfera de lo intelectual. Guttemberg rompió las vallas que limitaban al campo del estudio, y abrió á la inteligencia nuevos y dilatados horizontes, donde pudiera ejercitar todas sus energías; las ciencias y las artes recibieron de él, el mayor impulso posible para su difusión; y la barbarie que, en distintas ocasiones, había dominado en la historia, no fué ya de temer, pues, con la imprenta, como dice un erudito escritor, «la humanidad posee para combatirla, un arma omnipotente.»

Mas si coincidencia singular es el perfec-

cionamiento y la invención simultáneos del papel y de la imprenta, mayor coincidencia es todavía, la dispersión de los sabios griegos, que conquistadas una por una las provincias del viejo Imperio Bizantino, y tomada Constantinopla por Mahometo II, buscaron amparo y protección en las cortes europeas y aportaron los grandes caudales de erudición que poseían, restaurando las letras y las artes clásicas, y haciendo despertar el entusiasmo por esta clase de estudios en todas las naciones en que se establecieron.

Y no es que estos estudios hubiesen sido relegados al olvido completo por los pueblos del Occidente, pues que en ellos encontramos manifestaciones palpables de la poderosa influencia, que en la antigüedad ejerciera la civilización clásica, en todas las esferas de la vida humana. En todos ellos se presenta la lucha perenne entre la Edad antigua y la Edad media: en su lengua, en su literatura, en su legislación, en sus costumbres.

Así en Francia, por lo que á la literatura exclusivamente se refiere, precediendo de poco al famoso compromiso de Estras-

burgo entre los nietos de Carlomagno, primer monumento en lengua romance que se conserva, y coincidiendo con otras importantes manifestaciones en lengua de *oc*, registramos la restauración de las letras antiguas intentada por Carlomagno, con la creación de las escuelas palatinas en que se enseñaba el griego y el latín; la publicación de su historia por Eghinardo, y las obras de Alcuino, Theodulfo y Paulo Diácono. Más adelante, y al paso que las literaturas nacionales de los distintos pueblos de Occidente hacían grandes progresos, encontramos también una literatura clásica en pugna con aquéllas, si bien, en muchas ocasiones, sirvió esta última de contrapeso á sus desvaríos históricos ó morales, así como, en otras, tomó de las producciones de aquéllas motivo ó argumento para las suyas propias.

Y, por último, en los últimos tiempos del siglo XIV y primeros del XV, se produce en Italia, tierra que por su especial situación geográfica recibió la misión de difundir por todo el mundo el clasicismo, un renacimiento literario de carácter eminentemente nacional, y en el que figuran Dante,

Petrarca y Bocaccio, ilustres fundadores de la poesía y prosa italianas. Este renacimiento cuya influencia fué extraordinaria en todas las literaturas modernas, contribuyó á su vez en aquella península al verdadero renacimiento filosófico y literario de que nos estamos ocupando.

En Dante, dice Milá, «se combinan los elementos clásicos y los modernos» y «su obra, valiéndonos de las palabras de Schlegel, que comprende todas las ciencias y todos los conocimientos de la época en que escribía, así como el modo de vivir de los tiempos de la Edad media más próximos á nosotros, cuanto le rodeaba, y hasta el cielo y el infierno cual él los concebía, es única en su género.» Petrarca es «uno de los primeros ingenios que hayan jamás escrito en cualquiera de las lenguas romanas, el primer trovador entre los trovadores, y participa también del espíritu alegórico del Dante;» y Bocaccio, cuya prosa corre parejas con la poesía de los vates florentinos, presenta las mismas tendencias que ellos hacia la alegoría.

Este renacimiento propio del genio italiano preparó, como ya hemos dicho, la

era de florecimiento que desde el punto de vista literario y artístico presenta Italia al comenzar el siglo xvi, y que la llevó á ser la cabeza de tan compleja manifestación.

No aparece, pues, súbitamente el Renacimiento en la historia, sino que preparado de un modo lento á través de la Edad media, brota al impulso de las causas que llevamos apuntadas. Dos escuelas se presentan en este instante: una que inspirándose en las ideas que durante largos siglos habían informado la literatura, la ciencia y el arte, representaba la tradición de la Edad media; otra que, entusiasta por todo lo nuevo, combatía con decidido entusiasmo sus ideas. Los que formaron esta última recibieron el nombre de *Humanistas*, siendo conocidos los de aquélla con el de *Oscurantistas*. Las corrientes generales de la época, el talento é ingenio de los Humanistas, agregado á los más exactos conocimientos que poseían, y la solidaridad que se estableció entre ellos, motivaron su triunfo decisivo en la lucha entablada entre las dos escuelas.

Esta agitación de los espíritus, este desarrollo vivísimo del comercio literario,

motivó á su vez la creación de institutos, corporaciones, liceos, academias, universidades, para la enseñanza y difusión de las nuevas ideas. La universidad de Roma, la biblioteca del Vaticano, la academia napolitana, la biblioteca Médico-Lauretana y la academia de la Crusca de Florencia, la universidad de Venecia, la de Pavía y otras, en Italia; el colegio de Francia y varias universidades, en esta nación; las de Tréveris, Maguncia, Witemberg, Francfort y otras, en Alemania; y las de Alcalá, Zaragoza, Toledo, Sevilla y Granada, en nuestra patria, nacieron en esta época de febril entusiasmo.

A pesar de las escepcionales condiciones en que se encontró Italia, en la que tantos sabios hallaron generosa acogida, y á pesar de esta extraordinaria agitación de los espíritus, pocas son las manifestaciones literarias cuya originalidad é importancia merezcan ser mencionadas en este período. Renace, sin embargo, su poesía nacional en las producciones de Lorenzo de Médicis, en los sonetos del erudito cardenal Bembo y en los versos de algunos imitadores de Petrarca; pero el poeta verdaderamente

original es Ariosto, que en su romance caballeresco, *Orlando Furioso*, dejó oscurecido á su predecesor Boiardo, y á su alrededor giran, Pulci y otros, que prepararon el camino al ilustre Torcuato Tasso, que brilló en época más adelantada. En otros géneros, Policiano, Berni y el Aretino (nacido en 1492) son, con Beccari y Argenti, los representantes más dignos de mención.

En la prosa, y especialmente en la historia, florecen también dos nombres ilustres: Maquiavelo y Guicciardini; autor el primero de las *Historias de Florencia*, de los *Discursos sobre las Décadas de Tito Livio* y de *El Príncipe*; y el segundo de la *Historia Florentina* y de la *Historia de Italia*. Estos dos escritores son los primeros entre los modernos que merecen el título de publicistas; ambos tienen rasgos comunes en su modo de apreciar la historia y la vida de su época; en ellos sin distinción encontramos el principio de que la utilidad está sobre la virtud, y de que el fin justifica los medios. Pero también existen entre ellos radicales diferencias, que Zeller resume en estas palabras: Maquiavelo, «plebeyo, materialista, de conducta des-

arreglada, de ideas atrevidas, es un demócrata, un radical, un unitario;» Guicciardini, «rico, escéptico, de buenas costumbres é ideas moderadas, es un constitucional; un doctrinario, un federalista.» El primero es un hombre de tiempos revueltos hecho para la lucha, el segundo es por temperamento inclinado á la paz.

Cantú ha llamado á Guicciardini «el más grande historiador de Italia,» y es, sin duda el que por la magnificencia de la exposición, la majestad del estilo y la brillantez de las descripciones, guarda mayor analogía con los grandes modelos del clasicismo.

Mayor esterilidad se nota, en este período, en Alemania, donde no formada todavía su lengua nacional, florecen, escribiendo en latín, Reuchlin, profesor de hebreo, Erasmo de Rotterdam, uno de los sabios más eminentes de la época, autor de el *Elogio de la locura,* de la *Traducción del Nuevo Testamento* y de los *Adagios* y *Coloquios*, y finalmente, Hutten, poeta laureado del emperador Maximiliano. En la literatura popular, y figurando en el grupo de los *Veinstersangers* «maestros cantores,»

debemos citar el famoso Hans Sachs, zapatero de Nuremberg, que cultivó casi todos los géneros de la poesía, y particularmente el dramático, dejando gran número de tragedias, comedias y entremeses. Figuran también en ella, buen número de himnos religiosos y varias obras de carácter eminentemente popular y satírico, y en la prosa ocupa lugar preeminente Lutero, por su versión de la Biblia.

Con mayor esplendor que la alemana, aunque inferior á la italiana y española, se desenvuelve la literatura francesa. En el reinado de Luís XI empieza á notarse la influencia del Renacimiento, y en el de Luís XII, Lascaris y el francés Budeo restauran los estudios clásicos. En la licenciosa corte de Francisco I. se distinguen los dos Marot, Margarita de Valois (nacida en 1492), y Mellin de Saint-Gelais, que cultivaron la literatura nacional y la italiana; Bellay, Dorat y Pedro de Ronsard, que trataron de restaurar las letras clásicas; y Malherbe, «el verdadero creador de la poesía francesa» ilustre precursor del siglo de Luís XIV. En la prosa deben citarse, Amyot, Montaigne, el mejor de los prosistas de su tiempo,

Brantome, Pedro Charron, Agripa de Aubigné, Rabelais, autor del *Gigante Gargantua y su hijo Pantagruel*, crítica de la corte de Francisco I, y otros varios de menor celebridad.

Philarete Chasles, en sus *Estudios sobre el siglo* XVI, al formar la cronología literaria del mismo siglo, asigna al año 1492 los siguientes hechos y manifestaciones: «El fingido Matheolus publica su sátira contra las mujeres y Cristina de Pisan le responde. Esta controversia, tan en boga á la sazón, atrae la atención pública, y pone de manifiesto el estado de la civilización; se lanzan en ella contra el sexo bello injurias de verdulera (halle) con argucias escolásticas, y se contesta en igual forma. El sobrado crédulo y poco formal Nicolás Gilles, secretario de Luís XII, escribe sus *crónicas* que empiezan en el reinado de Carlos VIII. Se representa una notable *Farsa* del maestro Pathelin, que se dice es de Pedro Blanchet. Nótase cierta tendencia á elevarse el género dramático. Gui Jouvenaux compone un comentario latino sobre Terencio, que alcanzó mucha fama. *La leyenda de los siete sabios*, cuyo origen es idéntico al de las

*Mil y una noches*, y que se compone de una serie de cuentos para salvar la vida á un príncipe acusado injustamente, se reimprime en este año con el título de *Dolopathos*, y comparte los honores de la fama con Bocaccio, Chaucer y las *Leyendas nuevas*. Tardif, profesor que fué de Reuchlin, compone un tratado de Cetrería por orden de Carlos VIII. Felipe de Comines escribe sus *Memorias*. Se pone de moda el *Campeón de las damas*, de Martín le Franc, secretario de dos papas, que es una defensa de las mujeres, escrita contra Juan de Meung y Matheolus. Pertenece al mismo alegorista el *Estrif de Fortune*, proceso desarrollado entre la Fortuna y la Virtud ante el tribunal de la Razón. Greban, Coquillard, Roberto Gaguin, Bretin y Marcia de Auvernia cultivan diferentes géneros con algun talento, pero con poca elevación.»

Más que la literatura progresó en esta época la filosofía, si no por la solidez de los nuevos sistemas que aparecieron, por su extraordinario número y la gran variedad que presentan.

En esta época, en efecto, adquiere un

gran desarrollo la marcha del espíritu filosófico; en esta época se abre libre y dilatado campo á la razón que, no sin tener que vencer serios obstáculos, logra sobreponerse á la imaginación, cuyo predominio caracteriza toda la Edad media, creando aquella manifestación de la filosofía, resumida en los alambicados conceptos y agudísimas sutilezas de la Escolástica.

Y si alguno de los pensadores, que en esta época figuran, se limitan únicamente á destruir la autoridad de aquel sistema, que tiene por fondo el Cristianismo y por forma las doctrinas aristotélicas, como se conocían entonces, oponiéndole los textos auténticos de Aristóteles ó las doctrinas adulteradas de Platón; dominados otros por el espíritu de la época, lánzanse en pos de ideales más levantados y formulan nuevos sistemas, que si no más fundados que los anteriores, indican cuando menos, el culto que rinden á la libertad del pensamiento.

Tres principales y opuestas tendencias se manifiestan en la filosofía de èsta época: la de aquellos pensadores, que admirados de la precisión y notable método del

Estagirita, y profundos conocedores de sus verdaderas doctrinas (bebidas en las escuelas de Lascaris y de Argirópulo, comentadas por Simplicio y Alejandro de Aphrodisya), las oponen á las conceptuosidades y sutilezas en que habían venido á parar, ya por la adulteración de sus obras, únicamente conocidas en su mínima parte, ya por el afán de revestirlas del carácter cristiano, que en modo alguno podrían tener, ya, en fin, por el deseo de dar nuevos sentidos á los textos, á fuerza de comentarlos y torturarlos. Son éstos, Pomponato, poco apreciado por sus contemporáneos, pero mucho por los modernos historiadores de la filosofía, sin duda, por el naturalismo que campea en sus escritos; Aquilino, Nifo, Leónico y Thomaus.

Otra tendencia se muestra en la filosofía por parte de aquellos filósofos que, atraídos por las bellas teorías de Platón, por estar más conformes con la naturaleza humana, y aunque menos aptas para la enseñanza, más atractivas por la agradable impresión que su estudio causa, las aceptan con verdadero entusiasmo, y sin fijarse en la adulteración que habían sufrido

por la influencia de la escuela de Alejandría, se sirven de ellas cual de poderoso ariete, que asestan contra el enemigo común: la filosofía de los tiempos medios. Jorge Gemistio Plethon, autor de una obra sobre la diferencia entre la filosofía de Aristóteles y la de Platón, en la que se inclina á este último, de otra sobre las leyes, imitación de la *República* de Platón, y de otros varios tratados; el cardenal Bessarión, su discípulo; Laurencio Valla, protegido de Alfonso V de Aragón; Rodolfo Agrícola; Marsilio Ficino, el más erudito de los filósofos de su tiempo, y cuyas obras formaron época; Juan Pico de la Mirandola y su sobrino Francisco, fundador de la exégesis; Juan Reuchlin, imitador de Pico; Enrique Cornelio Agripa y el célebre canciller inglés Tomás Morus, constituyen el grupo de filósofos entusiastas de Platón.

Ante estas dos tendencias, manifiéstase otra que, atacando á la Escolástica y á Platón y á Aristóteles, cuando se les quiere considerar como autoridades en materias filosóficas, y dando rienda suelta al espíritu de los filósofos que la determi-

nan, si da lugar por cierto, á la creación de fantásticos cuanto infundados sistemas, logra, en cambio, poner de manifiesto la independencia de la razón humana, y abre así camino al espíritu filosófico para ulteriores progresos. Entre los pensadores de este grupo, unos se muestran independientes, otros tratan de poner de acuerdo á Aristóteles con Platón y aún con Plotino, y otros renuevan el epicureísmo ó el pitagorismo. Luís Vives, español nacido en 1492, Francisco Suarez, también español, Telesio, Nizolio, Ramus, Campanella, Patrizzi, Giordiano Bruno, Taurelio, representan estas distintas direcciones.

Y por último, hay otros filósofos que cerniéndose en alas de su levantada inspiración, se engolfan en elucubraciones herméticas y cabalísticas, dando lugar á vastos ensueños místico-panteístas y teosóficos. Entre ellos podemos citar á Nicolás de Cusa, Paracelso, Jacobo Boheme, Van-Helmont, Weilgel, Roberto Fludd y algún otro.

Tal es el cuadro que la filosofía nos presenta en los siglos XV y XVI: la lucha continua entre los sistemas, la aparición

de una multitud de elucubraciones, todas variadas, todas opuestas, pero fundadas también casi todas en la autoridad de los filósofos antiguos, pues tal es su principal carácter, lo que dió lugar á Bacón para decir, que «los filósofos de la antigüedad hicieron algo; los de su tiempo, nada ó casi nada.»

Esta confusión de ideas, esta lucha de sistemas, esta fluctuación continua del espíritu condujo, por fin, á varios pensadores, Miguel Montaigne, Pedro Charrón, y el español Raymundo de Sabunda, á erigir en sistema, por lo que respecta á los principios abstractos, el escepticismo, marcando también una verdadera tendencia hacia la experiencia y la observación.

En este período no se funda nada sólido en filosofía: el Renacimiento es sólo un manantial inagotable, un riquísimo venero en el que se contiene infinidad de hermosas y variadas plantas, añosas unas como producto de tiempos remotos; tiernas, pero lozanas y exuberantes otras, como nacidas en la misma época, al que debían acudir con provecho los filósofos de los modernos tiempos.

No fueron tampoco mucho más notables los progresos de las demás ciencias á escepción de la Astronomía que, en realidad, recibió un extraordinario impulso. Regiomontano, Walther, Pedro de Ailly y Nicolás de Cusa, restaurador del sistema pitagórico, precedieron al inmortal Copérnico, autor del sistema astronómico que lleva su nombre, y que la ciencia, tras prolijas y complicadas observaciones, ha aceptado. En su obra, *De revolutionibus orbium cœlestium*, expuso una hipótesis basada en la observación, respecto al movimiento de la tierra; hipótesis, que, más adelante, descubiertas por Kepler, sus famosas leyes sobre los planetas, y por Newton las de la gravedad, encontró la más plena confirmación, teniendo, no obstante, que luchar, ya con los prejuicios de la época, que hicieron condenar la obra por la Congregación del Índice; ya con varios astrónomos, que discutieron en el terreno científico la verdad del sistema. Uno de ellos fué Ticho-Brahe, autor á su vez de otro sistema astronómico, en el que se propuso conciliar la hipótesis de Copérnico con la de Tolomeo, más ordenado que el del astrónomo de

la antigüedad, pero tan inverosímil como el suyo.

En la admirable coordinación de los hechos que se observa en todo este período, hay que consignar que el descubrimiento de América, que echaba por tierra todos los falsos prejuicios que se admitían con respecto á los antípodas, y á la fijeza de la tierra, influyó de un modo extraordinario en el prodigioso descubrimiento del sistema copernicano, pudiendo decir con justicia, con Hoefer, que: «Cristóbal Colón fué el precursor de Copérnico.»

Pero donde se nota principalmente el influjo extraordinario del Renacimiento, es en las bellas artes. En la historia del arte, en Occidente, encontramos dos ideales radicalmente opuestos: el ideal clásico, y el ideal romántico. La forma sensible, la forma dotada de espresión y de vida y realizada por entero mediante las condiciones de proporción, orden y simetría, tal es el ideal clásico. En el ideal romántico entran dos elementos: el religioso y el profano. El primero lo constituye la idea de Dios; el segundo el espíritu caballeresco, basado en el amor, el honor y la

fidelidad. Predominó este último en toda la Edad media, y se modificó al contacto con el Renacimiento, cuyo influjo esencialmente *formal* le llevó hacia el naturalismo y el sensualismo propio del arte antiguo.

La Arquitectura experimentó, por este concepto, más radical transformación que las demás artes, particularmente en Italia, ya que en esta misma nación el arte ojival no alcanzó el esplendor que en otras de Occidente, saltando de un modo brusco desde aquel género al neo-clásico. No sucedió lo propio, á pesar de haberse dejado sentir la misma influencia, en aquellas regiones donde echara más profundas raíces aquel género, pues en ellas se pasó más lentamente del gótico flamígero á la exageración del mismo, y de ésta á su mezcla con el plateresco.

Desde fines del siglo XII, había predominado en la arquitectura el estilo llamado impropiamente gótico, caracterizado principalmente por la ojiva y por el predominio de la verticalidad. Este estilo caracteriza perfectamente la época en que apareció y se desarrolló, ya que sus construcciones,

dedicadas en su mayor parte al culto, espresan la tendencia del espíritu hacia el Creadòr. Llegó á su apogeo en el siglo xiv, y empezó a mostrar señales evidentes de decadencia en la primera mitad del siglo xv, en el que se señala yá la influencia de las nuevas ideas que informaban el arte. Pertenecen á esta época, los mejores monumentos de este género como las catedrales de Colonia, Estrasburgo, Friburgo, empezadas en el siglo xiii; la de Rodez, en el xiv; la iglesia de S. Andrés, en Burdeos, parte de las catedrales de Toul, Aix, Fontenay, Burgos y Toledo y las de Barcelona, Sevilla y otras.

Brunelleschi, uno de los primeros que comenzó á inspirarse en el arte griego y romano, y construyó el palacio Pitti y la cúpula de la Catedral de Florencia; Bramante á quien protegió el papa Julio II, y trazó el plan de S. Pedro de Roma, llevando á su perfección la arquitectura del Renacimiento; Vignola, que fijó las reglas de los cinco órdenes de este arte; Miguel Angel, más célebre como escultor y pintor; y Bernini, iniciador del mal gusto (barroquismo) son los artistas que más se distinguieron en este período.

Otra innovación se debe también á esta época y es que mientras, en la Edad media, la escultura y la pintura estaban subordinadas á la arquitectura, se desarrollaron ahora y alcanzaron brillo extraordinario, cultivadas separadamente, sobre todo en Italia en donde, como ya hemos dicho, tuvo más influjo el Renacimiento.

El arte antiguo ejerció en la escultura toda su poderosa influencia, pero tratando los artistas de realizar la idea cristiana con la forma pagana, se encuentra en sus obras una mezcla rara de la sensualidad antigua, reflejada en las hermosas formas de la naturaleza corpórea, y de la espiritualidad moderna. Entre sus representantes más ilustres debemos citar, en Italia: Ghiberti, autor de las puertas del Baptisterio de Florencia; Donatello, cuya estatua de S. Marcos arrancó á Miguel Angel la frase «*Marco perche non mi parle;*» Brunelleschi, citado yá como arquitecto; Verrochio, inventor del vaciado, y el mismo Miguel Angel, en cuyas obras escultóricas (son las más notables, el *Moisés*, dos sepulcros de los Médicis y una estatua de Cristo) sacrifica la verdad en aras de la audacia; Benvenuto

Cellini y Bandinelli; en Alemania, Adam Krafft y la familia Wischer.

También en la pintura tuvo singular influencia el arte clásico, pero en menor grado que en las demás artes sus hermanas, pues en medio de las tendencias naturalistas y sensualistas propias de aquél, pudo conservar las piadosas tradiciones del ideal cristiano. Aunaron su influencia á la del Renacimiento, la aplicación á la pintura de los principios científicos (anatomía, geometría y perspectiva), que se nota en este período, en el que aspirando los artistas á armonizar la forma con el fondo, produjeron una de las más hermosas manifestaciones del arte.

Cinco escuelas forman los pintores italianos de esta época, caracterizadas por sus distintas tendencias: florentina, romana, veneciana, lombarda y boloñesa. Masaccio, Fiesole y el Piombino preparan el campo á Revagino y Andrés del Sarto, y Miguel Angel llevó á su mayor apogeo la pintura en la corte de los Médicis. Ostenta este último las mismas cualidades, que como escultor, y sacrifica la dignidad y espíritu místico de los primeros, y la gra-

cia de los segundos, á la valentía que despliega en sus obras, entre las que deben recordarse las pinturas del techo y el Juicio final de la Capilla Sixtina, en Roma.

Sobresale en la escuela romana Rafael Sancio, de Urbino, apellidado el *Divino*, cuya gloria eclipsa la de los demás pintores de su tiempo, y en cuyas obras resplandecen la inocencia y la tranquilidad del espíritu, y el equilibrio de sus facultades que, educadas en la escuela del Renacimiento, dieron por resultado las sublimes obras de la *Transfiguración,* la Virgen de Foligno, la de la Capilla Sixtina, las *logias* del Vaticano, y mil otras que pregonan su gloria.

La escuela veneciana, «sin idealismo ni severa grandeza, y de cada vez más sensualista,» alcanzó su apogeo con Tiziano, famoso por sus retratos, modelos de espresión, luz y colorido; Pablo Veronés, no menos notable, y el Tintoretto, que inicia su decadencia.

Leonardo de Vinci, discípulo del Verrochio, genio universal, pues cultivó todas las bellas artes y la filosofía, notable por su corrección en el dibujo y por su talento en

la composición, tiene como obra maestra el cuadro de *La Cena*. Fué el maestro de Sirvechio, Zenale y otros, y á su lado figura Alliegri, el Correggio, que acentuó la nota de lo sentimental y afectado, y cuyas obras más notables son el cuadro de *La noche*, y los *frescos* de la catedral de Parma. Constituyen éstos la escuela milanesa, última de que debemos ocuparnos, por cuanto la boloñesa se desarrolló ya en tiempos bastante lejanos de nuestro estudio.

Si bien Italia ejerció la hegemonía en el arte pictórico, en este período, la pintura adquirió también grandes vuelos en otros países, como Flandes, Alemania y España. La de los dos primeros pueblos, ya que la de nuestra patria, lo mismo que las demás artes, será objeto de particular estudio en la segunda parte de esta obra, es inferior á la de los Italianos, ora por la falta ó menor conocimiento de los modelos antiguos, ora también por la mayor influencia que tuvieron las cuestiones teológicas, que se suscitaron en ellos con motivo de la Reforma.

Brillan, sin embargo, en Flandes, y tras los hermanos Van-Eyk, inventor uno

de ellos, Juan, de la pintura al óleo, Wander Weide y otros que siguen sus pasos; y toma dos direcciones distintas, en el Norte (Holanda) y Mediodía (Flandes), protestante la primera de estas regiones, y católica la última. En aquélla tuvieron los artistas un carácter más naturalista y entre ellos ocupa preeminente lugar, Rembrandt, cuyos cuadros, presentados los más á media luz, revelan «el carácter sombrío del ánimo.» En la segunda predomina más, como en los italianos, el idealismo y la riqueza de color. Sobresalen en ella, Rubens, que se distinguió por la composición y el colorido, y Van-Dick, su discípulo, famoso por sus retratos.

La escuela alemana, especie de transición entre la italiana y la flamenca, tiene entre sus representantes más distinguidos á Holbein y Nicolás Manuel, fundadores del género fantastico; Alberto Durero, que fué además arquitecto, matemático y grabador en cobre y madera; Lucas Cranach, Hans-Burgmaier y otros, cuyas especiales tendencias dieron lugar á la creación de varias escuelas secundarias.

Para terminar la tarea que nos impusi-

mos al empezar este capítulo, esbozado, ya que á otra cosa no nos permiten aspirar ni nuestras fuerzas, harto débiles, ni la extensión de nuestra obra, el Renacimiento, en su concepto esencial, literario, científico y artístico, sólo nos resta consignar aquí el juicio que á escritores de nota ha merecido tan complejo movimiento y el que á nosotros nos merece.

Para unos, el Renacimiento fué funesto, pues, agostó el arte cristiano cortándole su desarrollo, lo propio que la filosofía cristiana, y fué causa de esa fascinación exagerada por todo lo clásico, que suspendió y dió fin al movimiento propio y distintivo de la Edad media. Otros, en cambio, afirman la conveniencia del Renacimiento, pues, que él dió nuevo impulso á la sociedad é imprimió una nueva y fructífera dirección á las artes y ciencias, mejorando unas y otras, y preparando la moderna civilización para ulteriores progresos.

Más conformes, nosotros, con esta última opinión, nos limitaremos á repetir aquí las palabras de Waddington respecto á tan compleja época. El Renacimiento es: «la conclusión de la Edad media, com-

prendida en su idea esencial, como una época de influencia y de laboriosa educación, en la que el espíritu moderno, salido del Cristianismo, implantado en las naciones bárbaras, se forma en la escuela de la civilización griega y romana.»

Sin él es difícil, por no decir imposible, predecir cuál hubiera sido la suerte de la moderna civilización, pues como ya dijimos, borrando un solo momento de la existencia humana ó de la vida de los pueblos, se transforma por completo su desarrollo ulterior; por lo tanto, y teniendo en cuenta las distintas opiniones que hemos mencionado, podemos afirmar la necesidad de esta hermosa época, «lozana primavera, como la llama un distinguido escritor, del espíritu moderno.»



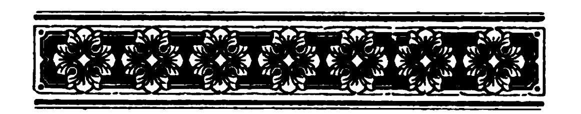
# SEGUNDA PARTE

---

## ESPAÑA

# I.

Los Reyes Católicos.—Carácter de este período.—Ojeada retrospectiva sobre la historia de los Reinos Cristianos de la Península.—Retratos de D. Fernando y D.ª Isabel.—Primeros hechos de su reinado.—Estado general de Castilla.—Reformas de los Reyes.—Creación de la *Santa Hermandad*.—Cortes de Toledo.—Disposiciones más notables.—Felices resultados de las mismas.—La *Inquisición*.—Guerras de Italia.—Desgracias de la familia real.—Ultimos momentos de Isabel la Católica.—Su testamento.—Hechos posteriores.



# LOS REYES CATÓLICOS

«Tanto monta, monta tanto—Isabel como Fernando.»

*Proloquio popular.*

Existe un período en nuestra gloriosa historia nacional, de una importancia extraordinaria; un período de esos á que aludíamos en la Introducción de este libro, en los que la Humanidad en general y especialmente nuestra patria, por una serie gradual de transiciones, pasa de una edad á otra completamente nueva; período, en fin, que guarda marcada relación con el del Renacimiento que ligeramente hemos reseñado. Y en este período, para mayor analogía, preséntase también un momento crítico, culminante, que viene á ser, por

decirlo así, el alto collado que marca la separación de las dos vertientes de escarpada y abrupta cordillera, tras el cual después de larga y fatigosa jornada, se divisan dilatados panoramas, nuevos y extraordinarios horizontes.

Este período, es el reinado de D. Fernando y D.ª Isabel, los Reyes Católicos, y este momento el año glorioso, 1492.

Es un período de verdadera transición, y al que legítimamente podemos aplicar la gráfica frase con que Lafuente califica á otro período anterior de nuestra historia, diciendo de él que es el epílogo de la Edad media y el prólogo de la Edad moderna.

En él, las ideas, los caracteres propios de ambas edades luchan encarnizadamente, los elementos aportados por la civilización en su progresivo desenvolvimiento, se mezclan y confunden, y cual de los átomos de los cuerpos al ser sometidos á determinadas acciones químicas, resultan cuerpos enteramente distintos de los que les han dado origen, así nace aquí también una edad completamente nueva, con caracteres y leyes exclusivamente propias.

La ley de la variedad impera, en efecto,

en toda nuestra larga y accidentada Edad media. Diversos son los Estados que se forman en nuestra patria, desde que se inició la gloriosa Reconquista; distintas las razas que comparten el dominio de nuestro fértil suelo; diversos sus idiomas y sus literaturas, opuestas las religiones que dominan en las conciencias; variados los derechos de los ciudadanos; numerosos los privilegios y libertades; separados los poderes en la organización política. En todas partes, en todas las manifestaciones de la vida de los Españoles, en esta época, se patentiza esta ley de variedad.

La ley de unidad impera, en cambio, por completo en nuestra Edad moderna. A los numerosos Estados que existían en nuestro suelo, á las distintas razas que en él dominaban, á los opuestos criterios religiosos que informaban sus creencias, á los múltiples derechos, libertades, privilegios de ciudadanos, de clases y de Estados; se sucede una sola patria, una sola raza, una sola religión, una sola ley y un solo poder.

Tal es la transformación que se opera, precisamente en la época á que venimos

refiriéndonos, transformación que vamos á reseñar á grandes rasgos.

Dominada la Península por los Musulmanes, tras la rota del Waddi-Becca, y sobrepuestos los Cristianos al pavor que infundieran en los primeros momentos aquellos valientes invasores, aparecieron en distintos puntos centros ó núcleos de resistencia que dieron origen á las nuevas nacionalidades, que tanto esplendor é importancia, llegaron á alcanzar en la Edad media. En las montañas de Asturias, en medio de sus espesos y poco menos que vírgenes bosques, nace el pequeño reino de aquel nombre que prontamente, cual las impetuosas aguas, rota la presa que las contenía, se esparcen por dilatado espacio, adquiere una vastísima extensión territorial, y origina á su vez el nuevo Reino Leonés y el Condado de Castilla que, tras vicisitudes varias, llegan á unirse definitivamente en la persona de Fernando III el Santo. En los riscos del Pirineo central, fórmanse paralelamente el antiguo reino de Sobrarve, del que nacen después los de Navarra y Aragón; y más al Oriente, el Condado Catalán que unido, pasado algún

tiempo, con el último, debía formar la Confederación catalano-aragonesa, cuyos monarcas y cuyos hechos fueron tan gloriosos.

Tres son, pues, con el Emirato y después Califato de Córdoba, los grandes grupos de Estados que compartieron durante toda la Edad media el dominio de nuestro suelo. Lucha terrible y encarnizada la que se sostuvo entre ellos; lucha en la que se sucedieron las mayores y más terribles alternativas, antes de conseguir el triunfo decisivo los defensores de la religión y de la patria.

Los reinos Asturiano-Leonés y Castellano, cuyo engrandecimiento territorial había alcanzado grandes proporciones en la época de Ramiro II, el vencedor de Simancas y de Alhandega, vense rápidamente constreñidos hasta sus pristinos límites, por el invencible Aben-Abi-Amir, Almanzor; rehácense poco después, y fijan uno de los más firmes y definitivos jalones de su grandeza con la toma de Toledo por Alfonso VI; ven bambolear su poder tras las batallas de Zalaca y Uclés; y le consolidan para siempre en los gloriosos campos de las Navas,

para llegar á cumplir; una vez unidos definitivamente, en manos de Fernando III el Santo, el conquistador de Córdoba y de Sevilla, los gloriosos destinos que les tenía reservados la Providencia.

Organizados en el primer tercio de la Edad media el Condado de Cataluña, que se desarrollara con extraordinario vigor y lozanía, y el reino de Aragón, alcanzan un período de verdadero apogeo con la dinastía popular y civilizadora de los Jaimes y de los Pedros; redondean en la Península sus dominios territoriales y, cumplida su misión en ella, llevan sus fuerzas exuberantes á Italia y al Oriente, en donde repercute todavía el eco de sus grandiosas proezas.

En las distintas alternativas que presentan las tres grandes agrupaciones á que nos referimos, tócanos hacer resaltar también, que mientras los Estados cristianos se encontraban en el primer período de su vida, pequeños, desmedrados y divididos entre sí, el Emirato y después Califato era potente, fuerte y unido; al paso que desde la segunda mitad de la Edad media, á la unión parcial de las dos grandes agrupaciones

cristianas, sólo pudieron oponer los Musulmanes sus míseros y divididos *Taifas* ó el reducido y alterado Reino de Granada que logró, sin embargo, prolongar por más de dos siglos su existencia, en ocasiones con grandeza y esplendor, á causa, sin duda, de las especiales circunstancias políticas por que atravesara el Reino de Castilla, desde los tiempos del Rey Santo, y de la especial dirección que Cataluña y Aragón dieran á las potentes fuerzas con que contaban.

Triste fué, realmente, la suerte que cupo á los Estados cuyo cetro empuñara Fernando III, debida á las condiciones especiales de la época y á la debilidad de algunos de los monarcas que le sucedieron en el trono.

En Castilla, como en todas las demás nacionalidades de nuestra península, y como en la mayor parte de los Estados de Europa, adquirió durante la Edad media un gran predominio la nobleza; y si bien es cierto que el carácter que revistió esta clase no guarda analogía con el que presenta la aristocracia catalana y aragonesa, y mucho menos con las condiciones pro-

pias del feudalismo en Francia, Alemania é Inglaterra, gracias á la Reconquista, y á pesar de las tentativas hechas en tiempo de Alfonso VI, también lo es que suspendida, en cierto modo, aquella gloriosa lucha tras las conquistas de Córdoba y de Sevilla, tomaron mayor cuerpo las aspiraciones de los nobles, cuya ambición é inquieto espíritu habían ya turbado en varias ocasiones la paz pública, y dieran lugar ahora, á la empeñada lucha que se entabla entre este elemento y la monarquía á cuyo lado se coloca con verdadero entusiasmo el valioso elemento del pueblo castellano.

Distintas fases presenta tan encarnizada contienda. Fuerte y prepotente la nobleza con Alfonso X, cuyas amarguras revela con «fabla mortal» en sus *Querellas*, encuentra un enemigo digno, en el impetuoso Sancho el *Bravo;* robustécese de nuevo en el corto reinado del monarca *Emplazado*, cual si presintiera los duros y terribles castigos y la implacable saña de Alfonso XI y de Pedro I; véngase en Montiel de sus dolorosas pérdidas entronizando bastarda dinastía, y en pujanza ascendente desde entonces, y ocasionando al propio tiempo

la decadencia de la patria, sólo se detiene al caer rendida, en los campos de Toro y después de haber grabado sobre la frente de Enrique IV el sello de la infamia, á los pies de aquella misma monarquía por ella tan combatida y ultrajada.

La pérdida de fuerzas que naturalmente trajo consigo tal estado de cosas, dió por resultado que se amortiguara la lucha contra los Musulmanes, y que en ella, á pesar de la superioridad de los Estados cristianos, no se obtuviesen grandes ventajas, salvo la gloriosa jornada del Salado que puso fin para siempre á las invasiones muslímicas en España.

No fueron tampoco, por cierto, mucho mejores las vicisitudes interiores por que atravesó, en la misma época, la confederación Catalano-aragonesa. También en ella se trabó la lucha entre la aristocracia y la realeza, teniendo sin embargo la ventaja sobre Castilla, de contar en la lista de sus reyes hombres eminentes, que supieron poner coto á las demasías de aquella orgullosa institución; y si Pedro III, para atender á sus guerras y espediciones gloriosas, hubo de conceder el famoso y lato *Privilegio de*

*la Unión*, sostenido por Alfonso III, Jaime II y Alfonso IV; Pedro IV, tras la sangrienta batalla de Épila, pudo rasgar con su puñal aquel fuero, que tanta sangre había costado, domeñando con sus cruentos castigos la levantisca aristocracia.

Al propio tiempo, y realizada la misión que en la Península estaba reservada á tan potente Estado con la conquista del reino de Valencia, llevó sus fuerzas al esterior y; ya en Italia, con la adquisición de Sicilia; ya en el Mediterráneo imponiéndole su dominio; ya abatiendo en todas partes el poder de Francia; ya en Oriente, llevando á cabo proezas tan extraordinarias que aparecen como forjadas por la fantasía; ya en fin, desplegando una hábil y astuta política, puso de manifiesto el inmenso valer de sus energías, y alcanzó con Alfonso V, tras la posesión de Nápoles y de Sicilia, el mayor grado de esplendor á que puede llegar un Estado.

Tal era la situación respectiva de Castilla y Aragón al iniciarse la época, cuyo estudio nos proponemos hacer.

Una reina, Isabel I, grande, sin duda, más por sus hechos posteriores que por

las miserias que la elevaron al trono, una reina cuyo origen anublan un infamante ultraje á la monarquía, un asqueroso baldón para la familia real, y una usurpación en perjuicio de una infeliz mujer, entró á empuñar las riendas de Castilla á la muerte de Enrique IV.

Estaba casada D.ª Isabel, al subir al trono, con D. Fernando, infante de Aragón, á quien la Providencia reservaba dentro de breve tiempo la gobernación de este poderoso reino. «Guerrero y diplomático, dice de él un distinguido historiador (Guillen Robles), en su corazón había alientos bastantes para realizar grandes proezas, y en su mente ingenio muy cumplido para imaginarlas; pero enturbiaban estas preclaras dotes varias de las aptitudes que distinguieron á Luís XI de Francia y algunas cualidades del príncipe que soñó Maquiavelo. Prudente á la vez que disimulado, tan previsor como calculador y positivista, astuto, frío, poco dado á efusiones, el engrandecimiento de la monarquía era el norte de sus acciones, y sólo de la razón de estado dependían las determinaciones de su razón. Isabel I completaba el carácter

de su esposo; entusiasta, franca, benévola, amante y respetuosa para con su consorte en el seno de la familia, reunía en el gobierno la perspicacia y la energía política de D.ª Blanca de Castilla ó de D.ª María de Molina. Pura de toda mancha entre la general depravación que la rodeó en sus mocedades, pura en el trono, instruída más de lo que á una mujer permitía su siglo, amando á sus pueblos á par de sus hijos, considerando la justicia y la caridad como ideales de su vida, representa en nuestro pasado á la hidalguía castellana, cifra de grandes virtudes, y su personalidad, bendecida por sus coetáneos, admirada por la posteridad, ha pasado á la historia, como modelo de esposas, como tipo sin par de mujeres y de reinas.»

Pronto se hubieron de manifestar las distintas cualidades de los monarcas, pues que D. Fernando, educado en las costumbres y leyes de Aragón, que excluían del trono á las hembras, y mal aconsejado por pérfidos cortesanos, pretendió para sí la gobernación de Castilla, pero la noble conducta y prudentes observaciones de doña Isabel, secundada por las personas de ma-

yor valía del reino, hicieron que el rey consorte desistiese de sus propósitos, y que se conviniese en que la gobernación se ejerciera por ambos con especiales prerrogativas para D.ª Isabel, y que en todos los instrumentos públicos, así como en las monedas y sellos, figurasen las firmas ó los bustos de los dos esposos; solución oportunísima que la opinión pública sancionó en aquel proloquio del «Tanto monta, monta tanto—Isabel como Fernando.»

Bien pronto también, hubieron los reyes de acudir á asuntos de mayor trascendencia y que perturbaron por largo tiempo la tranquilidad del reino castellano. El tratado de los toros de Guisando, por el que Enrique IV reconoció como heredera del trono á su hermana D.ª Isabel, no fué el último acto de aquella repugnante tragedia, en que desempeñó el papel de víctima la infortunada D.ª Juana, ya que arrepentido más tarde, había revocado aquel acuerdo en favor de su hija, que fué reconocida y jurada como princesa por los nobles del reino en los campos de Buitrago; y si bien las Cortes no sancionaron esta decisión, y en cambio reconocieron á su

muerte como reina á D.ª Isabel, no es menos cierto que aquél fué su último acto público «no contradicho ni invalidado por otro,» como dice muy bien un distinguido escritor. De esta opinión, fueron también gran número de magnates, algunos antes decididos campeones de D.ª Isabel, los cuales buscaron apoyo en el extranjero prometiendo á Alfonso V de Portugal, la mano de D.ª Juana, logrando así que éste penetrase con un poderoso ejército por tierras de Castilla y que se encendiese una sangrienta guerra civil que duró cinco años, y en la que muchas ciudades tomaron parte por aquella infortunada princesa. No desmayó D.ª Isabel, y poderosamente secundada por su esposo y por sus pueblos, y apelando á toda clase de medidas extraordinarias; consiguió después de la derrota de las tropas de Alfonso V en Toro, por D. Fernando, y de la batalla de Albuera, afirmarse en el trono, obligando al monarca lusitano á desistir de sus pretensiones, y á firmar un tratado en el que se estipulaba el matrimonio del infante don Juan de Portugal con la princesa D.ª Isabel, hija de los Reyes Católicos, y el ingre-

so de D.ª Juana en un monasterio, desechado, como era natural, por ella, el matrimonio que se le propuso con el infante don Alfonso de Castilla, niño de pocos años.

Esta guerra, iniciada y sostenida bajo pretextos dinásticos, fué en realidad la última etapa de la lucha entre la levantisca aristocracia y la realeza, que robustecida por el triunfo definitivo obtenido en Toro, y al propio tiempo por la suerte, ya que en el mismo año 1479, en que terminó la guerra, muerto D. Juan II de Aragón, heredó D. Fernando la corona de este reino; debía emprender una serie de reformas y de medidas que al paso que debilitaran para siempre aquel importante elemento, elevasen á la monarquía de tal modo, que en breve, y con menosprecio de las antiguas libertades populares, imperase el más duro absolutismo en la política española.

Necesario era, sin duda, entrar con paso firme por tal camino, pues el estado en que se encontraba Castilla al morir Enrique IV era desconsolador en extremo: «... la insolencia de los grandes, dice el mejor de nuestros historiadores, la relajación del clero, el estrago de la moral pública, el en-

cono de los bandos y el desbordamiento de las pasiones en su más alto punto... los castillos de los grandes convertidos en cuevas de ladrones, los pasajeros robados en los caminos, la justicia y la fé pública escarnecida, la miseria del pueblo insultada por la opulencia de los magnates, la licencia introducida en el hogar doméstico... y la nación en uno de aquellos casos y situaciones extremas, en que parece no queda á los reinos, sino la alternativa entre una nueva dominación extraña ó la disolución interior del cuerpo social.» No vacilaron, pues, los Reyes, y atendieron en primer término á asegurar la libertad personal de sus súbditos y á rodear de todo el prestigio necesario á la administración de justicia, formando para lo primero, ó mejor reglamentando y convirtiendo en una institución jurídico-militar de carácter permanente, la *Santa Hermandad*, creada en tiempos antiguos en Castilla y confirmada por varios de sus más ilustres monarcas. No hicieron mella en su ánimo las representaciones de la nobleza, que veía en los procedimientos sumarios y ejecutivos de la *Hermandad*, un ataque á sus

prerrogativas, y pronto pudieron contar con un verdadero ejército extendido por todas las aldeas, pueblos, provincias y hasta lugares de señorío, cuyo mando confiaron al infante D. Alfonso. Para completar esta obra, restableció D.ª Isabel la antigua costumbre de presidir los tribunales, reorganizó las *chancillerías*, y ordenó la publicación del cuerpo de leyes titulado *Ordenanzas reales*, debido al laborioso jurisconsulto Alfonso Díaz de Montalvo.

Nadie mejor que los testigos contemporáneos, puede dar idea del completo éxito que obtuvieron tales reformas. «Cesaron en todas partes, dice Lucio Marineo Sículo, los hurtos, sacrilegios, corrompimientos de vírgenes, opresiones, acometimientos, prisiones, injurias, blasfemias, bandos, robos públicos, y muchas muertes de hombres, y todos otros géneros de maleficios que sin riendas ni temor de justicia, habían discurrido por España mucho tiempo... Tanta era la autoridad de los católicos príncipes, tanto el temor de la justicia, que no solamente ninguno no hacía fuerza á otro, mas aún no le osaba ofender con palabras deshonestas: porque la igual-

dad de la justicia que los bienaventurados príncipes hacían era tal, que los inferiores obedecían á los mayores en todas las cosas lícitas é honestas á que están obligados; y asimismo era causa que todos los hombres de cualquier condición que fuesen, ahora nobles y caballeros, ahora plebeyos y labradores, y ricos ó pobres, flacos ó fuertes, señores ó siervos, en lo que á la justicia tocaba todos fuesen iguales.» Análoga pintura hace Pulgar en su crónica, lo que ha permitido á un docto historiador de nuestra legislación decir, que «un decreto con las firmas de dos ó tres jueces era más respetado que antes un ejército.»

No eran suficientes, sin embargo, tales medidas para contener á la nobleza en sus regulares moldes, y así lo comprendieron los Reyes Católicos, que en las Cortes de Toledo de 1480 atacaron de frente sus escesivos privilegios prohibiéndoles levantar nuevos castillos, usar el sello, las armas y las insignias reales en las cartas y escudos, y revocando las mercedes hechas en el último reinado, cuya anulación al propio tiempo que fué muy bien recibida por el pueblo, contribuyó al mejoramiento del

tesoro público. Otro golpe terrible y casi definitivo asestaron los Reyes á la aristocracia, con la incorporación de los Maestrazgos de las Ordenes militares á la Corona, que concedida únicamente como gracia personal á los Reyes Católicos, por Alejandro VI, lo fué en perpetuidad más adelante, por Adriano VI. Estos institutos, creados en la Edad media para el adelanto de la Reconquista, á la que contribuyeron en gran manera, habían degenerado extraordinariamente, al desaparecer el fin para que habían sido creados, y constituían en manos de los nobles un poderoso medio de acción para oponerse á la autoridad real.

Fijóse también, en las Cortes de Toledo el número de casas de moneda, prohibiendo batirla á los particulares bajo severísimas penas; se suprimieron las aduanas entre Aragón y Castilla, yá unidos; se levantaron una porción de trabas que pesaban sobre la Agricultura, la Industria y el Comercio; y se dictaron multitud de disposiciones sumamente favorables para estos ramos de la riqueza pública, que adqüirieron un desarrollo extraordinario. «Desde el año 1475, que es el siguiente al

de la proclamación de Isabel I, dice resumiendo un distinguido profesor, hasta el de 1503, que es el anterior á su fallecimiento, se cuentan cinco disposiciones sobre monedas, veinte y cinco sobre industria y su libre ejercicio, once sobre agricultura, montes, minas y cría caballar, treinta y siete sobre caminos y obras públicas, y treinta y cuatro sobre comercio y tráfico, navegación y riegos.» Entre ellas corresponden al 1492, cuya historia estamos esbozando: una ordenanza para los cereros; otra sobre los Estudios de Salamanca, fijando quiénes habían de gozar los privilegios concedidos á la Universidad; otra sobre procedimiento en los pleitos de hidalguías; otra sobre las apelaciones de las justicias ordinarias; otra sobre la cría del ganado mular para evitar su propagación por las provincias de Andalucía; otra fijando penas contra ciertas blasfemias; otra suprimiendo los estancos del reino; y otra prohibiendo á los regidores y concejales que ocupasen las tierras del Concejo, y ordenando la devolución de las que poseyeran.

También en el orden religioso, velaron

los monarcas por sus derechos, y con motivo de la provisión de una sede episcopal por el Papa, reivindicaron sus antiguos derechos y obtuvieron, no tras largas dilaciones y fuertes resistencias, el derecho de patronato ó de presentación de las personas que debían ocupar los altos cargos religiosos.

Con tales reformas y con tal energía en el gobierno, cambióse por completo la faz de Castilla hasta el punto de ser la admiración de los hombres más eminentes de aquella época. Pérez de Guzmán, dice, refiriéndose á esta prodigiosa transformación: «Cosa que fué por cierto maravillosa que lo que muchos hombres y grandes señores no se acordaron á hacer en muchos años, sólo una mujer con su trabajo y gobernación lo hizo en poco tiempo.»

A la grandiosa obra política y administrativa llevada á cabo por los Reyes Católicos, hay que agregar todavía la realización de otra grande empresa, muy propia y hasta necesaria en la época en que vivieron, tal es: la unidad religiosa. Existían en los dominios españoles tres creencias distintas: el Catolicismo, religión que profesaba

la mayor parte de los habitantes de la Península, y que inspirara toda la gloriosa epopeya de la Reconquista; la doctrina musulmana, propia de la multitud de los vencidos en aquella empresa y que habían permanecido en varias de sus regiones; y el Judaísmo, introducido desde luengos siglos y profesado por los descendientes de los Hebreos que buscaron un refugio en nuestro suelo. Esta diversidad de creencias, y el espíritu propagandista particularmente de los últimos, por una parte, y la aversión que á unos y otros profesaban los habitantes cristianos, unida al éxito obtenido por las armas españolas en la secular lucha contra los mahometanos, por otra, determinaron una tendencia general en los espíritus hacia el restablecimiento de la unidad religiosa, para alcanzar la cual, se creyó necesario la creación del tribunal de la Inquisición, que tenía á su cargo velar por la pureza de la fe y castigar los delitos contra la religión.

Ya era conocida esta institución en Italia, Alemania y Francia, así como en Cataluña, en donde había sido introducida por Inocencio III en el siglo XIII, y en otras

regiones de la Península en las que había caído en desuso; y ya se habían hecho varias tentativas para restaurarla, desde el año 1464, sin resultado hasta el 1478 en que Sixto IV otorgó una bula concediendo facultad á los Reyes para el establecimiento de este tribunal. D.ª Isabel, cuyo dulce carácter y bondadoso corazón se oponían á procedimientos duros, y que sólo por deferencia hacia los respetables varones que «le representaban como una obligación de conciencia» aceptar sus consejos en materia religiosa, había accedido á solicitar dicha bula; hizo suspender su ejecución; y secundada por el venerable arzobispo de Sevilla, D. Pedro de Mendoza y por otros sabios varones, trató de atraer al camino de la fe á todas aquellas gentes que habían aceptado el Cristianismo sólo por fórmula, y que eran conocidos con el nombre de *cristianos nuevos.* Desgraciadamente fracasó en sus propósitos, y la publicación de un escrito de un judío contra la religión cristiana y censurando las medidas de los Reyes, dió lugar á una explosión del sentimiento popular, que obligó á D.ª Isabel á poner en práctica la bula de Sixto IV.

Los dominicos Morillo y San Martín, junto con otros dos eclesiásticos, empezaron á ejercer sus terribles funciones, en Sevilla, con tanta severidad y tanto fervor que en el primer año de su ejercicio pudieron contar más de dos mil ajusticiados, sin que entre ellos figuren muchos millares que emigraron dejando abandonadas, sólo en Andalucía, de cuatro á cinco mil casas. Tanto rigor y el olvido completo de todas las reglas del derecho en la tramitación de los procesos, hicieron que el Pontífice á quien habían llegado las quejas de las víctimas, y la misma D.ª Isabel, procurasen dulcificar tan áspero proceder; pero nombrado fray Tomás de Torquemada inquisidor general de Castilla, no sólo no se mitigó la actividad del Tribunal, sino que por el contrario se robusteció su autoridad con la nueva organización que recibió y con el auxilio de los Tribunales subalternos que se crearon en varias provincias. Hízose igualmente extensivo á Aragón en donde encontró mayor resistencia su establecimiento, pues, en vigor todavía sus fueros, no era posible que la confiscación de bienes por delitos de fe, y la ocultación de los

nombres de los testigos que deponían contra los acusados «dos cosas muy nuevas, y nunca usadas, y muy perjudiciales al reino,» como dice Zurita, fuesen aceptadas de buen grado por los habitantes de Aragón tan amantes y tan celosos de sus privilegios. Dirigiéronse al monarca varias representaciones en este sentido, que no tuvieron resultado, y se urdió un complot contra los inquisidores del que fué víctima el canónigo Pedro de Arbués, á pesar de lo cual continuó funcionando el temido Tribunal.

Quedó asi instalada la Inquisición en todos los dominios de los Reyes Católicos, y durante tres siglos ejerció sus rigores en España. No es de este sitio, ni entra en nuestro propósito, hacer un estudio detenido de su desarrollo y de su influencia en el estado político, social y religioso de nuestra patria, por lo cual nos limitamos á consignar su creación como uno de los más importantes y trascendentales sucesos del reinado que estudiamos.

Al llegar á este punto deberíamos ocuparnos de otros hechos que contribuyeron á realizar la unidad religiosa de nuestra

patria, á la territorial, y á ensanchar de un modo prodigioso sus dominios. Nos referimos á la conquista del reino de Granada, á la expulsión de los Judíos y al descubrimiento del Nuevo Mundo; pero son hechos de tal importancia que requieren capítulo aparte en nuestra obra, por más que, siquiera sea de paso, los consignemos en este lugar.

Habíase realizado con ellos, casi por completo, el programa de los Reyes Católicos. Todas las regiones de la Península, á escepción del Portugal y de Navarra, formaban un solo Estado; el pueblo musulmán había desaparecido como cuerpo de nación de las páginas de nuestra historia; los descendientes de Israel habían dejado las tierras españolas; una sola religión dominaba en las conciencias; un solo poder, el poder de los reyes, ejercía su soberanía sobre la nación; estaba ya España en plena Edad moderna. Habíanse acrecentado sus fuerzas, ya poderosas con las riquezas y el prestigio de los nuevos descubrimientos, y dos vastos campos se presentaban para desarrollar sus energías: Italia y América.

En la rápida ojeada que, en el primer

capítulo de esta obra, hemos dirigido sobre la situación general de Italia y de Francia, llevamos expuestas las primeras manifestaciones de la serie de luchas de que fué teatro aquella Península; en las que tantos desastres sufrió la segunda, y en las que España hubo de desempeñar tan principal y gloriosísimo papel.

El «gran viaje á Italia,» como llamara á su expedición Carlos VIII, emprendido y realizado con tan felices augurios, terminó con la retirada del aventurero monarca, dejando tras sí la derrota y la ruína de la flor de los ejércitos franceses. Al angustioso grito de los Napolitanos había respondido nuestra patria, cuyos reyes lograron en breve tiempo formar una poderosa confederación, llamada *Liga santa*, en la que entraron Roma, Venecia y varios Estados italianos, enviando á aquella península una fuerte escuadra á las órdenes de Requesens y un ejército á las de Gonzalo de Córdoba, nombre ilustre yá en los fastos de nuestra historia. Tres años (1495-1498) duró la primera lucha en que nuestros soldados tomaron parte, y en ella fueron tantos los talentos desplegados por Gonzalo de Cór-

doba, tanto su valor y heroísmo, que mereció el glorioso renombre de *Gran Capitán* con el que le conoce la historia.

También en esta época, Alejandro VI, teniendo en cuenta los altos hechos y eximios merecimientos de D. Fernando y doña Isabel, y deseoso de sobreponerlos al monarca francés, que llevaba el título de *Cristianísimo*, les concedió el glorioso sobrenombre de *Católicos*, que ya los pueblos habían dado espontáneamente á otros monarcas de Aragón y Castilla.

Nuevos laureles estaban destinados, más adelante, á nuestros soldados y á su ilustre general en el mismo palenque en que tanta gloria alcanzaran. Luis XII, sucesor de Carlos VIII, reiteró sus pretensiones á la corona de Nápoles, y Fadrique II abandonado por sus súbditos y por el Rey Católico, solicitó el apoyo de Bayaceto, sultán de los Turcos, lo que sirvió de pretexto para que Luís XII y D. Fernando firmasen, (1500) el famoso tratado de Granada, por el que se repartían aquel desgraciado reino. No duró, sin embargo, mucho esta inicua concordia y pronto se estremeció el suelo de Italia al sentir el peso de los tre-

nes de la artillería y el rudo batallar de los ejércitos. Brillante cual ninguna, fué esta campaña para los Españoles: el sitio de Barleta, testigo mudo de mil caballerescos combates; la batalla de Ceriñola iluminada en sus albores por la voladura del polvorín de nuestro ejército; la rendición de Nápoles, consecuencia lógica de la derrota de las tropas francesas; y la decisiva victoria que en el Garellano alcanzó el gran Capitán, á la que siguió la toma de Gaeta, son los sucesos más culminantes de este nuevo canto de nuestra gloriosa epopeya nacional.

En el vasto cuadro que forma el reinado de D. Fernando y D.ª Isabel y que llevamos desarrollando en este capítulo; en la larga serie de sucesos de todas clases que la constituyen; en todos los puntos de mira que presenta, hemos encontrado hasta este instante, luces espléndidas, brillantes perspectivas, deslumbradores trazos; la suerte y la fortuna derramando sus dones por doquier, la gloria iluminando por completo tan hermoso y tan extraordinario conjunto. Pero así como en la naturaleza se presentan las sombras más densas tras las

más brillantes ráfagas luminosas, así como en ella se suceden los más rudos contrastes en todas sus múltiples manifestaciones; así como:

«En todo terreno ser
Solo permanece y dura
El mudar;
Lo que hoy es dicha ó placer
Será mañana amargura
Y pesar.»

Así también encontramos en tan extenso y hermoso cuadro, profundas sombras que anublan sus claros horizontes, negros trazos que rompen sus dilatadas perspectivas, terribles desgracias que aminoran, en gran parte, la dicha extraordinaria que de todo él rebosa.

Tan felices, en efecto, como fueron los Reyes Católicos en todas sus empresas, tanto ó más desgraciados fueron también en su familia. A la obra de la unidad de nuestra patria y á su engrandecimiento exterior á la par que á la mayor consideración y prosperidad de sus hijos, encaminaron todos sus esfuerzos, aunque la Providencia dispuso que fracasasen por completo en tan laudable como honrosa tarea.

Doña Isabel, hija primogénita, contrajo matrimonio con Alfonso, príncipe heredero de Portugal, que murió al poco tiempo. El príncipe D. Juan educado sabiamente por su madre, enlazó con Margarita de Austria, princesa de grandes condiciones y relevantes prendas; D.ª Juana, apellidada más adelante *la Loca*, se unió con Felipe el Hermoso, hermano de Margarita; y doña Catalina, tras largas dilaciones, contrajo matrimonio con Arturo de Inglaterra, príncipe de Gales. Pero en breve, «el luto más inesperado siguió á los días de más gozo,» sumiendo en la más honda tristeza á tan desgraciados padres. El príncipe don Juan, heredero de las coronas de Castilla y Aragón, murió en la flor de la juventud y aunque dejó á su esposa en cinta, el fruto de esta unión murió también, al nacer, frustrando las legítimas esperanzas que los monarcas habían alimentado para la realización de sus tan grandes como nobles designios. D.ª Isabel, casada en segundas nupcias con D. Manuel de Portugal, bajó al sepulcro al dar á luz un hijo varón, á quien estaba reservado unir las tres coronas de la Península, pero que también

falleció luego, y aunque casaron á su cuarta hija, María, con su cuñado, el viudo don Manuel, no compensó esto tantas desgracias, á las que había que agregar los primeros síntomas de enajenación mental que presentaba D.ª Juana, que había venido á ser la heredera del reino de Castilla.

Triste fué, pues, la suerte de los hijos de los Reyes Católicos. Parecía que sobre ellos pesaba un sino fatal, cual cruel castigo impuesto á sus padres por faltas en que ninguna parte tuvieron ellos. Hasta D.ª Catalina, que viuda de Arturo se enlazó más adelante con Enrique VIII, hubo de pasar en los últimos años de su vida terribles contratiempos y dolorosas decepciones.

No es de extrañar que tan grandes y trascendentales desgracias, capaces de destrozar el corazón mejor templado, imprimiesen sus fatales huellas en el bondadoso y magnánimo de D.ª Isabel; lo que unido á las grandes fatigas y á los extraordinarios trabajos que durante un reinado de treinta años hubieron los Reyes de sobrellevar, quebrantasen profundamente la salud de la reina, que presa de una progresiva postración sentía acercarse el momento supremo

de abandonar para siempre este suelo, en el que tantos y tan imperecederos recuerdos había de dejar.

Y hasta en tan dolorosa etapa de su vida, demostró las grandes prendas de que estaba adornada, y sin olvidar su papel de reina y concediendo á los negocios públicos todo el resto de energía que en ella quedaba, se encaminaba cristianamente hacia otra vida mejor, demostrando su acendrada virtud y sus firmes convicciones religiosas. Pero donde tales condiciones se revelan principalmente, donde se refleja más perfectamente el fuerte temple de su alma, su extraordinaria piedad, su eximia virtud y su no menos cariño hacia los pueblos que rigiera con tanto acierto, es en el testamento que en vida otorgara, entre cuyas disposiciones encontramos algunas que si no revelan una visión profética, dejan entrever cuando menos los profundos recelos, que abrigaba en su corazón sobre la suerte de su reino, nacidos de su ardiente patriotismo, y las grandes ideas que sobre la prosperidad de la patria había cobijado en su mente.

Instituía en él como heredera, según

las Partidas, á su hija D.ª Juana, archiduquesa de Austria, y previendo el caso de que ella no pudiese encargarse de la gobernación del reino, confiaba la regencia del mismo á su esposo D. Fernando hasta que el hijo de aquélla, príncipe D. Carlos, hubiese cumplido veinte años por lo menos, y viniese «á estos reinos para regirlos y gobernarlos.» Prescribía además que los cargos públicos, eclesiásticos ó civiles, no se entregasen á «personas que non sean naturales de estos regnos é vecinos é moradores dellos» y en un codicilo que acompañaba á tan bien pensado documento, á la par, que encomendaba al rey, su esposo, el buen trato para con los naturales del Nuevo-Mundo disponía que una junta de letrados y personas doctas recopilara y ordenara todas las leyes y pracmáticas del reino y formara con ellas un solo cuerpo, empresa ya intentada por ella en vida aunque sin resultado, y que hasta nuestros mismos días no ha podido ser cumplida, á pesar de las nuevas circunstancias políticas por que ha atravesado nuestra patria desde su época, y á pesar de los grandes esfuerzos

hechos en distintas ocasiones para realizarla.

Pocos días sobrevivió D.ª Isabel á la última de sus disposiciones testamentarias, y con verdadera resignación entregó su alma, llevando el llanto y el dolor á todos sus súbditos y legando á la historia un nombre ilustre. Allá, en Granada, en aquella porción de nuestro suelo á cuya conquista tanto había contribuído, á la sombra de aquellas esbeltas torres en que ondearan un día las enseñas de Castilla y Aragón, y en donde repercutía aún el eco de las sonoras voces de los heraldos que anunciaban tan feliz nueva, allí quiso que sus restos fuesen trasladados, disponiendo que no se separasen de los de su esposo cuando falleciese «porque el ayuntamiento que tovimos viviendo, dice en su testamento, é que nuestras ánimas espero en la misericordia de Dios ternan en el cielo, lo tengan é representen nuestros cuerpos en el suelo.»

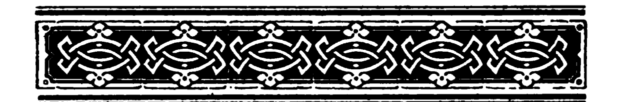
Ocioso sería todo elogio de nuestra parte respecto á esta ilustre reina. Todos los historiadores, y la fama popular ha sancionado su opinión, rinden un tributo de

admiración hacia ella; á él debemos asociarnos y para ello hacer nuestra la inscripción que el erudito P. Florez, propone se coloque sobre su tumba: Isabel la Católica.

En este punto termina para nosotros la importancia del gran reinado que venimos reseñando, aunque D. Fernando sobreviviese todavía diez y seis años á su esposa. En este lapso de tiempo aún se realizaron importantes y trascendentales sucesos, aún se cubrieron nuestras tropas de gloria en Italia, Africa y España; aún se ensancharon sus dominios con la conquista del reino de Navarra, á pesar de las disensiones que ocurrieron en Castilla durante las regencias de aquel monarca, que sólo por despecho trató de deshacer la obra de la unidad nacional con su nuevo matrimonio, del que no tuvo sucesión, y la corona de España unida así vino á parar á la muerte de don Fernando, con justicia apellidado «último rey de Aragón,» á las sienes del joven príncipe, hijo de D. Felipe el Hermoso y de D.ª Juana la Loca, en quien se inicia una nueva dinastía y una nueva edad histórica: Carlos I.

## II

Conquista de Granada.—Ojeada sobre la historia de la Reconquista.—Fundación del reino de Granada.—Mohamed-Ben-Alhamar.—Descripción del reino.—Granada bajo los sucesores de Alhamar.—Muley-Hacen.—Estado del reino.—Guerra civil.—Toma de Zahara por Muley-Hacen.—Conquista de Alhama por los Cristianos.—Abu-Abdallah, *Boabdil*.—Rota de la Ajarquía.—Prisión de Boabdil.—División del reino.—Conquistas de los Reyes Católicos.—Sitio de Granada.—Sucesos notables.—Rendición de Granada.—Consideraciones.



# CONQUISTA DE GRANADA

Por un cabo entran las cruces,
De otro sale el Alcorán;
. . . . . . . . . . .
. . . . . . . . . . .
*Romance popular.*

LARGA y hórrida pelea se había trabado en las fértiles llanuras de Jerez, en la primavera del año 711 de nuestra era. De un lado, los fieros hijos de la Bertería acaudillados por Tarick; de otro, los guerreros visigodos al mando de un rey en el que al terminar la serie de los caudillos germánicos, que dominaron en la Península, debía terminarse también su independencia.

La venganza de un ultraje, el castigo de una curiosidad exagerada, el pago de una deuda del vicio, al decir de las tradiciones, fueron la causa del desastre terri-

ble que las tropas visigodas sufrieron en aquel nefasto momento. La corrupción de costumbres, la falta de unidad política, las discordias intestinas son, á su vez, las causas que señalan los historiadores al explicar tal hecho. Y más razón tienen los últimos, pues, recuerdan que los Visigodos al llegar á la Península, eran el pueblo más fuerte, más atrevido de aquella inmensa muchedumbre que se precipitó sobre el decrépito Imperio Romano, hasta el punto de que el feroz Atila sólo temía el valeroso empuje de las huestes de Teodoredo, en aquella terrible jornada en que se jugara la suerte futura del Occidente; recuerdan que sólo habían transcurrido dos siglos de este hecho, cuando Wamba, uno de los más preclaros monarcas de este pueblo, veíase obligado á infundir en sus leyes, el valor á palos, para la defensa de la patria; ¡triste condición la de un pueblo que á tal extremo llega! Recuerdan también que toda la molicie, toda la corrupción y podredumbre de la sociedad romana, había pasado al antes relativamente puro pueblo visigodo; recuerdan que á pesar de la conversión de Recaredo al Catolicismo, á pesar

de las sabias leyes adoptadas por sus sucesores y cuyo conjunto más notable constituye el inmortal Fuero-Juzgo, la unión entre vencidos y vencedores no había llegado á consolidarse y todavía se llamaban prisioneros los descendientes de aquellos hispano-romanos, que habían presenciado los horrores de la época de la invasión. Recuerdan igualmente que las luchas intestinas ora entre Hispano-romanos y Visigodos, ora entre estos mismos habían ocasionado mil y mil revoluciones y trastornos, y en el momento preciso á que nos referimos, habían de ejercer también su perniciosa influencia.

Y sólo ante estos recuerdos, es posible explicar cómo un puñado de hombres, valiente sí, pero exiguo para la monarquía visigoda, pudo alcanzar un triunfo tan completo y decisivo como el del Waddi-Becca, seguido de la pronta sumisión de toda nuestra patria. Póngase, en efecto, un pueblo en aquellas condiciones de decaimiento, agitación y discordia; agréguense las pérdidas terribles ocasionadas por una peste de tres años que despobló gran parte de la Península; júntese la enemiga de

una poderosa raza establecida en su seno, como la judía, ansiosa de vengar terribles afrentas y persecuciones; póngase á su lado el poderoso auxilio de traidores como Rómulo, Oldemundo y Ardabasto, hijos de Witiza, y quedará plenamente explicado cuanto de irregular y anómalo puede presentar hecho tan lamentable y á la par tan digno de memoria.

Si rápida fué la caída de la monarquía visigoda, más rápida fué aún, la conquista completa de nuestro suelo por los invasores musulmanes, que poca resistencia hubieron de vencer para asentar en él su dominación. Dos años bastaron para que desde el Estrecho hasta el Pirineo, y desde el agitado Atlántico al comercial Mediterráneo, se reconociese la autoridad de los sectarios del Islam.

Mas también los vencidos salieron pronto de su estupor, y fundidos en el común crisol de la desgracia, y olvidadas las antiguas diferencias, y constituyendo un solo conjunto, se lanzaron bravíos y anhelosos del desquite sobre sus dominadores, comenzando la prolija y costosa lucha de la Reconquista.

Iniciada en la cueva de Covadonga, abarca el accidentado período que se extiende hasta que ondea la enseña de la Cruz en los elevados minaretes de las torres de Granada; lucha heroica que en nombre de la religión y de la patria, holladas por los sectarios del Islam, sostienen nuestros antepasados, durante ochocientos años, por sí sola, capaz de inmortalizar al pueblo que la sostuvo.

Larga sería nuestra tarea si nos propusiésemos seguir paso á paso el desarrollo de los nuevos Estados (Asturias, Navarra, Aragón y Cataluña) formados en los centros ó núcleos de resistencia que se presentan en toda la región norte de nuestra península; pero ya que no lo hagamos, apuntaremos, siquiera sea ligeramente, los momentos más culminantes de esta secular lucha.

Desde el siglo VIII al XI, el Estado fundado por los Musulmanes, después de un período de vicisitudes varias, alcanza su mayor apogeo con Abderrahman III, fundador del Califato de Córdoba, apogeo que se conserva durante la vida de Aben-Abi-Amir, Almanzor, para llegar de pronto,

á su completa decadencia después de su muerte. Los Estados cristianos extienden entre tanto con la punta de sus aceradas espadas sus prístinos, estrechos límites, y los Ramiros, Sanchos y Alfonsos, Garcías y Berengueres, ilustran sus nombres con preclaros hechos. Una tras otra, caen en poder de los monarcas cristianos las ciudades del noroeste, centro y nordeste de España, y se forman los nuevos reinos de León y Castilla, que marchan unidos en la persona de Fernando I, y más adelante en Alfonso VI, en cuyo tiempo la antigua capital del reino godo volvió á poder de los españoles, presagio feliz para la consolidación de los nuevos Estados.

Pero al llegar á esta época surgen nuevos obstáculos, para la progresiva marcha de los reinos cristianos, con la llegada á la Península de nuevas tribus africanas, conocidas en la historia con los nombres de Almorávides y Almohades, las que después de causar terribles desastres á los Cristianos en Zalaca y en Uclés, los primeros, y en Alarcos los últimos, se establecen definitivamente en España, constriñendo en gran manera los linderos de

los Estados españoles, con sus nuevas empresas.

A pesar de estas ventajas de los enemigos de la fe era yá, no obstante, poco menos que imposible la completa pérdida de la nacionalidad española, dado el florecimiento de los reinos del nordeste y oeste de la Península (Aragón, Condado de Barcelona y Portugal) durante el siglo XII.

Pronto fueron necesarios, sin embargo, los esfuerzos de todos, pues, en los primeros años del siglo XIII, una terrible invasión de medio millón de hombres amenazaba renovar la triste jornada del Waddi-Becca. Toda la Cristiandad se alarmó ante tan fatal noticia; el mismo papa, Inocencio III, concedió las prerrogativas de las Cruzadas á los que tomasen parte en la empresa de combatir á los Almohades, y unidos los monarcas españoles emprendieron la marcha dirigiéndose al encuentro del ejército enemigo. En las gargantas de Sierra Morena, en las Navas de Tolosa, el 16 de julio de 1212, se trabó la pelea más terrible y encarnizada que refieren las crónicas, quedando el triunfo por los defensores de la Cruz. ¡Memorable jornada que, al propio

tiempo que aseguró para siempre nuestra patria, por parte de los Musulmanes, debía producir los frutos más ópimos de la Reconquista!

Después de ella, y tras la sucesiva desaparición de los *taifas*, merced á las conquistas de Fernando III, el Santo, por un lado, y de D. Jaime I, el Conquistador, por otro, quedaron reducidos los Musulmanes al pequeño, pero fuerte y populoso reino de Granada, fundado por Mohamed-Ben-Alhamar en la región oriental de Andalucía, que prolongó su existencia hasta la fecha célebre de 1492, gracias á sus defensas naturales y á la habilidad y energía de los que sucedieron en el mando á su ilustre fundador.

No menos que á la actividad y celo de los monarcas cristianos en pro de la grandiosa obra que desde luengos siglos venían persiguiendo, contribuyó á su realización completa, el estado de perpetua agitación y anarquía en que se encontraban los *taifas* musulmanes. En este mismo instante á que nos referimos, Aben-Hud, noble caballero descendiente de los antiguos reyes de Zaragoza, jefe de un poderoso partido, apro-



vechando el odio que inspiraban los Almohades, cuya dominación se había hecho insoportable á los Muslimes españoles, había logrado apoderarse de Granada y ser reconocido por rey de una extensa región, y trataba de cimentar su yá vasto poder, proclamando el *algihed* ó guerra santa contra los cristianos; cuando estallaba en el corazón mismo de la aspérrima Alpujarra una sublevación contra él, á cuyo frente estaba Yahya Ben-Nasr, descendiente de Saad-Abu-Obadah, uno de los compañeros del Profeta, quien al frente de una lucida hueste rompió las hostilidades contra Aben-Hud, en demanda del emirato.

Contaba Yahya en su familia, con un joven de gentil presencia, de ánimo resuelto, de singulares dotes de ingenio, y que llevado de nobles y levantados propósitos consagró su vida á emancipar á sus hermanos de la tiranía de los Almohades y á sostenerlos contra las postreras y terribles acometidas de los Cristianos. «Era este mancebo, dice un distinguido escritor, muy famoso entre los caballeros de Andalucía y de Castilla; poseía mucha gracia en sus modales, mayor amenidad en su conversa-

ción, esquisita sagacidad en el trato común, admirable discreción en los negocios, probado valor en las batallas y gentileza sin par en los torneos; viejos y jóvenes, doncellas y matronas, moros y cristianos le comparaban con el modelo de los caballeros árabes, con Almanzor el Grande.»

Agregábanse á estas brillantes cualidades muchas otras no menos preclaras, que desplegó más adelante en su gobierno, y la misteriosa aureola con que el fanatismo y la superstición rodean á aquellas personas en las que se cifran las últimas esperanzas de un pueblo próximo á su ruína, pues nacido en el mismo día de la batalla de Alarcos, tan desgraciada para los Cristianos, había hecho concebir á los astrólogos y á los santones musulmanes los más favorables horóscopos respecto á su vida.

Llamábase este joven Mohamed-Al-Ahamar, el Rojo, y era sobrino de Yahya. A él encomendó éste su ejército y en verdad que no hubo de arrepentirse de su elección, pues reunidas las fuerzas en Arjona, en 1231, emprendió una vigorosa campaña en la que se apoderó de Jaen, Guadix, Baza, Loja y otras muchas poblaciones que esta-

ban por Aben-Hud, logrando, al cabo de seis años, entrar en Granada, en donde muerto ya su tío, fundó el fuerte reino cuya existencia se prolongó hasta la célebre fecha que estamos historiando; y aún no habían transcurrido cuatro años más, cuando Málaga, Almería y todas las ciudades comprendidas en el territorio que limitan los montes de Murcia, Sierra Morena, Córdoba y el Mediterráneo, desde Orce hasta el Estrecho, reconocían su soberanía, conquistadas unas por la fuerza de las armas, ganadas las más con sus generosas palabras y la renombrada hidalguía y nobleza de sus actos.

Con razón han dicho de él los historiadores, que aunque nacido en el siglo XIII, parece mejor un monarca de nuestros tiempos, por su carácter, sus costumbres, su gobierno y política, y sus elevadas aspiraciones. Propúsose constituir sobre las ruínas de los imperios muslímicos de la Península un fuerte y poderoso estado, que fuese cual el centro al que convergieran no sólo todas las fuerzas y energías que aún restaban á su desgraciado pueblo, sino también todos los elementos de cultura y

civilización que atesoraba, y que habían de ser la admiración de los futuros siglos.

Para ello érale necesario contar con el cariño y adhesión de sus súbditos, ya entusiastas por él, y al propio tiempo disponer de numeroso y aguerrido ejército, difícil de organizar en un país, cuya población había disminuído extraordinariamente á causa de las múltiples y sangrientas luchas que en él se habían desarrollado. Necesitaba además fijar su residencia en una población que reuniese á la facilidad de ser abastecida y á la fortaleza necesaria para resistir las acometidas de sus enemigos, aquellas ricas galas y hermosas condiciones capaces de contrarrestar la anyoranza que la gentil Córdoba inspirara á los abatidos Muslimes españoles.

Y, en verdad, á todo atendió. Conocedor de las necesidades de su pueblo, hizo construir en Granada hospitales y casas de socorro para los enfermos, ancianos y desvalidos; abrió numerosas escuelas para difundir la instrucción, base fecunda de toda clase de bienes; y dictó sabias medidas para proteger la agricultura y la industria, manantiales abundosos de toda riqueza.

Procuró no gravar los impuestos, y si alguna vez hubo de aumentarlos sólo fué en provecho de sus súbditos y para gloria de aquella hermosa ciudad que se iba convirtiendo en la más preciada joya de los dominios musulmanes. Atendió cuantas reclamaciones y quejas se le dirigían, y para ello, á más de nombrar jueces y katebes, dos días á la semana daba pública audiencia. Piadoso y amante de su religión dió constantes muestras de tales sentimientos, cumpliendo hasta en los más mínimos detalles, las prescripciones de la doctrina musulmana. Puro en sus costumbres, fué constante ejemplo por su vida morigerada, su afición al trabajo, su humildad extraordinaria, no exenta de grandeza, para todos los que le rodearon. Confió sus hijos á sabios y virtuosos alfaquíes para que les instruyesen y les hiciesen dignos de regir el reino que él fundara, y no perdonó, en fin, ningún medio, ni sacrificio en pro de su religión y de su patria.

Érale también indispensable, particularmente en los primeros momentos, no dejar adormecido á su pueblo con sus primeros laureles y llevarle, como lo hizo,

al triunfo en varias expediciones que le colmaron de gloria; pero tan precavido y prudente político, como valeroso guerrero, y sabiendo dominar sus pasiones tanto como desenvainar la espada, comprendió que necesitaba la paz á toda costa, y aún á trueque de auxiliar á los reyes cristianos en su lucha con sus hermanos los Almohades, no vaciló en establecerla de un modo definitivo con Fernando III el Santo.

Desde este instante arranca la grandeza de aquella hermosa ciudad, que recostada en la falda de Sierra Nevada ve extenderse ante sí aquella fertil vega, que según un poeta, «ojos humanos no la vieron más bella,» hermosa llanura rodeada de desiguales y poéticos cerros, esmaltada doquier de floridos cármenes, surcada por frondosas alamedas, fertilizada por las aguas de dos ríos, el Genil y el Darro, que en cariñoso ósculo se enlazan bajo los muros de la última capital del islamismo en nuestra patria.

Nuestra pluma es torpe para presentar maravillas tan grandes; dejemos á un ilustre escritor, Pi Margall, el cuidado de dar á conocer la hermosa cuanto inmortal Granada.

«Atraviésala el Darro, el río de las arenas de oro, dice en uno de los párrafos que dedica á su descripción; lame sus murallas el Genil, al que aquél presta sus aguas. Corre el Darro dentro de un ancho cauce en cuyos sillares se refleja la mano de la antigua Roma; angóstase al pasar junto á la risueña colina en que ostenta la Alhambra sus cien torres; y en aquella angostura ¡cuán bellas no son sus márgenes! Tienden acá y acullá los árboles sus ramas; una que otra quinta blanquea en la espesura; corre bajo el follaje; suspira el aura entre las flores; gorjean las aves.... Adornan las orillas de este río 'paseos, fuentes, huertas y jardines: á la vista de tan deliciosos cuadros, en medio de tanta frondosidad, bajo tanta frescura, serénase el espíritu, depúrase el corazón y se extasían los sentidos.»

«Si se la contempla desde la campiña, se la ve sobresalir de sus viejos muros como una granada de su oscura corteza: la Alhambra le sirve de corona, la Sierra le sirve de brillante fondo, las Torres Bermejas y el Monte Sacro completan el cuadro. Brotan de todas partes el álamo, el ciprés y la palmera; álzanse acá y acullá entre los

árboles las torres de sus templos. Dóranla desigualmente los últimos rayos del sol, y todo es entonces belleza y poesía.... Bella, bellísima es todavía la ciudad de Granada. Hay al fin de ella en la margen del Darro, una cuesta poblada de arboleda que conduce á una fuente cuyas aguas cristalinas mezclan sus dulces murmullos con los de las brisas perfumadas por frondosas selvas. Pintoresco y delicioso es el camino abierto en las angosturas de aquel río; pero no es el camino, sino la perspectiva que desde allí se descubre lo que enajena el alma y arroba los sentidos. Extiéndense, ante la vista, calles de altos y ligeros álamos cuyas copas, apenas penetradas por el sol, rebosan de armonía con los trinos y gorjeos de millares de aves. Crece á la derecha de estos árboles y á la otra parte del río que los baña sosegadamente, el áspero Albaycin coronado por los sombríos restos de la que fué Alcazaba; álzanse severas é imponentes á la izquierda las torres de la Alhambra; descúbrese en el fondo la ciudad, unida y compacta como los granos de la fruta que lleva su nombre; más allá la Vega, más allá las tierras cuyas desiguales

cumbres se destacan bellamente sobre el azul del cielo.»

«Granada no es menos bella cuando se la mira desde la cuesta de los Molinos. El peñon de la Alhambra se presenta escarpado, como nunca, y sus bien agrupadas torres parecen suspendidas sobre un abismo. Distínguese abajo la ciudad levantando al cielo las cúspides de sus álamos, las almenas de sus murallas y las coronas de sus torres.... Elévase á la izquierda del Darro un monte santificado por las cenizas de los mártires, desde cuya raíz trepan por la falda espinosos nopales que siguen cubriendo las vertientes del Albaycin y la Alcazaba. Desde aquellos nopales llega uno á creer que la ciudad surge de las aguas del río como otra Venus.»

Tal es, en nuestros días, la antigua capital de los Nazaritas; agréguese á tantas bellezas la actividad propia de una ciudad industriosa; imagínense en su seno los suntuosos palacios de los monarcas y altos dignatarios, las numerosas mezquitas cuyas doradas cúpulas y elevados minaretes se pierden en las nubes; recuérdesela poblada por un enjambre de hombres que

pululan por plazas y callejas, y fortificada por estensísima muralla, en la que se abrían catorce puertas, defendida por más de mil torres, y tras cuyas almenas se guarecían verdaderos ejércitos, y podrá formarse una idea aproximada de lo que era Granada en la época de Alhamar.

No es de extrañar, pues, que los autores musulmanes hayan ponderado las bellezas de tan preclara ciudad y la hayan colmado de elogios. «Granada no tiene rival ni en el Egipto, ni en la Siria, ni en el Irack.... Es la esposa que ostenta su rostro descubierto y hermoso y cuyo dote consiste en su hermosura,» ha dicho uno de ellos; dice otro que «es una tierra que Allah ha ennoblecido con excelsitud y explendor,» y todos á porfía le ensalzan y apellidan «granada de rubíes, corona de rosas que salpicó el rocío, fuente que se derrama, estrella del Mediodía, ciudad de las ciudades.»

A tan hermosa joya correspondía también un bello engarce, y realmente lo era el reino á que servía de capital. Extendíase éste por el mismo territorio que en la actualidad comprende, con más alguna parte

de las provincias de Jaen, Córdoba, Sevilla y Cádiz, siendo por estos puntos su frontera algo incierta por la continua lucha que hubo de sostener con Castilla. Poseía la extensa costa comprendida entre el Estrecho y la desembocadura del río Almanzora, y en ella gran número de puertos. Dividíase en los tres grandes *waliatos*, llamados también, *amelias, coras* ó provincias, de Granada, Málaga y Almería, subdivididos en *tahas* ó jurisdicciones, y éstas en *alhauces* ó términos. Multitud de poblaciones cubrían su suelo, y sólo en rededor de Granada se contaban trescientas, de las que cincuenta por lo menos, tenían *mimbar* ó púlpito, y *alfaquí* que predicase la doctrina del Islam.

Su población, aumentada en los tiempos de Alhamar con los fugitivos de Murcia, Córdoba, Sevilla y otros pueblos conquistados por los cristianos, y merced á la feracidad del suelo, llegó á contar cuatro millones de almas, permitiendo á los monarcas granadinos poner en pie de guerra ejércitos de cien mil caballos y doble número de infantes. La agricultura fué la principal fuente de riqueza de este reino,

en el que además de abundantísima cosecha de cereales se cultivaban la vid, el olivo, el granado y multitud de árboles frutales, contribuyendo á tan floreciente estado el sistema ingeniosísimo de riegos que aún hoy día se conserva. La industria de la seda estaba también extraordinariamente desarrollada, produciendo sus cinco mil fábricas riquísimos tejidos, cuyos depósitos principales fueron el Zacatin y la Alcaicería; lo estuvo igualmente la industria azucarera, que á más de terrenos estensísimos dedicados al cultivo de la caña de azúcar contaba con infinidad de ingenios para la elaboración del azúcar y melazas, que se producían en tal cantidad que permitía su exportación al extranjero.

Contribuyó también al esplendor de este reino, la ganadería, la industria de tejidos de lana y algodón y un estensísimo comercio, que no sólo hacían en el interior con los genoveses, catalanes, italianos, tunecinos y egipcios, que gracias á una sabia tolerancia estaban establecidos en Granada, sino también en el exterior con Castilla, con África, y aún con el Oriente, y otras naciones ribereñas del Mediterráneo.

Acompañó también á este apogeo de la agricultura, la industria y el comercio, un desarrollo extraordinario de las letras, las ciencias y las bellas artes, particularmente de la arquitectura, levantándose como por ensalmo aquellas hermosas construcciones, que, como la Alhambra, constituyen aún hoy día el principal atractivo de Granada, y formaron esa explendente manifestación del arte musulmán, que con sus esbeltas columnas coronadas de ricos y variados capiteles, sus atrevidos y no menos variados arcos, «sus bovedillas, sus fajas y su ornamentación de lacerías, atauriques, ajaracas, estalactitas, azulejos, mosaicos, y todo esto en combinaciones de la más rica fantasía, parecen realizar el sueño de un poeta oriental.»

Con tales elementos, fuentes de bienestar extraordinario y origen los más de ellos de pingües rendimientos para el tesoro público, no es de admirar que tan reducido reino prolongase su existencia más de dos siglos y medio, resistiendo con brío las perseverantes acometidas de los reyes de Castilla.

Llevaba, sin embargo, en su seno un

germen que debía frustrar cuantos nobles propósitos abrigasen sus monarcas y precipitarle en fecha más ó menos lejana hacia su ruína: el genio levantisco y el espíritu de insubordinación de sus habitantes, que empezó á manifestarse en el mismo reinado de su fundador, amargando en gran manera los últimos años de su vida, en los que, rotas las hostilidades contra Alfonso X, en lugar de poder presentar todas las fuerzas del reino granadino unidas y compactas, hubo de dividir su atención y su ejército para combatir á varios walíes que se habían revelado contra él y que hicieron causa común con el rey de Castilla.

Y estas discordias intestinas, que Alhamar no pudo ver terminadas, se continuaron y reprodujeron tomando mil formas, separaron al reino en más de una ocasión de la brillante marcha iniciada por aquel monarca, consumieron sus energías, y últimamente terminaron con su misma existencia.

A pesar de esto, eran tan grandes las fuerzas con que contaba, que, salvo algunos períodos de treguas aprovechados por los reyes granadinos para proseguir el em-

bellecimiento de Granada, continuó encendida la guerra contra los Cristianos, cuya situación política no era mucho mejor que la suya, reduciéndose la historia de tan estenso período á estas dos clases de hechos.

No es de nuestro propósito reseñarlos, por lo que nos limitaremos á hacerlo en el último momento de la vida de reino tan célebre, en el momento en que los Reyes Católicos iban á emprender su conquista definitiva.

Ocupaba el trono de Granada Muley-Abul-Hassem, conocido en nuestras crónicas por Muley-Hacen, hombre resuelto y varonil, cuyo gobierno fué un verdadero contraste respecto al de su padre Ismail, durante el que se engrandeció la capital y se hicieron notables mejoras en todo el reino, al amparo de una larga tregua con Castilla, sólo interrumpida por algunas correrías y hechos de armas parciales, que alternativamente se habían llevado á cabo por los guerreros de ambos reinos. Una usurpación, según un testigo contemporáneo, llevó al trono á Muley-Hacen, quien deseoso de asegurar la independencia de su reino

y de su engrandecimiento, se propuso hacer incesantemente la guerra á Castilla, aprovechándose de la oportunísima ocasión que se le presentaba en los últimos años del turbulento y mísero reinado de Enrique IV.

Dos terribles algaradas por tierras de Castilla, ni contrarrestadas ni vengadas, le proporcionaron honores y botín sin cuento, pero en ellas mismas encontró la causa de su perdición y de la ruína de su reino. Estaba casado Muley-Hacen con su prima Aixa, la *Honesta,* como la apellidaban los muslimes granadinos por sus virtudes privadas y por su amor á la independencia de su reino, y tenía de ella dos hijos, de los que el primogénito, llamado Abu-Abdallah, el *Chico*, y por nuestras crónicas Boabdil, había de sucederle en el trono. Profesaba Muley-Hacen respetuoso cariño hacia su virtuosa y casta esposa, cuando en uno de los golpes que sus soldados acostumbraban á dar á las vecinas fortalezas castellanas, hicieron cautiva á una hija del alcaide de Bedmar, D. Sancho Giménez de Solís, llamada Isabel, cuya extraordinaria belleza le llevó al harem del monarca, inspirando

en él tal pasión, que se casó con ella y expulsó de la Alhambra á su primera esposa. *Zoraya*, el lucero de la mañana, como la llamaran los granadinos, la gentil castellana, cuya tristeza trataba de vencer Muley-Hacen con fiestas y placeres sin cuento, en los frondosos jardines del Generalife y en las encantadas alamedas y deliciosos estanques de los palacios de Aynadahmar, había eclipsado el antiguo y rutilante astro de la corte de los Nazaritas: pero pronto, muy pronto se habían de dejar sentir los efectos de los celos y del espíritu vengativo de la enérgica Aixa.

La misma causa que en tiempos antiguos contribuyera al progreso de la Reconquista, las luchas intestinas de las distintas tribus establecidas en nuestro suelo, había de favorecer también la terminación de tan gloriosa empresa en los tiempos á que venimos refiriéndonos. Zegríes y Abencerrajes, Gazules y Zenetes, Gomeles y Mazamules, y otras menos famosas pero tan levantiscas como éstas, eran las tribus que se disputaban la hegemonía en el reino granadino. Una de ellas, la de los Abencerrajes, tenía que vengar terribles ultrajes y

ga lanza; tus mancebos y tus doncellas gemirán en duro cautiverio; Zahara es un remedo de lo que será Granada!» En verdad que tales palabras debían encontrar pronta y cumplida confirmación en plazo no muy lejano.. Aún estaba caliente la sangre vertida en la sorpresa de Zahara, cuando D. Rodrigo Ponce de León, marqués de Cádiz, de acuerdo con otros ilustres jefes de la frontera, preparó con el mayor sigilo y cautela una atrevida empresa, que al par que sirviera de cumplido desquite al ultraje de Zahara, proporcionase honra y provecho á sus soldados: tal fué la sorpresa y conquista de Alhama, llave del reino granadino; hermosa población enriquecida por los monarcas de Granada, que acudían á ella en busca de reposo y de salud, por su saludable clima y despejada atmósfera y por sus famosas aguas termales; y fortaleza temible, ya por su favorable posición, ya por las importantes defensas de que le habían dotado los moros.

La fortuna acompañó á los guerreros cristianos, que, á pesar de su número y de tener que atravesar gran trecho de terreno enemigo, escalaron la formidable fortaleza,

y no sin sostener una dura refriega pudieron enarbolar en la vencida ciudad los pendones de Castilla. Profunda ira despertó en Muley tamaña pérdida, y no tardó muchos días en comparecer ante Alhama con un fuerte ejército para reconquistarla; pero «los héroes que la habían tomado no eran hombres para dejársela quitar,» y supieron resistir con brío las impetuosas acometidas de los guerreros musulmanes y dar tiempo á que los principales caudillos andaluces llegasen en su auxilio y le obligaran á levantar el cerco. Y por cierto que en esta ocasión se patentizó la benéfica influencia de la hábil política seguida por los Reyes Católicos. Al frente de los caudillos cristianos, que al grito de auxilio lanzado por el marqués de Cádiz acudieron á salvarle y á libertar Alhama, iba el ilustre duque de Medinasidonia, encarnizado enemigo hasta entonces de los Ponce de León, quien, olvidando sus antiguos rencores, no vaciló en unirse á la expedición, y al ser recibido en los brazos de su rival, que con los ojos anegados en lágrimas de reconocimiento le salió al encuentro, sellaron entre ambas familias la

estrecha alianza que tanto había de contribuir al definitivo éxito de la causa de la Reconquista.

Por segunda vez intentó Muley-Hacen recuperar Alhama, pero sus esfuerzos se estrellaron ante la enérgica resistencia que le opusieron los sitiados y que costó la vida á la flor de sus guerreros, viéndose obligado á retroceder á su capital, yendo á esconder su despecho y su vergüenza en los *alhamíes* de la Alhambra. Mas no debía permanecer mucho tiempo tranquilo, pues apenas había llegado, cuando le avisaron de que el pueblo granadino, sumamente voluble, se había insurreccionado contra él en el Albaicín; y si bien puso presos á Aixa y Boabdil en la torre de Comares, fugado el último con la ayuda de los Abencerrajes y extendida la insurrección por todas partes; no tuvo más remedio Muley-Hacen que abandonar su capital y el trono, que él á su vez había usurpado á su padre. Y aunque volvió á realizar una atrevida tentativa para sorprenderla, sólo logró hacer que corriera á torrentes la sangre de sus parciales, quedando el reino definitivamente fraccionado. Granada, Loja y otras

poblaciones obedecían á Boabdil; Málaga, Baza y algunas más á Muley-Hacen; y á todo esto ardía la guerra con Castilla, cuyos reyes no sólo habían determinado conservar la plaza de Alhama, á pesar de las grandes dificultades que presentaba su sostenimiento, sino que organizaron un poderoso ejército, á cuyo frente iba el mismo don Fernando, quien, desoyendo las oportunas observaciones del Marqués de Cádiz y de otros ilustres personajes y dejándose llevar de su ardimiento, puso sitio á Loja, bien defendida por el anciano pero valiente Aliatar, con cuya hija Moraima estaba casado Boabdil, y ante sus muros experimentaron las tropas castellanas un terrible descalabro.

No desanimó tan lamentable desastre á D.ª Isabel, y bien pronto pensó con su esposo en los medios de rehacerse de la pérdida y emprender con nuevos elementos la conquista del reino granadino. Para ello reunieron en Madrid las Cortes generales del reino, y en ellas los procuradores de las ciudades rivalizaron en patriotismo para proporcionar todos aquellos medios necesarios á tamaña empresa, á la que, anhe-

loso el Pontífice de contribuir, expidió á su vez «un notabilísimo breve, por el cual autorizaba á Isabel y Fernando para que, así las rentas del clero como de las Ordenes militares de Castilla y Aragón, pudieran ser aplicadas por ellos según la ocasión lo pidiera á los gastos de la guerra, otorgando al propio tiempo á cuantos tomasen armas bajo sus pendones las indulgencias de la Cruzada.»

Aún habían de sufrir terribles contratiempos los cristianos; aún se había de cubrir de luto el corazón de los Reyes y las lágrimas correr á raudales en Castilla antes de que los aprestos hechos por D. Fernando y D.ª Isabel llegasen á su destino. D. Alonso de Cárdenas, maestre de Santiago, cuyo valor y grandes prendas personales corrían pareja con su elevada alcurnia, secundado no sin prudentes observaciones por el Marqués de Cádiz, don Alonso de Aguilar, el conde de Cifuentes y muchos otros valientes caballeros, deudos, amigos y vasallos de los anteriores, se había internado en el intrincado laberinto de la Ajarquía con su escasa aunque bizarra tropa. No tardó mucho el Maestre de

Santiago en convencerse de lo acertadas que eran las observaciones que se le hicieron al iniciar su empresa, pues apercibidos los feroces moradores de la Alpujarra á la defensa, sólo encontró la soledad más espantosa donde pensara encontrar numerosos cautivos y cuantioso botín, y muy en breve también les vió caer sobre sus huestes lanzando terribles alaridos, despeñando enormes rocas sobre las tropas cristianas, perdidas entre barrancos y precipicios, y acometiéndolas cuerpo á cuerpo con los refuerzos que les llevara Muley-Abdallah, el *Zagal*, hermano de Muley-Hacen, á quien por su edad no permitieron tomar parte en la espedición. De nada sirvió el acreditado valor y la consumada pericia de los caudillos castellanos, que vieron caer á su lado á infinidad de ilustres guerreros, entre ellos tres hermanos del Marqués de Cádiz, y que hubieron de emprender una retirada desastrosa, salvándose á duras penas de la general derrota.

Penosísima impresión produjo en los Reyes la noticia de tal desastre; pero afortunadamente, á más de ser el último de importancia que sufrieron y de servirles

de provechosa aunque dolorosa experiencia, se vió prontamente compensado con un glorioso hecho, que por sí solo bastó para precipitar la ruína del reino granadino. Tal fué la derrota y prisión de Boabdil. Celoso éste del triunfo obtenido por su padre y deseando emularle al propio tiempo que acallar las murmuraciones de sus tornadizos vasallos, que empezaban á volver los ojos hacia su antiguo soberano, de acuerdo con su suegro el bravo Aliatar, verificó una incursión por tierras de Castilla, marchando sobre Lucena, defendida por el alcaide de los Donceles, que, auxiliado por el anciano D. Diego de Córdoba, conde de Cabra, su tío, obligó á levantar el sitio al monarca granadino, quien emprendió la retirada; pero perseguido por las tropas castellanas, entablóse una lucha, en la que, á pesar del verdadero denuedo que desplegó aún después de abandonado por la mayoría de sus soldados, fué hecho prisionero.

Reconocido Boabdil por sus vencedores, fué llevado á Córdoba y presentado á los Reyes Católicos, que le recibieron con todos los honores correspondientes á su ele-

vado cargo, y firmaron con él los tratos, ya iniciados, por los cuales, entre otras condiciones, se reconocía vasallo de los dos reyes de Aragón y Castilla y se comprometía á auxiliarles en sus empresas contra su padre, una vez obtenida la libertad. Esta resolución de los Reyes era la más razonable, pues si bien Muley-Hacen había solicitado que le entregaran su hijo, vivo ó muerto, para consolidarse en el trono, ni la crueldad del viejo soberano, completamente ajena á los nobles sentimientos de aquellos ilustres monarcas, les permitía acceder á sus deseos, ni sus miras políticas les podían inducir á ellos, ya que dando libertad al *Zogoibi*, el desventurado, como apellidaron los granadinos á Boabdil, dejaban en pie la guerra civil entre ellos, guerra que tan útil debía ser para sus ulteriores propósitos.

No se hizo esperar mucho la lucha entre los partidarios de Muley-Hacen y de Boabdil, pues que aquél, aprovechándose del cautiverio de su hijo, se había presentado en Granada y dominaba en la Alhambra, apoyado por muchos caballeros que se habían hecho célebres en las últimas espe-

diçiones contra los Cristianos, y Boabdil había logrado penetrar en el Albaicín, con el auxilio del pueblo y de sus fieles Abencerrajes. Rompiéronse inmediatamente las hostilidades entre ambos partidos, y las calles de Granada quedaron regadas con la sangre de unos y de otros, hasta que intervinieron los alfaquíes y ancianos de las tribus y lograron terminarla por de pronto, mediante un acuerdo, en virtud del cual Muley-Hacen debía continuar en Granada como soberano y á Boabdil se le confería el reino de Almería. Quedaba así consumada la división del reino granadino, que tan favorables resultados debía producir para la Reconquista.

Desde ahora, en efecto, no registra la historia más que hechos gloriosos para los Cristianos, que animados por el buen éxito de sus empresas, despliegan una constancia verdaderamente extraordinaria, al propio tiempo que acreditan de nuevo el heroico valor que durante tan larga jornada habían manifestado; y si bien los Muslimes combaten con toda la saña y el salvaje entusiasmo propio de su raza, acrecentado por la desesperación, ven caer una por una

sus mejores plazas, y sustituir do quier las insignias musulmanas por los invictos pendones de Aragón y de Castilla, coronados por el sacrosanto emblema del Crucificado.

A la victoria obtenida en las márgenes del Lopera, en la que los hombres del Marqués de Cádiz y los caballeros de Alcántara alcanzaron un completo desquite de la nefasta jornada de la Ajarquía, siguióse prontamente la reconquista de Zahara, llevada á feliz término por el bravo Marqués, cuyo nombre va unido á todos los hechos memorables de esta época; la toma de Alora, Setenil, Coin, Cartama y la fuerte Ronda, cuyas victorias lanzaron del trono al anciano Muley-Hacen, que entre tantos desastres sólo había tenido valor para arrojar á Boabdil de Almería, siendo sustituído por Muley-Abdallah, el *Zagal*, el vencedor de la Ajarquía.

Entre los esplendores de un fácil triunfo, obtenido por el *Zagal* sobre los caballeros de Calatrava, entró en Granada, llevando colgadas de los arzones de sus sillas las lívidas cabezas de los vencidos, con lo que y con haber emprendido una serie de

terribles castigos contra los partidarios de Boabdil que se habían refugiado al lado de los Reyes Católicos, creyóse completamente seguro, aunque en breve pudo salir de su error, cuando se encontró que éste, apoyado por sus fieles Abencerrajes y por algunas tropas castellanas, había penetrado en el Albaicín, desde donde estaba pronto á reanudar las sangrientas escenas de la guerra civil, cuando se vino á una transacción, en virtud de la cual tío y sobrino gobernarían simultáneamente en Granada, rigiendo el *Zagal* las ciudades y términos de Almería, Málaga, Velez, Almuñecar y parte de la Alpujarra, y el restante territorio, limítrofe á los Estados cristianos, Boabdil, que como aliado de los monarcas de Castilla nada debía temer por su parte. Sin embargo, D. Fernando conceptuó que este convenio involucraba un rompimiento de la concordia establecida con Boabdil, y le declaró la guerra, poniendo sitio á la ciudad de Loja, que cayó en su poder, haciéndole prisionero, y aunque le devolvió la libertad, sólo fué á condición de renunciar al título de rey de Granada. Tras Loja, Illora, Moclin, Montefrío, Colomera y la



fortaleza del Salar, cayeron en poder de los Reyes, en 1486; y al año siguiente, y aprovechándose de las disensiones del reino granadino, al frente de un ejército de 50,000 peones y 12,000 caballos, en el que figuraba la flor de la milicia española, y no sin verse obligado á resistir todas las inclemencias del tiempo y á vencer todos los obstáculos naturales que se presentaban para la marcha de las tropas y de los trenes de artillería, lograron poner sitio á Velez-Málaga, que después de una heroica resistencia y de ver deshecho un ejército que el *Zagal* había enviado en su auxilio, abrió sus puertas á las huestes cristianas.

Empero otra empresa más ardua llevaron á feliz término con la toma de Málaga, verdadero emporio del Mediterráneo, y cuya fama y riquezas corría pareja con la extraordinaria fortaleza de sus defensas y con el valor nunca desmentido de sus hijos. Larga fué, en verdad, la lucha que se hubo de sostener, y más larga todavía la serie de novelescos sucesos que podríamos referir, si fuera nuestro propósito estudiar únicamente hecho tan célebre. Baste decir que, á pesar de los extraordinarios esfuer-

zos de sus defensores, capitaneados por el indomable Hamet-el-Zegrí cuya energía se mostró lo mismo ante las incesantes acometidas de los sitiados y ante la nube de balas y de armas arrojadizas que sobre los muros, desportillados en más de un sitio, lanzaban sus cañones, lombardas y demás máquinas de guerra, que ante las peticiones de algunos habitantes de la ciudad, cuya posición les hacía desear la paz y cuyas cabezas rodaron por el suelo; á pesar del fanatismo despertado por arrojados faquíes y derviches, que ya presentándose en la tienda real y confundiendo á los monarcas con sus distinguidos servidores, atentaron en balde á su preciosa vida, ya desplegando la bandera, señal segura, según su decir, de la victoria, y lanzándose sobre la hueste sitiadora, causaron en ella dolorosas pérdidas; Málaga hubo de sucumbir, y con ella quedó en poder de los Reyes Católicos toda la parte occidental del territorio granadino.

Faltaba sólo aislar su capital, sometiendo la parte oriental, y para ello el año 1488 se emprendieron las operaciones contra la plaza de Baza, defendida por Cid-Yahya,

quien opuso una tenaz resistencia; pero convencido al fin de lo inútil de sus esfuerzos y mediante el permiso de su rey, el Zagal, capituló mediante honrosas condiciones, quedando él por su parte tan agradecido á los agasajos y muestras de consideración que recibió de los reyes, que juró no desenvainar en adelante su espada contra ellos, y aconsejó á su soberano les entregara la plaza de Almería y Guadix, que aún estaban en su poder, confiándose á su nobleza y generosidad.

Con esta entrega había sonado ya la hora última de Granada, de la hermosa capital del reino nazarita, que según pactos anteriores con Boabdil debía ser entregada á los cristianos; pero no le era dable al *Zogoibí* cumplir su palabra, aúnque tal hubiese sido su voluntad, pues en Granada habían buscado seguro refugio todos aquellos campeones que habían preferido abandonar sus predios, sus riquezas, su bienestar, conservados por otros mediante vergonzosa servidumbre, y hacer la guerra á sus dominadores hasta el último momento, y éstos hubieran sido siempre un obstáculo, imposible de vencer sin gran pe-

ligro para Boabdil. Por otra parte, no es fácil que él mismo estuviese muy dispuesto á abandonar para siempre un trono tan ambicionado y por el que tantos sacrificios se había impuesto, así como era muy natural que, confiado en las todavía poderosas fuerzas con que contaba, tratase de hacer un postrero y supremo esfuerzo en defensa de su hermosa patria.

Así es que pronto pareció recobrar aquella actividad extraordinaria de que había dado muestras en distintas ocasiones de su azarosa vida, y al frente de lucidos escuadrones penetró por territorio cristiano, talando y saqueando cuanto se presentó ante él, infundiendo el terror en todas las poblaciones de la frontera. Pero pronto acudió D. Fernando con no menos lucida hueste, en la que figuraban como auxiliares Cid-Yahya y el *Zagal*, y corriéndose por la Vega, sin parar hasta las mismas murallas de la Alhambra, castigó así el atrevimiento de Boabdil, retirándose á invernar á Castilla para organizar la formidable y definitiva espedición al reino granadino.

En este intervalo que ni Musulmanes

ni Cristianos dejaron pasar en balde, organizando aquéllos la defensa y éstos los medios de ataque, se realizaron algunos hechos, que ponen de manifiesto el valor sin límites de los hombres de aquella época, al par que su entusiasmo por la causa que respectivamente defendían, y aún la caballerosidad que acompañaba á casi todos sus actos. En este intervalo es cuando Hernán Pérez del Pulgar alcanza el glorioso renombre de *el de las hazañas,* merced, entre otras, á su afortunada espedición á Salobreña, que sitiada por Boabdil, sólo se salvó por su poderoso auxilio, y á la que el ilustre historiador granadino Lafuente Alcántara refiere en estos términos: «No satisfecho con haber penetrado en Salobreña y salvado con su arrojo esta fortaleza importante, discurría nuevas empresas con que provocar á los moros y lastimar el orgullo de sus guerreros. Estando en Alhama, á donde había ya regresado como á su residencia habitual, reunióse en la plaza á conversar con otros hidalgos, y oyó que cada cual recordaba sus aventuras y hechos valerosos en las pasadas correrías; uno se jactó de peligrosos desafíos con ginetes intrépidos

de Granada, otro de haber clavado su daga en las puertas mismas de la ciudad. Silencioso Pulgar, pero encendido en vivísima emulación, convocó quince compañeros, todos membrudos y valientes, y les preguntó si se hallaban con resolución para seguirle, penetrar en Granada é incendiarla. Estupefactos se quedaron los quince hidalgos con una proposición al parecer descabellada, pero como Pulgar rehusase entrar con ellos en discusión y les requiriese para que dieran una respuesta categórica, todos se brindaron á seguirle, queriendo más bien arriesgar sus vidas que pasar en cualquier ocasión por hombre de flaco espíritu.»

«Con ánimo resuelto abandonó Pulgar los muros de Alhama, seguido por sus quince amigos. Cuéntase que al atravesar las calles de esta ciudad, una viejezuela se asomó á la ventana de su casa para enterarse de la gente que cabalgaba en una hora al parecer intempestiva, y que al ver á Pulgar al frente de los quince ginetes cerró su postigo diciéndoles: ¿Con Pulgar is...? La cabeza llevais pegada con alfileres.»

«Caminaron los caballeros hasta la Ma-

laha, en cuyas inmediaciones buscaron un paraje sombrío donde permanecer ocultos con sus caballos durante el día. Pulgar mandó recoger un haz de retama para aplicar fuego á algunos edificios de Granada. Luego que oscureció volvieron á cabalgar los aventureros, y sin ser vistos ni oídos por enemigo alguno, se acercaron al muro de Granada por la parte de Bibataubin, y marcharon á la desfilada por el cauce del río Darro hasta llegar bajo el puente de la Paja. Seis permanecieron aquí inmóviles y silenciosos, y Pulgar seguido de los restantes, bajo la dirección de un moro granadino, liberto suyo y bautizado con el nombre de Pedro Pulgar, avanzó por el mismo cauce del río arriba, y saltando por unas acequias, que aún se conservan para desagüe de tenerías y fábricas de tinte, cruzó las calles silenciosas y oscuras y llegó á las puertas de la gran mezquita. Arrodillado ante sus umbrales sacó un pergamino en que aparecía escrito el símbolo *Ave María*, y clavándole con un puñal en las chapas de hierro de la puerta, se dirigió á la cercana Alcaicería para incendiarla con el haz de leña, de que, según

dijimos, se previno en el campo. Tristán de Montemayor, á quien encargó una tea para aplicar el fuego, la dejó olvidada en la puerta de la mezquita, y despertó con su descuido ardiente enojo en el ánimo del guerrero. Empeñado éste en procurarse lumbre haciendo encender con eslabón y pedernal un trozo de cuerda, sintió desembocar por las calles cercanas una ronda de moros: al ver el enemigo al frente, puso mano á su espada, y seguido de sus fieles hidalgos arremetió intrépido y los dispersó á cuchilladas. Guiado por el converso regresó al puente con los suyos, y saltando todos en sus caballos, aplicaron espuelas y se alejaron de la ciudad, oyendo la algazara y murmullos nacidos de la alarma que ya reinaba en su interior. Los reyes en recompensa de esta hazaña hicieron á Pulgar y á sus quince compañeros grandes mercedes, concedieron al primero asiento de honor en el coro de la catedral, cuyo privilegio conservan sus herederos los marqueses del Salar, y señalaron para su sepultura el mismo sitio donde se arrodilló para clavar su emblema religioso, cuya tumba se conserva con veneración.»

Realmente, al leer el anterior relato, parécenos ver resucitar los héroes de los tiempos mitológicos, y realizar extraordinarias proezas, faltando sólo plumas bien cortadas para cantarlas.

Otro hecho que prueba la caballerosidad y galantería de los contendientes, fué la sorpresa de una comitiva que acompañaba á una sobrina del alcaide de Granada, Aben-Comixa, llevada á cabo por el conde de Tendilla, quien no sólo trató á la joven con toda delicadeza y la prodigó las mayores atenciones, sino que al recibir una carta del mismo Boabdil en que solicitaba su rescate, la puso inmediatamente en libertad, dándole ricas joyas de regalo y un lucido acompañamiento para su seguridad. Acción que fué correspondida por el monarca granadino, dando libertad á veinte sacerdotes y á ciento treinta hidalgos castellanos y aragoneses, con algunas otras cautivas, y que dió lugar al reconocimiento de Aben-Comixa, que fué desde entonces uno de los más poderosos agentes cerca de Boabdil, para decidirle á la entrega de Granada.

Había llegado ya la primavera del año

1491, y D. Fernando, decidido á poner término á la secular lucha de la Reconquista, al frente de un ejército de cuarenta mil infantes y diez mil ginetes, se puso en marcha hacia la capital del desmembrado reino nazarita, y plantó sus tiendas en la hermosa vega, convertida desde ahora en vasto teatro de heróicas empresas. Día triste para los Musulmanes debió ser aquel en que vieron brillar las cruces y ondear los pendones de Aragón y Castilla ante sus muros. ¡Cuántos sin duda sintieron misteriosa sacudida en todo su sér, cual presagio triste de la desventura que les aguardaba! ¡Cuántos otros derramarían lágrimas de pena al ver holladas por los robustos miembros de los guerreros cristianos, cubiertos de acero, las doradas mieses que con tanto afán habían cultivado! ¡Cuántas madres cariñosas debieron abrazar á sus pequeñuelos, que ya no habían de conocer la patria en que nacieron! Pero en pechos varoniles como los de los defensores de la ciudad, en pechos españoles, que al fin y al cabo la mayor parte de ellos habían nacido en nuestro suelo, presto se ahogan los impulsos de la tristeza y se sobreponen

los altos sentimientos que el valor infunde, y presto también estuvieron los defensores de Granada dispuestos á la última lucha.

No les faltaban, por otra parte, medios para sostenerla hasta con gloria, pues la población de Granada se elevaba, entre naturales y refugiados, á doscientas mil almas, y su ejército, á más de los cuerpos veteranos, contaba con veinte mil jóvenes en edad de llevar armas; abundantes provisiones había en sus almacenes; agua riquísima le proporcionaban el Genil y el Darro; la áspera Sierra Nevada la protegía con sus escabrosos riscos, y sus murallas, torres y almenas hacían de ella una fortísima plaza. Además, Boabdil desplegaba una energía y una actividad extraordinarias, y era secundado por valerosos caudillos, cuyos nombres se habían hecho ya célebres en anteriores combates. Abul-Cacim tenía á su cargo las armas, provisiones y alistamiento de soldados; Muza, con el famoso Reduan y el moro Zaide de nuestros romances, compartía el mando de la caballería y la dirección de los combates en campo abierto; Abdel-Keris-el-Zegrí estaba encargado de la defensa de las

murallas, y Mahomed-Zair-Ben-Atar, al frente de una sección de caballería ligera, debía molestar al enemigo con escaramuzas y sorpresas.

Ni menos número, ni menor entusiasmo, ni inferiores condiciones reunía el ejército acampado en la Vega. El marqués de Cádiz, el de Villena, el gran maestre de Santiago, los condes de Cabra, de Cifuentes de Ureña y de Tendilla, D. Alonso de Aguilar, nombres todos ya ilustres en los fastos contemporáneos, y mil otros bravos capitanes, como Gonzalo de Córdoba, Pulgar, Martín de Alarcón, formaban el cortejo del rey católico. Su poderosa artillería, ante cuyo empuje cayeran las torres de Ronda, Cambil, Loja y Málaga, estaba toda ella dispuesta á reanudar sus temibles horrores, y las milicias de todas las ciudades de Castilla y de otras provincias formaban el núcleo de tan numerosa como aguerrida hueste.

Sentóse el campamento á dos leguas escasas de la ciudad, en la feracísima vega, talada ya en dos espediciones anteriores, levantando toscas cabañas, perfectamente alineadas y como dispuestas para una larga permanencia. A él llegó á los pocos días

D.ª Isabel, cuando hubo provisto al mantenimiento del ejército, siendo recibida, como en Málaga y en Baza, en medio del mayor entusiasmo, ya que su presencia era considerada como feliz presagio del buen éxito de la empresa. Entonces fué cuando empezaron aquellos mil y mil combates, en que lucían su gentileza, valor y caballerosidad los campeones de uno y otro bando, convirtiéndose el campo cristiano en un continuado y sangriento torneo.

Entre estas escaramuzas y combates parciales, mencionan los historiadores la llamada batalla de la *Zubia*, pueblecillo situado en una colina próxima á Granada. Cierto día ocurriósele á D.ª Isabel, que con frecuencia revistaba sus huestes, ver más de cerca la ciudad y sus potentes fortificaciones, para lo cual, acompañada por el Marqués de Cádiz y otros principales caudillos, llegó hasta dicha población, en una de cuyas casas entró para contemplar desde una ventana el maravilloso espectáculo que presentaba la capital nazarita, cuando de pronto se lanzaron gran número de guerreros musulmanes sobre los caballeros que le acompañaban. A pesar de que el Mar-

para ellos el terrible *lasciate ogni speranza*, y únicamente en la muerte habían de buscar garantía segura de su libertad. Además, empezaba el hambre á dejarse sentir, pues cabalgadas cristianas habían recorrido en distintas ocasiones el valle de Lerin y la Alpujarra, de donde se continuaban abasteciendo, y les habían cortado esta última fuente de su sostenimiento.

Andaba con todo esto inquieto y bullicioso el voluble pueblo granadino, oíanse do quier murmuraciones sobre la inacción de Boabdil, mientras que á su lado pérfidos consejeros, más atentos á conservar sus puestos y fortuna que á la independencia de su reino, dejaban deslizar palabras de acomodamiento y capitulación con los Cristianos. Hallábase perplejo el *Zogoibi* sobre el partido que más le convenía adoptar, cuando cediendo á los impulsos de su corazón, realmente generoso y denodado, determinó hacer una salida contra los sitiadores, y prefiriendo «morir todos, como dice un testigo presencial, antes que recibir tal afrenta, en que una ciudad tan grande se entregase así.»

Y, en efecto, á pesar de los ruegos de su

madre, á quien en esta ocasión faltó la energía que la caracterizaba, y de las lágrimas de su esposa Moraima y de sus hijos, salió de la ciudad con la flor de la caballería granadina, ya muy mermada con las bajas que había sufrido, y dejando á los infantes en los puntos próximos á las murallas, para asegurar la retirada, se lanzó con extraordinario brío á la cabeza de sus tropas sobre los caballeros cristianos, trabándose así una terrible pelea, en la que se hicieron prodigios de valor por ambas partes, pero cuyo triunfo correspondió esta vez á los Cristianos, sin que el desventurado monarca lograse perecer en el campo de batalla, no obstante haber dado buena cuenta de su persona en toda la lucha. Prolongóse ésta aún con las fuerzas de infantería que formaban la retaguardia del ejército muslim, y tras un tenaz combate fueron rechazadas palmo á palmo hasta la ciudad.

Este fué el postrer esfuerzo de los sitiados, cuyas quebrantadas fuerzas, abatido espíritu y ante la horrible perspectiva del hambre que iba en aumento, entablaron negociaciones por medio del wazir Abul-

Cacim, que alcanzó una suspensión de hostilidades para ultimar la capitulación. El abatido monarca granadino hubo de doblegarse ante las circunstancias, y comisionó á dicho wazir para que en unión con el cadí de los cadíes y el alcaide Aben-Comixa conferenciasen con D. Fernando de Zafra y Gonzalo de Córdoba, designados á este efecto por los Reyes.

El 25 de Noviembre de 1491 quedó firmada la capitulación, en virtud de la cual Granada se entregaría á los Reyes Católicos en el término de sesenta y cinco días, mediante el cumplimiento de una serie de condiciones públicas que se estipularon y de algunas secretas en favor de Boabdil y su familia, que no reproducimos por no dar demasiada extensión á este capítulo. Pero precisamente la primera no había de tener exacto cumplimiento, ya que habiendo trascendido hasta el pueblo la noticia de la capitulación, á pesar del secreto con que fué llevada y escitados los ánimos por las predicaciones de un fanático santón, se amotinó y obligó á Boabdil á refugiarse tras las murallas de la Alhambra y á rogar á los Reyes que anticipasen el día de la en-

trada en su capital, á fin de evitar mayores males que amenazaban sobrevenir.

Quedó así convenido, y el día 2 de enero de 1492 se realizó este hecho, capaz por sí solo de hacernos esclamar con el ilustre autor del *Poema á Colón*:

«¡Gran siglo! ¡Año feliz! ¡Glorioso día!»

Que realmente gran siglo, año feliz y glorioso día fué para nuestra patria aquel en que terminara definitivamente la lucha de ocho siglos iniciada en el Waddi-Becca. Sin duda debieron estremecerse de ventura en sus sepulcros los restos venerandos de tantos héroes y de tantos mártires de la causa nacional. Había caído el tronco de la palmera, símbolo de la civilización oriental, que Abderrahman plantara en su jardín, y cuyas ramas habían sido ya desgajadas una á una por las vencedoras huestes del Cristianismo; los resplandores de la Media Luna habían sido oscurecidos por los inextinguibles destellos de la Cruz; Castilla, Aragón y las demás regiones españolas habían confundido su preclaro nombre en otro más querido, más grande, más excelso, en el glorioso nombre de España.

Pero volvamos á aquel día sin par en la historia. «Al dorar los rayos del sol de 2 de enero de 1492, las cumbres de Sierra Nevada y los fertilísimos campos de la Vega, dice el mejor de nuestros historiadores, veíase á los capitanes, caballeros, escuderos, pages y soldados del ejército cristiano, vestidos de rigurosa gala, con arreglo á una orden la noche anterior recibida, agruparse á las banderas para formar las batallas. A pena de muerte estaba condenado el que aquel día faltara á las filas. Los mismos reyes y personas reales vistieron de gran ceremonia, dejando el traje de luto que llevaban por la inesperada muerte del príncipe Don Alfonso de Portugal, malogrado esposo de la infanta de Castilla D.ª Isabel. Todo era movimiento y animación en el campamento de los españoles, y una alegría inefable se veía pintada en el rostro de todos los combatientes. En esto retumbaron por el ámbito de la Vega tres cañonazos disparados desde los baluartes de la Alhambra. Era la señal convenida para que el ejército vencedor partiera de los reales de Santa Fe para tomar posesión de la insigne ciudad muslímica. Diéronse al aire las banderas y

comenzó la marcha. Iban delante el gran cardenal de España D. Pedro González de Mendoza, asistido del comendador mayor de León D. Gutierre de Cárdenas, y de otros prelados, caballeros é hidalgos, con tres mil infantes y alguna caballería. Atravesó la hueste el Genil, y con arreglo al ceremonial acordado subía la Cuesta de los Molinos á la esplanada de Abahul, al tiempo que Boabdil, saliendo por la puerta de los Siete Suelos con cincuenta nobles moros de su casa y servidumbre, se presentó á pie al gran sacerdote cristiano: apeóse al verle el cardenal y le salió al encuentro; saludáronse muy respetuosamente, apartáronse un corto trecho, y después de conversar un breve espacio, «Id, señor, le dijo el príncipe musulmán en alta voz y con triste acento; id en buen hora y ocupad esos mis alcázares en nombre de los poderosos reyes, á quienes Dios, que todo lo puede, ha querido entregarlos por sus grandes merecimientos y por los pecados de los musulmanes.» Y se despidió del prelado con ademán melancólico.»

«Mientras el cardenal con su hueste proseguía su camino y hacía su entrada en la

Alhambra, el rey moro cabalgaba, seguido de su comitiva, y bajaba por el mismo carril al encuentro de Fernando, que esperaba á la orilla del Genil, junto á una pequeña mezquita, consagrada después bajo la advocación de San Sebastián. Al llegar á la presencia del monarca vencedor, el príncipe moro hizo demostración de querer apearse y besarle la mano en señal de homenaje, pero Fernando se apresuró á impedirlo y contenerle. Entonces Boabdil se acercó y le presentó las llaves de la ciudad, diciéndole: «Tuyos somos, rey poderoso y ensalzado; éstas son, señor, las llaves de este paraíso; esta ciudad y reino te entregamos, pues así lo quiere Alá, y confiamos en que usarás de tu triunfo con generosidad y con clemencia.» El monarca cristiano le abrazó, y le consoló diciendo que en su amistad ganaría lo que la adversa suerte de las armas le había quitado. En seguida sacó el rey Chico de su dedo un anillo, y ofreciéndosele al conde de Tendilla, nombrado gobernador de la ciudad, le dijo: «Con este sello se ha gobernado Granada; tomadle para que la goberneis, y Dios os dé más ventura que á mí.» Despidióse

el infortunado príncipe con su familia, dejando á todos enternecidos y profundamente afectados con esta escena. En las inmediaciones de Armilla se presentó la triste comitiva á la reina Isabel, que además de recibirla benigna y afable, restituyó á Boaddil su hijo, que formaba parte de los jóvenes nobles que se habían dado en rehenes en Octubre. La desgraciada familia prosiguió escoltada hasta los reales de Santa Fe, donde ocupó Boabdil la tienda del gran cardenal, á cuyo hermano, adelantado que era de Córdoba, había encomendado el rey el servicio y esmerada asistencia del príncipe moro.»

«Reinaba en Granada pavoroso silencio. La reina Isabel, que colocada en una pequeña eminencia no apartaba los ojos de las torres de la Alhambra, sentía latir su corazón de impaciencia al ver lo que tardaba en ondear en el palacio árabe la enseña del Cristianismo. En esto hirió su vista un resplandor que bañó su pecho de alegría. Era el brillo de la cruz de plata que Fernando llevaba en las campañas, plantada en la torre llamada hoy de la Vela. A su lado vió tremolar el estandarte de Castilla y el

pendón de Santiago. *¡Granada, Granada por los reyes D. Fernando y D.ª Isabel!* gritaron en alta voz los reyes de armas. El júbilo se difundió por todo el ejército. Salvas y vivas resonaron por toda la Vega. Isabel se postró de rodillas mirando la cruz; el ejército hizo lo mismo; los prelados, sacerdotes y cantores de la Real capilla entonaron el *Te-Deum laudamus*, nunca cantado con más devoción y fervor ni en ocasión más grande y solemne. Incorporáronse la reina y el rey, y dando á besar sus reales manos á los nobles y capitanes que les habían ayudado á terminar tan grande empresa, procedieron á posesionarse de la Alhambra, á cuyas puertas los aguardaban ya el cardenal Mendoza, el comendador Cárdenas y el alcaide Aben-Comixa. El rey entregó las llaves de Granada á la reina, la cual las hizo pasar sucesivamente á las manos del príncipe Don Juan, del cardenal y del conde de Tendilla, nombrado gobernador de la ciudad y del alcázar. «Las damas y caballeros, dice un erúdito escritor, discurrían embelesados por aquellos aposentos de alabastro y oro, aplaudiendo los sutiles conceptos de leyen-

das y versos estampados en sus paredes, y esplicados por Gonzalo de Córdoba y otros personajes peritos en el árabe.»

Regresaron después los monarcas cristianos al campamento, dejando encomendada la guarda de la Alhambra al conde de Tendilla, y al día siguiente recibieron á quinientos cautivos de todas clases, que habían sido puestos en libertad, prodigándoles todo género de consuelos y de dádivas.

El 6 de enero tuvo lugar la entrada triunfal de los Reyes en la última capital del Islamismo en nuestra patria. Como si el cielo quisiera contribuir á tan solemne fiesta, amaneció un hermoso día. Pusiéronse en marcha, llevando al frente un lucido escuadrón de caballeros montados en briosos caballos con arneses de gala; seguía el príncipe D. Juan, á cuyo lado iban en sendas mulas, el gran cardenal revestido de la púrpura y fray Hernando de Talavera, primer arzobispo de Granada; venían después los Reyes, expléndidamente ataviados en medio de la flor de la nobleza de Castilla y Andalucía, y tras ellos todo el ejército con las banderas de los grandes y de los conce-

jos desplegadas y al son de instrumentos marciales.

Entró la expléndida comitiva por la puerta de Elvira, y después de recorrer varias calles, pasaron á la Alhambra, en donde se había preparado un trono en la sala de Comares, en el que recibieron y dieron á besar sus manos los reyes á los nobles de su corte y á los caballeros moros que gustaron prestarles homenaje.

Ningún incidente desagradable vino á descomponer tan hermoso cuadro, á pesar del entusiasmo de los soldados y del natural despecho y del odio concentrado que debía dominar en el corazón de los vencidos, gracias á las previsoras medidas adoptadas por los Reyes, que, como ya hemos indicado, confiaron el gobierno de la ciudad al prudente conde de Tendilla, la suprema sede al virtuoso y benigno Hernando de Talavera, y la difícil misión de interpretar las capitulaciones á Hernando de Zafra.

Entre tanto Boabdil, anhelando no presenciar espectáculos que tan dolorosos habían de ser para él, se había puesto en marcha para su destierro de Andarax, y con el corazón oprimido de mortal angustia al

divisar por vez postrera desde la cuesta del Padul su querida patria, rompió en llanto prorrumpiendo: «¡Allah Akbar!» á cuya exclamación respondió su madre, según leyenda tradicional: «Llora, llora como mujer, ya que no has tenido valor para defenderla como hombre;» respuesta harto injusta de ser cierta.

Y razón tenía en verdad Boabdil para llorar su amarga desventura. Dejaba para siempre aquella hermosa ciudad, en donde se había mecido su cuna arrullado en su sueño por el murmurio amoroso de sus perfumados bosques y de sus cristalinas fuentes: dejaba aquella Alhambra, donde en cada paseo, en cada patio, en cada alhamíe, en cada salón de artesonado techo dejaba un pedazo de su corazón, arrancado por el recuerdo de los más felices momentos de su vida, así como de sus más mortales angustias: dejaba aquel paraíso que había contemplado mil veces, reflejado en las límpidas aguas de los estanques ó en el fondo de los hermosos ojos de la gentil Zoraida. ¿Y cómo la dejaba? En manos de odiados enemigos, que no sólo habían de hollar con su impura planta desde la Alhambra al Al-

baicín, toda su ciudad, sino que habían de reducir á la servidumbre y á la ignominia á su pueblo que, aunque voluble para él, tanto le había querido; brillando en lo alto de las torres de sus mezquitas la enseña de la Cruz y adorados en sus altares los mártires y los santos del Cristianismo; entregados al llanto sus moradores y abandonado por muchos de ellos que la dejaban para siempre, prefiriendo su pérdida á conservarla á trueque de su servidumbre.

Tal vez también con esa visión profética que á veces presta la desgracia, veía en lontananza el momento supremo de la desaparición completa de su querido pueblo; tal vez veía la ciudad, triste, abatida, poco menos que desierta, cerrados sus talleres, perdida su agricultura, destruídos por la mano del tiempo y de las revoluciones sus más preciados monumentos.

Así acabó la dominación de los Muslimes en España. Mucho les debemos: por nuestras venas corre sangre de su sangre; en nuestras costumbres se retrata en parte, sobre todo en determinadas regiones, su propia vida; en nuestra lengua multitud de palabras destinadas á indicar objetos é

ideas atestiguan su floreciente civilización; y en nuestra literatura á ellos es debido un marcado sabor oriental, y una gran tendencia hacia lo extraordinario, lo maravilloso y las imágenes.

Al propio tiempo, pues, que bendigamos la hora en que nuestra patria se vió libre de la servidumbre que sobre ella pesara durante ocho siglos, lamentemos también la infausta suerte de aquel tan valeroso como ilustrado pueblo.



## III

Expulsión de los Judíos.—Ojeada sobre este pueblo antes de su venida á España.—Epoca de la misma.—Estado de los Judíos en la monarquía visigoda.—Su conducta en la invasión musulmana.—Apogeo de los Judíos en el Califato de Córdoba.—Su condición en Castilla y Aragón.—Matanza general de Judíos.—Sus causas.—Organización, carácter y condiciones de este pueblo.—Edicto de expulsión.—Fundamentos del mismo.—Su ejecución.—Sus consecuencias.—Juicio sobre esta medida.



## EXPULSIÓN DE LOS JUDÍOS

Nos diste como ovejas para comida y entre las gentes nos esparciste.

*(Salmo XLIII, v. 12.)*

Entre las distintas capas de población que superpuestas unas á otras han venido á formar en nuestra época el actual pueblo español, figuran en gran número las pertenecientes á pueblos de procedencia semítica, y entre ellas (Fenicios, Cartagineses, Árabes, Persas, Sirios) ocupan un lugar preeminente por sus variadas vicisitudes los descendientes de Israel, los Judíos, ese desgraciado pueblo, sobre el que se han desencadenado desde hace siglos todas las desgracias, todas las calamidades que son dables sufrir en la vida humana.

Los Hebreos, cuya primitiva historia es sobrado conocida para que la repitamos aquí, y la tierra que tras tantos esfuerzos conquistaran, habían venido á ser como todos ó casi todos los pueblos conocidos en los últimos tiempos de la Edad antigua una provincia más del vasto Imperio Romano, cuyas deleznables bases sentara Augusto. En esta condición no le podía caber más suerte á la Judea que á los restantes miembros de aquel coloso, y su historia en tal época corre parejas con las de las demás provincias. Gobernadores corrompidos y tiránicos, reacciones de todo género, y como consecuencia, protestas, levantamientos y terribles castigos, á esto se reducía la precaria existencia de las provincias romanas.

Habían sufrido los Judíos estos contratiempos con relativa paciencia hasta la época de Nerón, en que, á causa de los tiránicos y escandalosos abusos de Gesio Floro, se levantaron en armas y sostuvieron con verdadero ardimiento una guerra, que se prolongó largos años y que sólo terminó en el reinado de Vespasiano, cuando éste, proclamado emperador, dejó á su hijo

frente á los muros de Jerusalén. Fuerte era la ciudad santa, grandes los medios de defensa con que contaba, y obstinada resistencia opuso á las armas romanas; pero las disensiones intestinas, el exceso de población que se había encerrado en ella, el hambre y la peste contribuyeron á que conquistados uno á uno sus recintos fortificados y el Templo, que fué incendiado por un soldado, cayese en poder de los Romanos, que la entraron á sangre y fuego, pereciendo infinidad de Judíos al filo de la espada. Un millón trescientos mil perecieron en tan dura guerra, sobre cien mil fueron reducidos á la esclavitud; y el resto esparcido por todas las provincias, dejando así, en cumplimiento de las profecías, de formar cuerpo de nación.

Aún no había apurado todavía este pueblo la copa de la amargura; le faltaba el postrer golpe que le redujera á polvo, y éste no se hizo esperar. Una nueva sublevación estalló en la Judea, acaudillada por Barchochebas, «el hijo de la estrella,» falso Mesías, aprovechándose del odio de su pueblo contra Adriano, que había fundado una colonia romana en Jerusalén, llamada

Ælia-Capitolina, erigido un templo á Júpiter en el Calvario, mandó poner la estatua de Adonis en el portal de Betlhem, y un puerco de mármol en las murallas, para vejar y manifestar su odio al pueblo hebreo. Dos años (133-135 de J. C.) duró la lucha, que cortó la vida á medio millón de Judíos, y los que sobrevivieron fueron definitivamente reducidos á la esclavitud ó dispersados por el Imperio.

Desde estos dos hechos data la historia de este pueblo en la Península, pues si bien es cierto que podemos admitir el establecimiento de gran número de familias hebreas en las regiones dominadas por los Fenicios y Cartagineses, únicamente como parte integrante de los mismos debemos considerarlas, y sólo en esta ocasión es cuando «todo lo bueno y más noble de nuestra gente, dice un docto escritor rabínico, fué á habitar en las partes de España.»

Por variadas y múltiples vicisitudes hubo de pasar el pueblo hebreo en nuestra patria, debidas en parte al antagonismo de raza que siempre existió entre ellos y nuestros antepasados, y principalmente al espí-

ritu religioso dominante en toda la Edad media, excitado aquí de continuo por la lucha con los Muslimes, así como por considerarles como los causantes de la muerte del Salvador.

Ya el antiquísimo concilio de Iliberis, celebrado en los primeros días del siglo IV de nuestra era, adoptó varias disposiciones contra la grey judaica, llevados los padres que á él concurrieron de su celo en favor de la doctrina cristiana; y si bien con la invasión bárbara cayeron en desuso las prescripciones de dicho concilio y aumentó el número de las familias judías establecidas en España, gracias á la política tolerante de los monarcas visigodos del período arriano, en el Concilio III de Toledo se reprodujeron y aumentaron las disposiciones contra ellos, y Sisebuto dictó el primer edicto de expulsión, por el que se les ponía en la dura alternativa de bautizarse ó de salir del territorio visigodo. Aunque el IV Concilio toledano acordó que no se impusiera el bautismo forzoso, el V hizo jurar á los reyes antes de ungirlos que no tolerarían el judaísmo; Ervigio dictó varias leyes, prohibiéndoles el ejercicio de los car-

gos públicos, y Egica, temeroso con razón del peligro que ofrecía su permanencia en la Península, dadas las relaciones que tenían con los de Africa y su deseo de vengar los ultrajes recibidos, los declaró esclavos y mandó arrebatarles sus hijos para ser educados en la Iglesia católica. Muchos fueron los que á causa de estas persecuciones huyeron y se refugiaron en Francia y en otras regiones de Europa, donde fueron objeto de más crueles tratos, y algunos pasaron al Africa, siendo bien recibidos á pesar del desprecio que por ellos sentían los Musulmanes. Witiza, en cambio, parece que fué más tolerante con ellos, llevado del deseo de evitar su emigración al Africa, aunque no pudo lograr su objeto.

Aunque nosotros lamentemos las duras persecuciones de que fueron objeto los judíos durante la época visigoda, hemos de reconocer en primer término que fueron en parte motivadas por ellos, á causa de sus inteligencias y hasta conspiraciones contra los monarcas visigodos, y por otra parte la ilustración de San Isidoro y de otras personalidades ilustres de la Iglesia española, que ó no se conformaron, ó procura-

ron á lo menos suavizar las disposiciones de reyes y de concilios contra tan desgraciado pueblo.

Pero si en esta época cabe hasta cierto punto dudar de las acusaciones de que fueron objeto, no así en los tristes momentos de la invasión muslímica, en los que hicieron causa común con los invasores, les proporcionaron los medios necesarios para el buen éxito de su empresa, llegando á formar respetables contingentes armados, á los que se les confiaron la custodia de las plazas que los conquistadores iban adquiriendo. Esta conducta aumentó, como es de suponer, la mala voluntad de los españoles para con ellos, y determinó más adelante las crueldades de que fueron objeto por parte de los pueblos.

Un período brillante tuvieron todavía en España, en el Califato de Córdoba, particularmente en el momento de su apogeo, desde Abderrhaman III hasta la muerte de Almanzor. Acrecentado en efecto el número de judíos que existían en los dominios musulmanes de España, ya por los que voluntariamente acudieron á establecerse en ellos, ya por los que los walíes del Afri-

ca habían enviado en los primeros tiempos de la invasión como soldados, y al amparo de la tolerancia que los Califas desplegaron con todos los enemigos de sus doctrinas, salvo con los cristianos en la época de la reacción religiosa que se produjo en Andalucía, y que proporcionó gran número de mártires á la Iglesia, estaban perfectamente organizados, poseían grandes riquezas, y sus *Academias* y sinagogas despidieron verdaderos destellos de erudición y de ciencia, y fueron las legítimas sucesoras de sus más preclaras escuelas de Oriente, ya extinguidas: famosos se hicieron los nombres de los rabinos Mosseh y Hanoch en esta esfera, y más famosos los de Aben-Hasdai y Aben-Gan, hábil médico y secretario de Abderrhaman III el primero, quien le confió la mayor parte de los asuntos diplomáticos que en su reinado hubo de resolver, y entre ellos las negociaciones con Sancho el Craso, curado por Hasdai de su obesidad; y distinguido extraordinariamente el segundo por Almanzor, que le confió el cargo de «juez supremo de las aljamas del Andalus y del Imperio de Fez, recientemente sometido al Califato.»

colmándole además de grandes distinciones.

Varia fué la fortuna que les cupo entre los Musulmanes después de la caída del Califato, pues mientras les vemos gozar de extraordinario poder en algunos de los reinos *Taifas*, les vemos también objeto de duras persecuciones en otros, é igual y varia suerte les cupo al caer aquellas pequeñas y turbulentas soberanías en poder de Almoravides y Almohades.

En los reinos cristianos pasaron también los desgraciados descendientes de Israel por las mayores alternativas. En los primeros momentos de la Reconquista fueron tratados sin piedad y exterminados cual los Musulmanes que caían en poder de los entusiastas defensores de la independencia patria, pero pasado aquel primer período, los reyes de Castilla y de León, teniendo en cuenta la necesidad de que no abandonasen sus territorios, pues en sus manos radicaban las riquezas, la industria y el cômercio, y agradecidos algunos á sus grandes servicios, entre los que podemos recordar el auxilio que prestaron cuarenta mil de ellos á Alfonso VI en el desastroso

combate de Zalaca, en el que, después de haber peleado como buenos quedaron la mayoría tendidos en el campo de batalla, les protegieron y les concedieron derechos y privilegios, consignados en los *fueros, cartas pueblas* y demás disposiciones legislativas que publicaron Fernando I, Alfonso VI, Alfonso VIII y particularmente Fernando III el Santo, considerado por ellos «como el más magnífico, el más justiciero, el más esforzado, el más bondadoso y humilde ante Dios, el más terrible para con sus enemigos, y el más honrador y ensalzador de sus amigos.» Alfonso X el Sabio siguió el ejemplo de su ilustre padre; y sus sucesores, unas veces imitaron esta conducta, otras cediendo á la presión de elevadas personalidades del clero, de la nobleza y particularmente del pueblo, enemigo decidido de aquella raza, les impusieron duros tributos y mermaron en gran manera las prerrogativas de que gozaban.

Idéntico cuadro presenta este desventurado pueblo en los reinos de Aragón, Navarra y Cataluña, en donde monarcas tan ilustres como Jaime I el Conquistador, Pedro III y Fernando I les concedieron su

elevada protección, siendo notable la prosperidad de que en general gozaron durante la Edad media.

Pero á fines del siglo XIV una catástrofe inmensa, uno de esos crímenes que la historia contiene en sus páginas y que anatematizan todos los hombres honrados, siquiera encuentren atenuantes para explicarlos, cayó sobre los Judíos españoles. Venía esta catástrofe preparada ya de largos años, y era efecto, como dice el docto historiador de esta raza en nuestra península, Amador de los Ríos, «de una vasta conspiración que tenía por objeto su total aniquilamiento; pero de una conspiración forjada á la luz del día, planteada con igual anhelo en diversos terrenos y desarrollada al par en multiplicadas esferas.»

«Existían, en efecto, añade, los conspiradores contra la prole hebraica, lo mismo en el modesto ayuntamiento de los Concejos que en la solemne asamblea de las Cortes; lo mismo en el tranquilo recinto de las parroquias que en el bullicioso claustro de las iglesias catedrales. Sostenían viva y fomentaban en unos aquella perpetua conspiración las instintivas preo-

cupaciones de raza, la envidia de las acaparadas riquezas y el irritante y mortificador recuerdo de que habían sido acumuladas con su propia sustancia, merced á los torcidos excesos de la usura. Encendíanla en otros el celo de la religión, que naciendo en las fuentes del amor y de la caridad, se había trocado en odio profundo con la pertinacia ó firmeza de los israelitas en el culto de la ley mosaica; exasperábanla en muchos las distinciones y el poderío á que subían con frecuencia los hijos de Israel, merced á su infatigable actividad y rara inteligencia; exacerbábanla en no pocos el creciente y avasallador anhelo del exclusivismo en la dominación de las conciencias, dado que no habían tenido los hebreos la prudencia necesaria para hurtarse á la tentación del proselitismo, circunstancias que beneficiaban, no sin amargos frutos, la intolerancia y la ira.»

Estas causas, tan elocuentemente expuestas, dieron lugar á las horribles matanzas que, inauguradas en Madrid á 15 de Marzo de 1391, se prolongaron hasta el 13 de Agosto del mismo año en Sevilla, Córdoba, Valencia, Toledo, Barcelona, Lérida,

y en todos los pueblos y confines de la Península, y hasta en varias poblaciones del extranjero. «Andaba en todas partes, escribe un autor contemporáneo, tan amotinado y desmandado el pueblo, tan golosa la codicia, tan acreditada la voz del predicador de que, con buena conciencia, podían robar y matar á aquella gente, que sin respeto ni temor de jueces ni ministros saqueaban, robaban y mataban que era pasmo. Las voces, los lamentos, los gemidos de los que sin culpa se veían arruinar y destruir, al paso que lastimaban á los que no eran en el hecho, incitaban á más rabia y á más crueldad á los dañadores; sólo usaban de clemencia y reservaban las vidas y la hacienda á los que querían ser cristianos y pedían á voces el bautismo.»



Miles de víctimas se contaron en esta horrible catástrofe y pérdidas inmensas para nuestra nación; mostróse en ella un desconocimiento completo de la autoridad y un estado de anarquía espantoso; y por encima del sentimiento cristiano el desordenado apetito de las riquezas, como lo hacen notar todos los cronistas é historiadores contemporáneos. Nació de ellos, sin

embargo, un afán de proselitismo, primero por el terror y después por la predicación, iniciado este último por fray Vicente Ferrer, en medio de los horrores de la matanza de Valencia, y desde entonces hubo en España extraordinario número de conversos, que llegaron á ejercer gran influencia, y sobre los cuales se cebó también el pueblo, llevado de su intransigencia religiosa.

No es posible, so pena de dar excesivo desarrollo á este capítulo, exponer las restantes vicisitudes de los israelitas de nuestra patria hasta llegar el momento culminante de este ligero estudio; por lo que únicamente nos detendremos en ver cuál era su organización, su carácter y demás condiciones, durante la permanencia en las distintas regiones de la Península.

Desde su establecimiento en ella habitaban en barrios separados, llamados juderías ó *aljamas*, que venían á constituir un verdadero concejo formado por los *viejos*, los *adelantados* y los *rabinos*, que tenían una especial organización administrativa y judicial, y que se completaba con la *sinagoga* y la *escuela talmúdica* que había siem-

pre en ella. La base de su organización era la familia, admitiendo la poligamia con algunas limitaciones. Sus habitaciones revelaban en el exterior una modestia que no correspondía las más de las veces á las comodidades y al lujo interior, y usaban traje especial, si bien algunas veces se les dispensó de esta obligación.

Sumisos como vasallos, eran generalmente de buen trato; estaban dotados de una actividad y una constancia á toda prueba, y se dedicaban á toda clase de industria, así como al estudio, hasta el punto de que se hicieron famosos en el ejercicio de la medicina y cirugía, casi vinculada en ellos durante la Edad media. Deslucía estas brillantes aptitudes un escesivo amor á las riquezas, lo que les llevaba á convertirse en acaparadores y usureros, y la hipocresía que ha constituído siempre el sello característico de esta raza.

Muchos de ellos desempeñaron cargos de importancia, especialmente administrativos, *alfaquimos,* en las cortes de León, Castilla y Aragón, y muchos otros florecieron por su afición al saber, como Maimonides y Sem-Tob, y entre los conversos

Pablo de Santa María, Pedro de la Caballería, Jerónimo de Santa Fe, Alvar García, Alfonso y Gonzalo de Santa María, Hernando del Pulgar, Alfonso de Alcalá y mil otros que pudiéramos citar.

La lengua sabia de los Judíos era el hebreo; vulgarmente usaban la *aljamia* ó lengua aljamiada, mezcla de hebreo y castellano anticuado, y en las obras de controversia generalmente usaron el latín, que habían cultivado desde remotos tiempos, perpetuando en la Península la tradición de los estudios clásicos.

Tal era el pueblo hebreo al llegar la última etapa de su historia en nuestra patria, al tener que abandonar para siempre esta tierra por ellos tan querida, y que sin duda alguna tantos beneficios les debía, al contarse en el reloj de los tiempos el 31 de marzo de 1492.

En esta fecha los Reyes Católicos, cediendo al universal deseo de los hombres de aquella época, anhelosos de realizar la unidad religiosa en España, ya facilitada con la casi total destrucción del Islamismo y preparada por la creación del tribunal de la Inquisición, meta suprema que per-

seguían desde los primeros momentos de su subida al trono, á pesar de los nobles sentimientos de D.ª Isabel, á pesar de la gratitud que D. Fernando debía á este pueblo, promulgaron el decreto de expulsión.

Extraordinario estupor produjo en los hebreos españoles tal resolución; sorpresa grande experimenta el historiador en presencia de tal hecho. Acababa de conquistarse la capital muslímica de España, tras una larga y sangrienta lucha, en la que los Judíos habían favorecido de un modo extraordinario á los Reyes, cuidándose del abastecimiento de aquellos numerosos ejércitos que habían sitiado á Málaga, Baza y Granada, y á los que nada había faltado en tan largos asedios. Abraham Senior é Isahak Abarvanel habían cumplido su cometido con tanto celo, que la abundancia y hasta el lujo dominaban allí donde sin ellos hubiera sido un problema, áun hoy día el primero que hay que resolver en las grandes guerras, de difícil por no decir de imposible solución. Recientes estaban las capitulaciones, en las que se concedía á los Judíos los mismos derechos que á los Mahometanos vencidos, lo que había he-

cho concebir á estos desgraciados un porvenir lisonjero, cuando de pronto vino á tronchar en flor tan legítimas esperanzas el famoso edicto, por el que los Reyes Católicos, oído el parecer «de algunos perlados é grandes caballeros, é de otras personas de ciencia é conciencia,» mandaban salir de sus Estados á todos los Judíos, vedándoles para siempre volver á ellos.

Fundábase tan radical medida, no igualada por ninguna otra desde el edicto de Sisebuto, en las siguientes razones, que se contienen en el preámbulo del edicto: «1.º Que noticiosos de que había en sus reinos cristianos que judaizaban, de lo cual eran mucha culpa el trato y comunicación con los judíos, habían hecho la ley del apartamiento de 1480; 2.º Que aparecía notorio, y constábales por informes de los inquisidores, ser tanto el daño que nacía de la expresada comunicación de cristianos y judíos, cuanto era más constante y decidido el empeño de los últimos en pervertir á los primeros, separándolos de la Fe católica y atrayéndolos á su ley y práctica de sus ritos y errores; 3.º Que abrigando la convicción de que sólo consistía el reme-

dio de estos daños en cortar de raíz todo trato y comercio social entre judíos y cristianos, habían echado de las ciudades y villas de Andalucía á los contumaces hebreos, por ser en aquellas regiones mayor el daño y peligro, creyendo que este ejemplo bastaría á refrenar á los de las otras ciudades de sus reinos en el pervertir á conversos y cristianos viejos; 4.° Que no habían producido el «entero remedio» ni aquella resolución relativa á los judíos andaluces, ni el castigo ejemplar de los culpables de tales crímenes, y antes bien proseguían los judíos cometiéndolos con oprobio de la religión católica donde quiera que moraban.»

Como consecuencia de tales premisas, se fijaba un plazo de tres meses para que saliesen del reino, se condenaba á pena de muerte á todos los que regresaren y se conminaba con terribles penas á cualquiera que les socorriese ú ocultase pasado dicho plazo. Se les autorizaba para enajenar sus bienes muebles ó raíces y se les ponía hasta aquella fecha, bajo seguro real autorizándoles para sacar en especie cuanto les produjese dicha venta, pero de ningún modo oro, ni plata, ni «moneda amonedada.»

Tales eran las disposiciones de aquel edicto, que sumió en luto y en consternación á los Judíos españoles, y que quedaron todavía oscurecidas por las advertencias y censuras de otro que en el mes siguiente publicó Torquemada. «Abandonados de todo el mundo, dice el autor antes citado; abrumados bajo el peso de los dos edictos, que los presentaban á los ojos de la muchedumbre cual seres tocados de mortífera pestilencia; despojados fatalmente de la parte más granada de sus bienes; amenazados, en fin, con la esclavitud ó la muerte, se preparaban los judíos á tan dolorosa expatriación, única senda que les restaba para salvar en sus hombros los profanados penates de sus mayores. Al mover unos su planta vacilante, volvían los tristes ojos á las desiertas moradas, donde recibieron un día las caricias paternales, y donde habían visto nacer y crecer á sus desventurados hijos, sujetos ahora, como ellos, á los desastres de una dispersión inesperada. En su dolor no acertaban otros á separarse de aquellos sitios queridos; y hubo ciudades, donde antes de resolverse á emprender tan dura peregrinación, permanecieron los he-

breos tres días enteros en el cementerio de sus mayores, regando los huesos con su llanto y enterneciendo con sus lamentos los corazones de sus naturales adversarios.»

Triste fué el aspecto que á primeros de agosto de este año, tan fecundo en grandes acontecimientos, presentaba la Península. Veíanse por todas partes apesadumbradas caravanas en busca de la salida de aquella tierra por ellos tan querida; los caminos, las sendas que se dirigían á Portugal y Francia iban atestados; en los puertos se agitaba inmensa muchedumbre de ellos, que eran estivados en miserables embarcaciones que se disponían á salir con distintos rumbos, dirigiéndose unos á las costas de Levante, otros á las africanas playas, cuales á Italia, cuales al norte de Europa.

«Iban (escribe un testigo ocular) unos cayendo, otros levantando, unos muriendo, otros naciendo, otros enfermando; que no había cristiano que no oviese dolor de ellos. E siempre por donde iban, les convidaban al bautismo, é algunos..... se convertían é quedaban, pero muy pocos. E los Rabbíes los iban esforzando; é fascían cantar á las mujeres é mancebos, é tañer pan-

deros é adufes, para alegrar la gente.» ¡Y cuántas penalidades les estaban reservadas á gran parte de ellos! Sin embargo, la mayor parte de las ciudades en que se presentaron les recibieron con benevolencia, y se aprovecharon en beneficio de su industria y su comercio de tan entendidos y hábiles desterrados.

Todavía los Judíos de Africa y de Turquía conservan la lengua castellana del siglo xv como recuerdo permanente de nuestra patria, y muchas sinagogas de Europa usan aún los mismos libros de rezo que sacaron de España.

Unánime es casi la opinión de los historiadores sobre el edicto de expulsión, pues aunque difieran en el número de los que forzosamente emigraron de nuestro suelo, fijado por unos en ochocientas mil almas, reducido por otros á ciento ochenta mil, todos convienen en que fué altamente perjudicial para los intereses materiales de España, ya que, si participando de la errónea doctrina de que el oro y la plata constituyen la riqueza de un país, se les prohibió su exportación, no vieron los hombres de la época que sus riquezas, más

que en esos metales, consistía en su actividad, en su inteligencia para las artes, la industria y el comercio. ¿Qué se hicieron «aquellas *alcaicerías* y famosas *alcanas*, envidia de los extraños y constante recurso de reyes, magnates y prelados?... ¿Qué se hicieron los famosos telares de Sevilla y de Toledo, de Lérida y de Valencia, de Teruel y de Mallorca?... ¿Qué fué de las celebradas tenerías de Córdoba, de sus preciadas orfebrerías, de sus ricas fábricas de cueros, estampados y paños de colores?... ¿Qué de las abastadas y prósperas ferias, en que ostentaban los hebreos los productos del Oriente y del Occidente?... ¿Qué de los mercados donde competían al par las sedas de Persia y de Damasco, las pieles de Tafilete y las delicadas filigranas de los árabes?» Y cuenta que toda la riqueza que esto representa, estaba ya harto maltrecha desde la época de la matanza. Quedaron, pues, cegadas las principales fuentes de riqueza que poseía nuestro suelo y disminuída su población, harto mermada ya por la continuada lucha contra los Musulmanes. «El golpe más fatal de todos, dice uno de nuestros historiadores filósofos al

tratar de la decadencia de nuestra patria, fué la expulsión de los judíos, porque convirtió en desiertos sus más pingües distritos, despoblándolos de una clase de ciudadanos que contribuían más que todos los otros, no sólo á los intereses generales del Estado, sino también á los recursos peculiares de la corona.» Es fama que el sultán Bayaceto, que tenía formado un juicio bastante favorable del Rey Católico, exclamó al aportar los judíos á sus dominios: «¡Este me llamais el rey político, que empobrece su tierra y enriquece la nuestra!»

A fuer de imparciales debemos reconocer sin embargo, á pesar de que condenamos tal medida, ilegal á todas luces, indigna de un rey como D. Fernando, y que no sin repulsión debió adoptar D.ª Isabel, que el espíritu de la época lo exigía, que el pueblo, el clero y la nobleza se hacían eco de las mil y mil acusaciones que sobre determinados hechos y crímenes se lanzaban contra la grey israelita; que era, en fin, uno de los más firmes jalones para el logro de la *unidad religiosa*, que los Reyes perseguían con tanto empeño como base de la unidad política de nuestra patria.

# IV.

Descubrimiento de América.—Importancia de este hecho.—Su influjo en el orden literario, social y político.—*Cristóbal Colón.*—La crítica moderna.—Patria de Colón.—Originalidad de su idea.—Su venida á España.—Presentación á los Reyes.—Dictámenes sobre sus proyectos.—Colón en la Rábida.—Fray Juan Perez.—Capitulaciones de Santa Fe.—Primer viaje al Nuevo Mundo.—Restantes espediciones de Colón.—Vicisitudes de su vida en esta época.—Su muerte.—Juicio sobre Colón bajo el triple aspecto de hombre, de científico y de gobernante.

briagados de placer, transportados de frenético entusiasmo, creyendo ver brillar sin duda, como dice el más galano de nuestros oradores, «aquellos palacios de plata y aquellos templos de oro, y aquellas puertas incrustadas en zafiros y rubíes y esmeraldas, con que la imaginación se alucinaba para poder, sostenida por tal magia increíble, arriesgarse al combate con los vientos, con las olas, con las nubes eléctricas y tempestuosas, con los ciclones asoladores, con las trombas terribles, con tantas calamidades como caen y llueven sobre los abismos del encrespadísimo y terrible Océano, en cuyas entrañas desaparecieran tantos héroes nacidos para combatirlo y para domarlo.»

Tocaron por fin la arena de la desconocida playa las débiles naves, acercáronse lentamente hasta la orilla, y desde la capitana bajó un hombre en el vigor de la vida, en cuyo noble rostro, lleno de majestad y de grandeza, se notaban las huellas de pasados sufrimientos, resplandeciente de humildad, á pesar del engalanado ropaje que le cubría y ostentando en su mano riquísimo pendón, de hinojos en la playa y der-

ramando copiosas lágrimas tomó posesión de aquella ignota tierra en nombre de sus reyes.

Aquel hombre era Colón; aquella tierra, América; aquel día, el 12 de Octubre de 1492.

Habíase realizado en aquel momento la profecía del ilustre poeta cordobés; el mar había mostrado nuevas tierras; Tethis había mostrado nuevos orbes, y no era ya Thule la última región del mundo conocido. Los límites tan notorios y relativamente estrechos de la tierra se habían alejado de una manera prodigiosa é inesperada, y á la vetusta Asia, la culta Europa y la fecunda Africa había que agregar otra cariñosa hermana, la joven América. Sin duda alguna la Humanidad, al despertar del siguiente día de aquel inmortal descubrimiento, debió experimentar la grata sensación de aquel que tras largo y penoso cautiverio, en reducida estancia de viciada atmósfera, siente latir más presuroso su corazón, correr su sangre con mayor rapidez, funcionar más libremente sus pulmones y mover sus miembros con mayor agilidad y desembarazo, al encontrarse en

medio del ancho espacio, recobrada al azar su libertad.

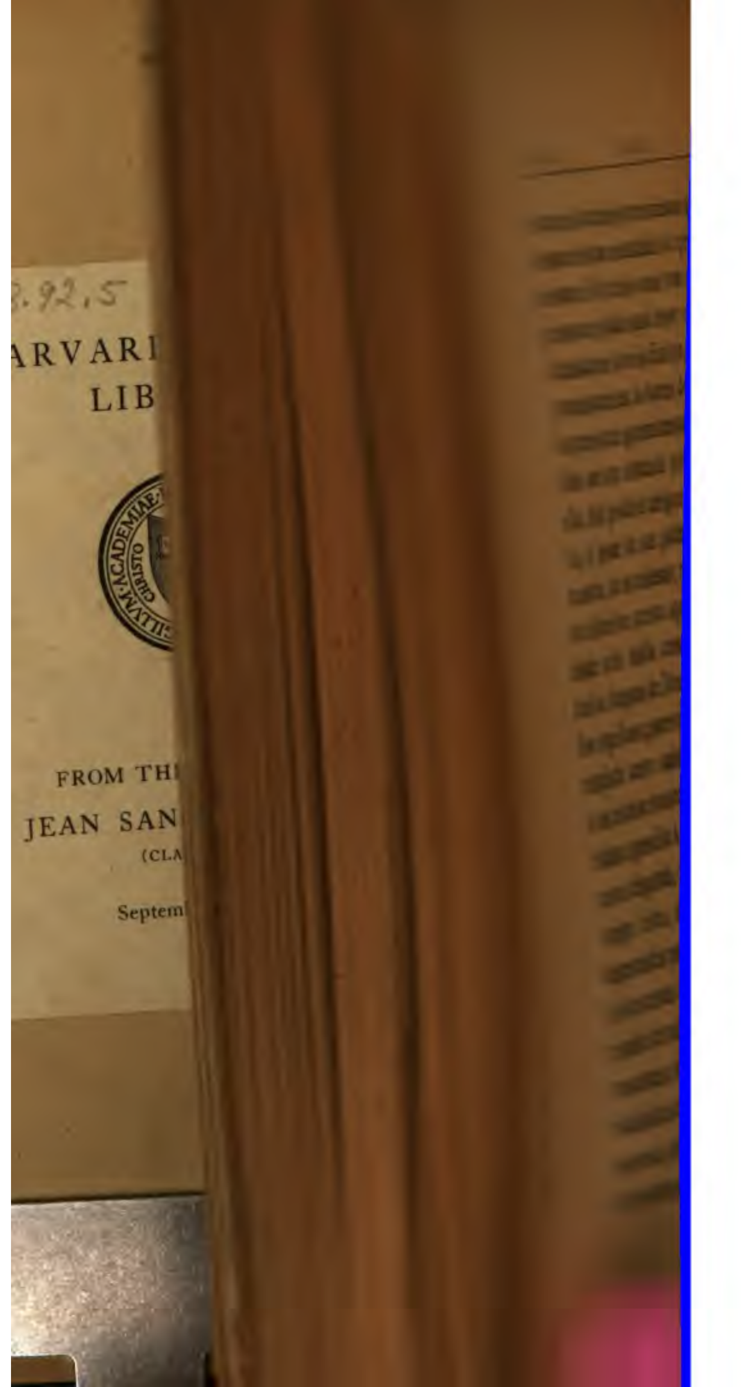
Por otra parte, roto en mil pedazos el estrecho molde del mundo antiguo, el espíritu á su vez, en su progresivo desenvolvimiento, había encontrado un nuevo y vasto campo, do esplayarse pudiera para producir sus más ópimos frutos. Porque en la historia de la Humanidad no se registra ningún hecho incompleto; y así como en la vida de la materia ésta debe encontrarse en condiciones propias para sus múltiples y complejas trasformaciones, en la vida del espíritu éste debe encontrar también medio adecuado para su perfecto desenvolvimiento.

El espíritu, cuyos ideales se habían engrandecido de un modo extraordinario con el Renacimiento, sentíase estrecho, comprimido en el limitado mundo antiguo, ya que su naturaleza inspirado había la musa de un Hesiodo y de un Teócrito en Grecia, de un Virgilio y un Horacio en Italia, de un Columela en España, de un Ausonio en la Galia; ya que las grandiosas luchas humanas en él sostenidas habían hecho repercutir por doquier el eco de los

colosales cantos de un Homero, de las robustas canciones de un Píndaro, de las estudiadas frases de un Virgilio, de las exuberantes creaciones de un Lucano. La Naturaleza, el hombre, todo estaba agotado.

Era necesario, pues, que un nuevo campo, como hemos dicho, se abriese ante el espíritu; era preciso que nuevos horizontes cambiasen radicalmente la perspectiva, y en efecto abrióse el nuevo campo, extendióse la antes limitada perspectiva, y el espíritu del viejo mundo, al encontrar la nueva y virgen naturaleza de América, encarnó en ella, y el tierno idilio de Pablo y Virginia, y los puros amores de René y Chactas, y los exuberantes cuadros de Heredia, y los tiernos y entusiastas cantos de Plácido fueron sus más explendentes manifestaciones.

Mas no era ciertamente sólo desde el punto de vista literario la transformación que en los ideales del espíritu había de producir el descubrimiento de América, sino también en el terreno político, social y religioso debía realizar una completa evolución, propia sin duda de las condiciones especiales del nuevo suelo. Iniciado, en



.92.5
ARVAR
LIB
FROM TH
JEAN SAN
(CL
Septem

de la inmensa
que constituían

s grandes agitaci
uchas encarniza
, para que el
verdad que gran
terribles y enca
sostener, y resi
que vencer, par
los imperasen l
ifestación tuvo
á que nos re
rribles luchas p
tocracia y de su
utismo de los m
rrible sacudimi
oria con el no
esa, pudo Europ
as que aportaro
ismo y los pue
merced á esta re
á la vez, pudo
oyunda que so
ennoblecido o
ítimo lugar que

efecto, el complejo movimiento que ligeramente hemos estudiado al principio de nuestro libro, bajo estos tres últimos aspectos no podía aquél tener un desarrollo adecuado en la vieja Europa, en donde las preocupaciones, la fuerza de la tradición, los prejuicios generalmente admitidos debían ser un obstáculo poderosísimo para ello. Mal podía el antiguo siervo del terruño, á pesar de sus padecimientos, de su miseria, de su malestar, romper de un modo definitivo contra aquellos señores que desde niño había considerado como sus dueños después de Dios; mal podían aquellos orgullosos guerreros, que cubiertos de templado acero osaban mirar cara á cara á sus mismos monarcas, y que desde niños habían aprendido á ejercer una soberanía nunca disputada, que estimaban como de origen divino, alternar mañana con los despreciados pecheros, redimidos al influjo de las nuevas ideas del Renacimiento. Imposible de todo punto era que los mismos monarcas, en fin, aceptasen el fondo individualista de la revolución política que se operaba, como insensato sería suponer que la reforma religiosa fuese aceptada por los

tímidos corazones de la inmensa mayoría de los individuos que constituían la cristiandad.

Eran necesarias grandes agitaciones, terribles choques, luchas encarnizadas, tenaces resistencias, para que el cambio se realizara; y en verdad que grandes agitaciones, choques terribles y encarnizadas luchas hubo que sostener, y resistencias obstinadas hubo que vencer, para que al cabo de cuatro siglos imperasen las ideas cuya primera manifestación tuvo lugar en el notable período á que nos referimos. Sólo después de terribles luchas para abatir la orgullosa aristocracia y de sufrir luengos siglos el absolutismo de los monarcas, sólo después del terrible sacudimiento conocido en la Historia con el nombre de Revolución francesa, pudo Europa ver el dominio de las ideas que aportaron á la sociedad el Cristianismo y los pueblos germánicos; y sólo merced á esta revolución política y religiosa á la vez, pudo el siervo romper la dura coyunda que sobre él pesaba, y el trabajo ennoblecido ocupar en la sociedad el legítimo lugar que le correspondía.

En América tenía que suceder lo contrario. No se oponían en aquel virgen suelo antiguas tradiciones, rancias preocupaciones ni erróneos prejuicios á las nuevas ideas que aportaron los colonizadores europeos; todos ellos ante la nueva tierra eran nuevos, todos iguales, ninguno tenía mayor derecho para oprimir y tiranizar á los demás; el individualismo debía encontrar un medio adecuado para imperar en ella con todo su esplendor, la libertad dominar en la nueva sociedad, y el trabajo y el talento constituir la única nobleza de las nuevas nacionalidades que en ella se formaran.

Este fué el complejo papel que en la historia de la civilización desempeñó el mundo descubierto por el ilustre genovés.

¿Quién era éste? ¿De dónde procedía? ¿Cuáles fueron sus primeros pasos? ¿Qué resultado obtuvo en sus navegaciones? Estos son los principales puntos que nos proponemos tocar en este capítulo.

Al iniciar este ligero estudio llámanos la atención y lamentamos con un distinguido profesor, que «precisamente el mayor acontecimiento que ha hecho época en

la historia del mundo, esté envuelto en una oscuridad tal, que todos los esfuerzos y todos los adelantos de la ciencia no han podido hasta el presente iluminar.» Así es que no proponiéndonos nosotros entrar en disquisiciones más ó menos oportunas sobre las distintas fases de la vida del ilustre descubridor, vamos á exponer sucintamente su biografía con arreglo á los últimos datos que sobre él han aducido distinguidos autores nacionales y extranjeros. Muévenos á ello, por otra parte, la consideración de que recientemente ha empezado á desplegarse tal criterio negativo en cuanto á la vida y hechos de Colón se refiere, que verdaderamente es de lamentar, sobre todo tratándose de escritores de nuestra patria. Que respetables autores extranjeros en distintas épocas hayan tratado de reivindicar para su respectivo país una mayor ó menor participación en el glorioso descubrimiento del Nuevo Mundo, no sólo no ofrece nada de particular, sino que habla muy alto en favor de su patriotismo. Pero que nuestros propios historiadores vayan arrancando ó traten de arrancar una á una las hojas de la inmarcesible corona ceñida por la

posteridad á las sienes de Colón, únicamente se explica por ese espíritu escéptico que hoy domina en todas las esferas de la vida, y que exagerado nos puede conducir á fatales yerros.

Sin desconocer nosotros la importante plaza que está reservada á la crítica y á la misma erudición en el dilatado campo de la historia, creemos también que no ha de llevarse á punto tan extremo, que á fuerza de querer encontrar la límpida verdad, nos encontremos con la oscuridad más profunda, con el vil carbono al analizar esplendoroso brillante.

En realidad, y en descargo de los que así han procedido, hay en su abono la oscuridad que reina sobre la primera etapa de la vida de Colón, á pesar de los hermosos trabajos que Irwing, Prescott, Lamartine, Figuier, Cadoret, D'Avezac, Rosselly de Lorgues, Harrise, Peragallo, Casanova, Geileich, Cronau y otros extranjeros, y Rodríguez Pinilla, Fernández Duro, Colmeiro, Asensio, Vidart y otros españoles han llevado á cabo sobre hombre tan ilustre y hecho tan memorable.

Si siete ciudades de la Grecia se dispu-

taron en tiempos antiguos la gloria de haber visto nacer al mítico autor de la Ilíada, hasta veinte poblaciones de Italia han pretendido reivindicar para sí el inmarcesible lauro de haberse mecido en ellas la cuna de Colón. Hoy, sin embargo, ya por los datos de los historiadores contemporáneos, ya principalmente por las declaraciones del mismo, sabemos que cupo tan honrosa suerte á la hermosa ciudad de Génova, uno de los emporios del comercio durante la Edad media.

Nada positivo podemos afirmar respecto á la fecha de su nacimiento, pues los historiadores vacilan en fijarla entre los años comprendidos desde 1430 á 1451, período realmente largo, y poco más se sabe del primer tercio de su vida, respecto al cual se daban noticias bastante detalladas en una obra atribuída á su hijo Fernando, conocida bajo el título de la *Vida del Almirante,* pero sobre cuya autenticidad se han suscitado dudas muy fundadas, desde que Harrisse, uno de los modernos biógrafos de Colón, demostró las grandes inexactitudes que aquélla contenía.

Sabemos sólo que era de modesta fami-

lia, que su padre llamado Domingo Colombo lo tuvo de su esposa Susana Fontanarosa, y que su nombre figuró en el gremio de tejedores de Génova como aprendiz. Desde este punto hasta la época de su matrimonio con Felipa Muñiz de Perestrello en Portugal, ignoramos sus hechos; pues si bien se ha dicho que se dedicó al estudio, auxiliado por su padre, que puso verdadero empeño en su educación científica, en la que demostró mucha aplicación y talento, y que concurrió á las clases de la Universidad de Pavía, en donde adquirió principalmente los conocimientos más adecuados á la vida marítima, que en breve emprendió, y en la que se citan tambien hechos notables, como un combate naval en que tomó parte, casi todas estas noticias son hoy consideradas por los historiadores como apócrifas. Limítanse todos á indicar que se entregó realmente á la vida aventurera, muy común entonces, sobre todo en puntos que como Génova ofrecían facilidad y aliciente para ella, y que en este lapso de tiempo hizo varios viajes á la costa de Guinea, y uno hacia el norte de Europa, en el que llegó á rebasar la isla de Thule, que se cree

fuese Iceland. También debió ser en esta época de su vida cuando, apoyado en sus conocimientos geográficos y astronómicos, concibió la idea que constituyó en adelante la única meta que se propuso alcanzar en su vida, descubriendo un nuevo rumbo que por Occidente condujese á las Indias; idea que llegó á posesionar por completo su espíritu, hasta el punto de considerarla como un secreto impulso de la Divinidad.

«Cómo viniese Colón á concebir su audaz pensamiento, dice Pí y Margall, no es difícil presumirlo. La redondez de la tierra, admitida por casi todos los filósofos de la antigüedad, á contar desde Parménides y Thales de Mileto, había venido á ser la opinión general de los hombres de ciencia..... Colón, marino y astrónomo, debió más de una vez robustecerla por sus propias observaciones... Ni faltaba entonces quien creyera que navegando al Occidente por el Atlántico, se pudiese llegar á la extremidad oriental del Asia. Lo había dicho en sus *Tratados de Cosmografía* el cardenal Aliaco (Pedro de Ailly), que el año 1416 asistió al concilio de Constanza, y lo sostenía Toscanelli... Consideraban los dos

hasta corto y fácil el viaje á la India por este rumbo. Toscanelli llegaba á tenerlo por más corto que el que hacían los portugueses á Guinea. Colón conocía las obras de Aliaco, hasta el punto de haberlas anotado de su puño y letra, y estaba en relaciones con Toscanelli. De él había recibido en 1474 una carta de marear, donde se determinaba hasta la derrota que se debía seguir para ganar al través del Océano los límites de Oriente. ¿Será tan aventurado suponer que principalmente en esos dos hombres halló la fuerza de que necesitaba para ofrecerse á espedición tan peligrosa?... Había además recogido Colón una serie de noticias y datos que le confirmaban en su pensamiento. Por experiencia propia sabía que la tierra servía de morada al hombre lo mismo en la zona tórrida que en la nuestra, y no era el Océano un mar tenebroso que pudiera intimidar almas de vigoroso temple; por relaciones de pilotos que ya en la isla dePuerto Santo, ya en las de Madera, ya más lejos, se habían visto traídos por los vientos de Occidente gruesas cañas, recios pinos y maderas extrañamente labradas, y allá en las Azores, dos cadáveres de

ancho rostro y facciones nada parecidas á las de los europeos, que bastaban por sí solos á revelar la existencia de ignoradas tierras. A unos había oído que en aquellas mismas aguas habían aparecido almadías de rara forma; á otros que navegando por el mar de Irlanda, en tiempo borrascoso, habían dado á Poniente en playas que no les dejó abordar el viento y creyeron ser las de Tartaria; á otros, que saliendo de los archipiélagos ya descubiertos y avanzando al O. habían distinguido islas á que no habían podido arribar después de largos días de viaje.»

Tan convencidos estaban los sabios de la época, de la redondez de la tierra, base de todas las demás ideas respecto á la navegación hacia Occidente, que Martín Behaim, caballero de Nuremberg, y cosmófrago que estuvo al servicio del rey de Portugal, hizo construir, en 1492, el primer globo terráqueo, que se conserva aún hoy en dicha ciudad, y que se terminó antes de emprender Colón su primer viaje, en el cual aparecen las costas de Asia en frente de las de Europa y Africa, con una inscripción en el espacio que media entre am-

bas cuyas últimas líneas dicen: «Así es que ya no es posible que nadie dude de lo sencillo que es el mundo, pues por todas partes puede irse con los barcos.»

Realmente no cabe negar con el docto escritor antes citado, que á Pedro de Ailly y principalmente á Toscanelli debió Colón los datos más necesarios para su colosal empresa, sin que se deje de tener en cuenta el influjo que en él debieron ejercer los relatos de varios navegantes. En este terreno se ha llegado á afirmar que un piloto de Niebla, llamado Alonso Sánchez, había sido arrojado en una travesía á una isla lejana y desconocida, de la que sólo á costa de grandes esfuerzos y de sufrir mil penalidades había podido regresar, siendo recogido y cuidadosamente asistido por Colón, en cuya casa murió, así como los cuatro compañeros que le habían seguido. Este hecho sin embargo no está comprobado, y por el contrario se ve en la desaparición de todos aquellos tripulantes algo de novelesco. Gaffarel atribuye la gloria del descubrimiento al capitán francés Juan Cousin, quien, según él, llevaba de segundo á uno de los hermanos Pinzón, que tan brillante papel

debían desempeñar á las órdenes de Colón; y no ha faltado quien haya supuesto que Colón mismo antes del 1492 había estado ya en América.

Como se ve, es muy fácil cuando se trata de un hecho conocido modificarlo y torturarlo á juicio de cada cual, y los hombres por desgracia somos muy propensos á disminuir, en cuanto nos es posible, la gloria de nuestros semejantes, máxime cuando ésta les ha llevado á la inmortalidad. No de otra causa son fruto las disquisiciones y averiguaciones que se han hecho sobre la prioridad del descubrimiento del Nuevo Mundo. Y aunque resultasen probadas las opiniones de los que suponen que ya en la antigüedad era conocida la existencia de tierras distintas de las nuestras, que más adelante se habían realizado viajes en dirección de aquéllas, que los normandos y escandinavos habían abordado á las playas del norte del Nuevo Continente y establecídose en él, en una palabra, que otros hombres, otros navegantes habían precedido á Colón en su empresa, no se disminuiría en lo más mínimo la gloria que le cabe por tan extraordinario descubrimiento.

Por lo demás, razón tiene el discreto escritor Vidart, al afirmar que «aunque no fué ni pretendió ser en sus escritos el autor de un proyecto de navegación y descubrimientos geográficos que careciese por completo de precedentes en los libros ni en el pensamiento de sus contemporáneos, es lo cierto que sus ideas constituían un sistema completo que le permitió afirmar, con científico conocimiento, lo que hasta entonces sólo habían sido sueños en la mente de los viajeros y esperanzas de lucro en los cálculos de los políticos y de los navegantes.» Más explícito es todavía Goethe, al tratar este asunto: «un curioso ejemplo de lo dada que es la posteridad á robarle el honor á un antepasado, dice, nos lo demuestra el afán con que se ha tratado de arrebatar á Cristóbal Colón la gloria de haber descubierto el Nuevo Mundo. Es verdad que la imaginación había poblado hace mucho tiempo de islas y países el Océano Occidental, y que en los primeros tenebrosos tiempos mejor se hubiera dejado hundir una inmensa isla que dejarla sin poblar. Es asimismo verdad que se tenían más noticias de Asia, y que á los

aventureros y audaces no les satisfacían ya los viajes á las costas, pues la feliz empresa de los portugueses había sobreexcitado al mundo entero; pero no puede negarse que faltaba un hombre que abarcase el conjunto para convertir en realidad, tanto la fábula como lo informe, tanto la tradición como la fantasía.»

Esto fué lo que hizo Colón, y por lo tanto no es posible discutir más sobre tan legítima gloria.

Harrisse fija por los años de 1475 á 79 la época en que Colón fué á establecerse en Portugal, en donde, como hemos dicho, contrajo matrimonio con la hija de Bartolomé Perestrello, caballero italiano muy estimado en aquel tiempo por los navegantes más distinguidos, colonizador y gobernador de la isla de Puerto Santo, en la que vivió Colón algún tiempo y en donde tuvo un hijo que se llamó Diego. Su estancia en esta región, al propio tiempo que las noticias que allí recibiera de varios marinos y el estudio de los mapas, cartas, papeles y otros documentos de su suegro, tuvieron un decisivo influjo en el desarrollo de su gran idea. Colón, cuya vida en esta época era

muy precaria, pues había de recurrir para sustentar á su familia á dibujar cartas geográficas, tardó algun tiempo en exponer sus proyectos á Juan II, quien, sin desecharlos ni aceptarlos de plano, los puso á consulta de sus mejores cosmógrafos que embebida sin duda su atención en otras empresas, dieron dictamen desfavorable á las ideas de Colón. Parece, sin embargo, que el monarca lusitano abrigó grandes dudas respecto á los proyectos del ilustre genovés, á pesar del indicado dictamen.

Entonces fué cuando, triste aunque no abatido, muerta su esposa y agobiado de deudas, se trasladó Colón á nuestra patria, desembarcando, según parece, en el puerto de Santa María, de que era señor D. Luís de la Cerda, primer duque de Medinaceli, á quien logró interesar vivamente en pro de su idea, y en cuya casa permaneció hasta que, no sabemos por qué motivo, ó comprendiendo que tamaña empresa era propia de su reina, le envió á Córdoba, donde estaban los Reyes, con una carta sumamente expresiva, en la que solicitaba tomar parte en la empresa y merced por haberla iniciado. Sucedió esto en 1486, según parece

el 20 de Enero, día en que él mismo dice entró al servicio de los Reyes, quedando agregado á la servidumbre de D.ª Isabel. Preocupados los Reyes con la guerra de Granada, no tomaron con gran interés el proyecto de Colón y le remitieron para su examen á una junta «de sabios, é letrados, é marineros» que debían ser escogidos por el Prior del Prado, Fray Hernando de Talavera. Esta Junta, mal dispuesta respecto á Colón, en quien creían ver sus miembros un visionario místico, puso á discusión el proyecto, y tras peregrinas ideas en ella vertidas «juzgaron sus promesas y ofertas por imposibles y vanas y de toda repulsa dignas... Los Reyes, añade Las Casas, de quien son estas líneas, mandaron dar por respuesta á Colón, despidiéndole, aunque no del todo quitándole la esperanza de volver á la materia, cuando más desocupados Sus Altezas se vieran.»

No todas las personas que figuraban á la sazón cerca de los Reyes fueron de este parecer, y así el extranjero «de capa raída é pobre» se vió secundado desde los primeros momentos por hombres tan eminentes como el gran cardenal D. Pedro

González de Mendoza, que gozaba de gran privanza con ellos; D. Alonso de Quintanilla, contador mayor del Reino; Fray Diego de Deza, confesor del Rey é Inquisidor general, que abogó por él con verdadero entusiasmo; Luís Santángel, escribano de ración de la Corona aragonesa; el astrólogo Antonio de Marchena, el más fiel amigo que tuvo Colón en estos momentos, y hasta damas distinguidas, como la marquesa de Moya y D.ª Juana de la Torre, ama del príncipe D. Juan.

Algunos historiadores suponen, con bastante fundamento, que gracias á las gestiones de tan poderosos valedores, alcanzó Colón que su proyecto fuese sometido á nuevo examen ante la Universidad de Salamanca, emporio á la sazón de las ciencias y del saber, celebrándose así aquellas famosas *conferencias*, que presididas por Fray Diego de Deza, dieron dictamen favorable al proyecto, lo cual motivó el cambio de conducta que los Reyes siguieron con Colón, á quien en 5 de Mayo de 1487 se libraron por la corte los primeros recursos para su mantenimiento. Siguió desde ahora á los Reyes en sus empresas

contra las ciudades del reino de Granada, esperando la ocasión propicia para realizar sus planes; contrajo en este intermedio relaciones amorosas con D.ª Beatriz Enriquez, de la que tuvo un hijo, y fué varia su suerte y varió también el estado de su ánimo, tan pronto dominado de la esperanza como atormentado y abatido por nuevas decepciones, lo cual le llevó á entrar en tratos con los reyes de Portugal, Francia é Inglaterra; pero las caras afecciones que aquí había contraído, de un lado, y el recuerdo de pasadas amarguras por otro, le resolvieron á presentar decididamente la cuestión á los Reyes, los cuales, ya fuese ante la importancia de la empresa, ya cediendo á las sugestiones del bando contrario á Colón, á cuyo frente estaba Hernando de Talavera, ya ante las exageradas pretensiones de Colón, no le concedieron la benévola acogida que él tenía derecho á esperar.

Entonces y no antes, como suponen de consuno la tradición y la poesía, fué cuando, habiendo roto con la Corte, camino de Huelva, en Palos, llamó Colón abatido, desesperado y rendido de hambre y de cansancio, á las puertas del convento de la

Rábida en demanda de pan y de agua para su hijo. Entonces fué cuando la Providencia le llevó á conócer á aquel insigne varón Fray Juan Pérez, prior del convento y confesor antiguo de D.ª Isabel, quien, asesorado por su amigo, García Hernández, médico de profesión y algo entendido en Astronomía, llegó á considerar la empresa tan fácil y hacedera, que escribió á doña Isabel reteniendo á su lado á Colón; y cuando al recibir la respuesta de la reina ésta diese esperanzas al genovés, emprendió la marcha al Real de Granada y habló con tanta eficacia á la reina en pró de su huésped, que obtuvo la promesa de que se le proporcionarían los tres buques con los que pensaba llevar á cabo su propósito.

Recibidos por Colón los medios «para que se vistiera honestamente, é comprase una bestezuela é pareciese ante Su Alteza,» se puso en marcha hacia el campamento cristiano, llegando en el supremo momento de la rendición de Granada, y pudiendo ver hondear en las elevadas torres de la Alhambra las gloriosas enseñas que él debía plantar en las remotas playas de América. Todavía surgieron nuevos inconve-

nientes para la empresa, nacidos ahora no de los Reyes, sino del mismo Colón, cuyas pretensiones fueron tenidas por exageradas, pero que él sostuvo con sin igual firmeza. Aquel pobre hombre, objeto de burla y escarnio hasta entonces, se creció hasta el punto de pedir el almirantazgo del mar Océano y el virreinato de todos los países que descubriera para sí y sus descendientes, así como una parte importante de todo lo que se adquiriera á consecuencia de su descubrimiento; y estas pretensiones, calificadas de exageradas por sus propios amigos y que llenaron de asombro á los Reyes, estuvieron á punto de hacer que fracasase la empresa, á no haber sido por el patriotismo de Luís Santángel, que logró triunfar en el ánimo de D.ª Isabel, quien contestó á sus instancias: «Mucho os agradezco vuestro deseo y el parecer que me dais y estoy dispuesta á seguir. Bien nos estaría que la ejecución de la empresa se difiriese un poco, porque nos permitiría alguna quietud y reposo, de que estamos harto necesitados después de guerras tan prolijas; pero si todavía os parece que ese hombre no podrá sufrir tanta tar-

que se pusieron á su servicio, acompañándole en su prodigiosa aventura, favoreciendo esto extraordinariamente á Colón; pues no obstante haber dado los Reyes seguro por toda clase de crímenes, hasta dos meses después de su regreso, á aquellos que quisieran alistarse en las tripulaciones, no inspiraba éste por su cualidad de extranjero la confianza necesaria, sucediendo lo contrario por lo que respecta á los Pinzones. Contribuyeron también mucho á los preparativos de la empresa Fray Juan Pérez, prior de la Rábida, el físico García Hernández, y particularmente Luís Santángel que anticipó á Colón 3,500 ducados de su bolsillo, realizándose así el descubrimiento del Nuevo Mundo, no con fondos del reino como deseaba D.ª Isabel, sino de particulares, y especialmente de un judío converso, pero amantísimo y entusiasta de su patria como Santángel.

Por fin, el día 2 de Agosto estaba lista la flota de Colón, compuesta de tres carabelas de reducido porte, pero fuertes y á propósito, según él mismo dice, para la larga navegación á que se destinaban. Mandaba la mayor, que había cambiado su antiguo

nombre «Gallega» por el de *Santa María*, el almirante; Martín Alonso Pinzón la *Pinta*, que era la más ligera y en la que iba como piloto Francisco Martín Pinzón; y la *Niña*, de velas latinas, iba á las órdenes del menor de los tres hermanos, Vicente Yañez Pinzón. Componían el resto de la tripulación cuatro pilotos, un inspector general, un alguacil mayor, un escribano real, un cirujano, un médico, algunos amigos y criados, y hasta noventa marineros.

El viernes, 3 de Agosto, á las 8 de la mañana, franquearon la barra de Saltes las tres pequeñas embarcaciones, dirigiendo su rumbo hacia las Canarias. Día también memorable en la historia fué aquel en que Colón y sus arrojados compañeros se lanzaron, á través de mil desconocidos peligros, á tal empresa, la más grande de todas; pues, como dice muy oportunamente el más reciente historiador de estos sucesos, el alemán Cronau, «desde que existe la tierra no hay precedente alguno de un acontecimiento de tamaña importancia para sus habitantes y que por modo tan colosal cambiase la faz del mundo.» «El nuevo descubrimiento de América, añade, carac-

teriza verdaderamente el derrumbamiento total de la Edad media y el principio de una nueva época, la cual, con sus grandiosos acontecimientos é invenciones, actividad y ciencia, sobrepuja en gran manera á todas las anteriores.» ¡Cuánta tristeza debió inundar el corazón de aquellos hombres, avezados á la vida aventurera, al dar el adios postrero á las últimas tierras de la patria, cuántos recelos debieron surgir en su mente al hundir su pensamiento en la oscuridad de lo desconocido en que iban á penetrar! Sólo el ansia de riquezas en unos, la emulación de glorias extranjeras en otros, el espíritu religioso de los más, y el valor incontestable de todos, fueron á buen seguro los motivos que les impulsaron á seguir adelante.

Llegados á las Canarias los atrevidos espedicionarios, hubieron de permanecer en ellas cuatro semanas, hasta que se hubieran reparado las averías de la *Pinta* y repuesto de víveres y demás que conceptuaron necesario, y el 6 de Septiembre volvieron á zarpar, siguiendo la ruta del sol poniente, tal como estaba indicada en el mapa de Toscanelli, perdiendo pronto de

vista los picachos de la isla de Hierro, última estación del mundo entonces conocido. Diez días después, y observada por Colón la desviación de la aguja magnética, el día 13, fecha que Humboldt califica con razón de notable en los anales de la astronomía náutica, cortaban las quillas de las carabelas el misterioso mar de *sargazo*, lleno de algas marinas, que forman en su superficie una tupida alfombra. El mayor espesor de esta capa de vegetales, la cerrazón que se presentó en el horizonte, y unas densas nieblas originaron la lamentable equivocación de creer en la proximidad de la tierra, ya que una vez deshecha dicha creencia se apoderó el pánico de los marineros, aumentándose de día en día, á pesar de las explicaciones que les daba Colón, en las que les pintaba el brillante porvenir que les esperaba al encontrar las ricas playas del Cipango y del Cathay.

El 25 de Septiembre, y después de una entrevista con Alonso Pinzón, cambió el almirante el rumbo hacia el sudoeste, confiando en la proximidad de la tierra; pero deshecha también esta ilusión, se exasperaron los ánimos de las tripulaciones y

osaron amenazar al mismo Colón, que procuró apaciguarles, alcanzándolo merced al auxilio de los Pinzones, é influyendo en ello varias señales que realmente probaban la existencia de tierras no lejanas. Todavía sufrieron sin embargo nuevas decepciones el 7 de Octubre, en que modificó Colón nuevamente el rumbo en dirección oeste-sudoeste, y el 10 del propio mes, en que estalló el descontento y manifestaron los marineros sus deseos de volverse atrás. No accedió tampoco en esta ocasión el Almirante á las amenazas, y por el contrario se esforzó en animarles y disuadirles de su empeño, y últimamente concluyó por decirles que no valían quejas, pues había salido para las Indias y no había de parar hasta encontrarlas con la ayuda de Dios, demostrando así una vez más la constancia de hierro de que había dado muestras durante toda su vida.

Y razón tenía en mostrarla, pues las señales de tierras cercanas aumentaban á cada momento; el día 9 habían podido percibir los expedicionarios una fresca brisa saturada de emanaciones de árboles en flor, el 11 se recogió en la Capitana una rama

verde, la gente de la *Pinta* encontró un palo trabajado al fuego y otra rama con bayas encarnadas; por la noche el Almirante divisó una luz movible en el espacio, y por último á las dos de la madrugada el marinero Rodrigo de Triana dió la voz de ¡tierra! En efecto, al amanecer las tripulaciones sobre las bordas de la carabela sintieron espaciarse su ánimo al ver en lontananza una hermosa isla baja y llana, cubierta de verdor; con las lágrimas en los ojos entonaron *Te Deum laudamus*, y rodearon y colmaron de felicitaciones al poco antes odiado extranjero que les había comprometido en una empresa que empezaban á creer irrealizable, que propio es del corazón humano cambiar en un momento dado sus más íntimos sentimientos.

Poco después los capitanes de los tres buques, armados de punta en blanco y acompañados de buen número de sus marineros, pisaron aquella tierra que Colón besó, y en la que prosternado volvió á orar en agradecimiento por haber visto realizada la esperanza de toda su vida y compensados sus afanes y sus desvelos; y colocados á ambos lados de él con sendas banderas

blancas, en que ondeaba una cruz verde y las iniciales de los Reyes, tomaron en su nombre solemne posesión del nuevo suelo.

Hemos llegado al punto por donde dimos principio á este capítulo, y ya allí se ha podido ver cuál fué la trascendencia de aquel hecho que podemos calificar de extraordinario, aún entre los más notables que se registran en la historia. Tócanos ahora reseñar el sucesivo descubrimiento de las demás tierras del Nuevo Continente y las vicisitudes varias por que hubo de pasar todavía su insigne descubridor.

San Salvador fué el nombre que el religioso genovés puso á la primera tierra descubierta, y que los indígenas, que asombrados ante le vista de los Europeos les habían rodeado en actitud pacífica, se llamaba *Guanahani*. Hoy existen cuatro opiniones distintas respecto á cuál fuese esta isla de las muchas que hay en la región recorrida por los primeros descubridores. Washington Irvingy Humboldt creen es la isla Cat; el español Muñoz y el capitán Becher dicen es la de Watling; Varnhagen, la de Mariguana, y Navarrete, una de las islas Turk. La ruta trazada por el Almiran-

te y la descripción que hace de la primera tierra que pisaron sus plantas, en la que dice: «esta isla es bastante grande, enteramente llana, tiene muchos árboles, mucha agua, y en el centro un lago y ninguna montaña,» hace inclinar la opinión hacia la isla de Watling, sin que sea posible afirmarlo en absoluto.

A este primer descubrimiento siguióse el de las islas Santa María, hoy Cayo Rum, Fernandina, Isla Larga, Isabela, grupo de Acklin, Cuba, cuyas costas recorrió en su mayor parte; Haití, llamada por él Española, y otras más pequeñas, emprendiendo su viaje de regreso á la Península en 4 de enero de 1493, después de haber dejado 40 hombres en la última, amparados en un pequeño fuerte que se construyó con los restos de la *Santa María* que había encallado. No fué tan feliz el viaje de vuelta como lo había sido el de partida, y hubo momentos en los que el Almirante creyó ya llegada su última hora; pero, por fin, á costa de grandes penalidades, casi desarbolados sus dos pequeños buques y fatigados de tantos trabajos, lograron anclar en primeros de marzo en el puerto de Lisboa, en

donde fué acogido con marcada benevolencia por parte de Juan II, y objeto de la curiosidad de todos, los raros productos y los indios que consigo llevaba. A 15 del propio mes llegaba al puerto de Palos, donde fué recibido con inmenso júbilo, teniendo un continuado triunfo en todo el camino que siguió desde allí hasta Barcelona, á donde le habían citado los Reyes para recibirle. Grandes fueron también los agasajos de que fué objeto en esta ciudad, al decir de todos los historiadores, y que compensaron en parte las amarguras y contratiempos que había tenido que sufrir hasta entonces.

El último de los historiadores del descubrimiento de América, el alemán Cronau, dice refiriéndose á este último punto: «Sobre todo, su entrada en Barcelona pareció enteramente la entrada triunfal de un antiguo conquistador. Los heraldos abrían la marcha de la abigarrada caravana, á la que daban escolta centenares de nobles á caballo; en pos de los heraldos seguían los indios, ricamente adornados y con fantásticas pinturas por todo el cuerpo, cargados con grandes trozos de oro y

varios objetos de adorno hechos del mismo metal. A los indios acompañaban otras personas, que conducían papagayos vivos de chillones colores, así como otros pájaros de pintado plumaje, y además ricas especias, plantas y maderas finas. Seguían después gentes que llevaban una verdadera riqueza en coronas, máscaras, discos y otros adornos de oro y piedras preciosas. Por último, cerraba la marcha Cristóbal Colón, rodeado de la flor y nata de la caballería española.»

«A fin de recibir al Almirante con las mayores distinciones, habían ordenado los Reyes levantar en una esplanada un magnífico dosel de brocado de oro, y allí, rodeados de todo lo más brillante de su corte, esperaban la llegada del descubridor. Y cuando Colón entró en la régia tienda, se levantaron los soberanos y recibieron á aquel que hacía un año no sabía dónde reclinar su cabeza, como á una persona del más alto rango. Cuando Colón se arrodilló para besarles la mano, mandáronle inmediatamente que se levantara y se sentase; distinción que era tenida entonces en España como la más grande.»

«A las preguntas de los Reyes contestó Colón haciendo un sucinto relato de sus travesías, que completó presentando los hombres, plantas, metales y animales que había traído consigo, y añadiendo, con razón, que tales presentes eran sólo una débil muestra de las innumerables riquezas que atesoraban los nuevos países descubiertos.»

«Cuando hubo terminado Colón su relato, cayeron los Reyes de rodillas para dar gracias al cielo por la gran merced que les había concedido. Todos los presentes imitaron su ejemplo. El coro de la catedral entonó el *Te Deum laudamus* acompañado por las trompetas y bocinas, y en toda la gran esplanada no se oía más que piadosos rezos y alabanzas al Señor.»

Ocioso casi es decir que los Reyes confirmaron á Colón en todos sus títulos y dignidades, y para perpetuar en su familia la gloria del descubrimiento, le concedieron un escudo de armas, en cuyos cuarteles, debajo de las reales, castillo y león, figuraban un grupo de islas rodeadas por el mar y cinco áncoras. Más adelante se le aplicó el mote *Por Castilla y por León— Nuevo Mundo halló Colón*, un tanto injus-

tamente, pues la Corona aragonesa contribuyó en gran manera al buen éxito del proyecto.

No permaneció Colón mucho tiempo inactivo, y con el beneplácito de los monarcas pudo reunir una flota, compuesta de tres carracas y catorce carabelas, que levaron anclas el 25 de septiembre en dirección á las nuevas tierras. Esta vez, dice nuestro querido amigo H. Fornes, «acompañaban á Colón audaces aventureros, linajudos hidalgos, heroicos capitanes, levantiscos y tornadizos cortesanos, maestros de muchas artes y oficios, y doce frailes, con éstos fray Bernardo Buil, benedictino y vicario apostólico; en junto, unos mil y quinientos hombres, con la cabeza llena de caballerías, y muy encendidos en amor á Dios y á los Reyes, y muy animados por la sed de gloria, y por la sed de oro, que de todo dieron sobradas muestras al poco tiempo.» Esta armada iba además abundantemente provista de todo lo necesario, no sólo para el mantenimiento de las tripulaciones y hombres de armas, sino también para aclimatar en las lejanas tierras animales y plantas que no habían encontrado

en la expedición, y cuya falta había hecho algo precaria la vida de los atrevidos descubridores. «Compráronse, á costa también de los Reyes, muchas yeguas, vacas, ovejas, cabras, puercas y asnas para casta, porque allí no había semejantes animales. Compróse, asimismo, muy gran cantidad de trigo, cebada y legumbres para sembrar; sarmientos, cañas de azúcar y plantas de frutas dulces y agrias; ladrillos y cal para edificar; y, en conclusión, otras muchas cosas necesarias para fundar y mantener el pueblo ó pueblos que se hiciesen.»

El 3 de noviembre divisaron los espedicionarios varias islas del grupo de las Antillas, anclando el Almirante en la Dominica; pasó desde ésta á la Marigalante, nombre que le dió del buque que montaba; tocó en la Guadalupe, recorriendo y bautizando después gran número de islas, hasta que arribó á la llamada por los naturales *Boriquén*, y que él llamó de S. Juan, nombre que sólo conserva hoy su capital, pues se le conoce con el de Puerto-Rico. Por fin, se presentó ante la Española, en la que se encontró con la terrible nueva de la destrucción del fuerte que en ella fun-

dara, y de la muerte de todos los españoles que en él dejara, efecto de sus luchas intestinas y de los desafueros que cometieron contra los naturales.

En este momento empieza una nueva fase en la vida del ilustre genovés, sobre la cual se sustentan opiniones varias y diametralmente opuestas; pues mientras unos, entre ellos Roselly de Lorgues, llegan á santificar casi la memoria de Colón, otros, y son los más y los mejor enterados, nos revelan las escasas dotes que como hombre de gobierno tenía, y que fueron la principal, si no la única causa, de las tristes vicisitudes por que hubo de atravesar en el resto de su vida.

Deseoso, en efecto, el Almirante de que las espediciones á las tierras descubiertas por él se costeasen con los beneficios que de las mismas pudieran reportarse, quiso someter á la esclavitud á los indígenas para venderlos en España, y al propio tiempo, siempre que tuvo ocasión, les impuso onerosos tributos. Por este motivo rompió con el Padre Buil, que se opuso tenazmente á aquella idea, y entonces «el primer Apóstol del Nuevo Mundo» se vió

privado, lo mismo que sus compañeros, hasta de lo más indispensable para su mantenimiento, y hubo juntamente con los demás sacerdotes de regresar á España. Entre tanto siguió Colón con gran empeño la construcción de una ciudad, que se llamó Isabela, en sustitución del demolido fuerte y en mejor situación que el mismo, destinada á ser la primera columna de la gran obra de la colonización española en aquellas regiones; recorrió las costas meridionales de Cuba, visitó la Jamaica, pasó mil penalidades y dos graves enfermedades, y hubo de sostener, auxiliado por su hermano Bartolomé, que se había reunido con él, terribles choques, ya con los indígenas, ya con sus propios compañeros que tramaron varias conjuras. Ultimamente, estuvo sujeto á las averiguaciones que, en nombre de los Reyes y por su mandato, practicó su delegado Juan de Aguado, que á pesar de su amistad y gratitud hacia Colón, dió la razón á los descontentos. Esto motivó que Colón, que había enviado ya á España á su hijo Diego para contrarrestar el efecto de las acusaciones del Padre Buil, de Margarit y de los demás descontentos, se deci-

diese á regresar él mismo á la Península, á la que llegó en 11 de junio de 1496.

Los monarcas, sin tener en cuenta para nada lo sucedido, «mostraron alegría, clemencia y benignidad al virrey, dice Fernández Duro, haciéndole mucha honra y mandándole dar memoriales de cuanto necesitara en la prosecución de los descubrimientos. Confirmaron además todos los privilegios, acrecentando los del beneficio del diezmo y octavo; le acordaron franquicia de derechos de exportación de granos y mercancías, hiciéronle otras mercedes, cuantas pidió, autorizándole para repartir tierras; le exceptuaron del pago de la octava parte de cuanto se había gastado en expediciones y colonización hasta aquella fecha, pago que no estaba en aptitud de hacer, por ser tan poca la utilidad conseguida, añadiendo la donación graciosa en la isla Española de 50 leguas de tierra de E. á O. y 25 de N. á S., con título de duque ó marqués, á su elección, merced la última que suplicó se le permitiese no aceptar por temor á la murmuración.»

La opinión pública le era sin embargo hostil, y así no pudo, sino á costa de gran-

des esfuerzos, reunir la flota para un tercer viaje que tenía proyectado, y que emprendió con seis buques, en 30 de Mayo de 1498. En esta expedición recorrió las costas de Trinidad, Marañón y Paria, tocando en la tierra firme que tanto había buscado, y que él, persistiendo en su constante error, tomó por la continuación del continente asiático.

Tristísimo fué el cuadro que se presentó ante su vista al llegar á la Española, que encontró poco menos que en plena insurrección contra su hermano Bartolomé, nombrado por él Adelantado de Indias, y encargado del gobierno de la naciente colonia. Procuró Colón, transigiendo con unos y castigando duramente á otros, devolver la tranquilidad á la isla, pero sin lograrlo, á pesar de sus esfuerzos y sacrificios, continuando las quejas á los Reyes, hasta el punto de que un cronista contemporáneo dice que á veces se reunían en los patios de la Alhambra hasta cincuenta ó más descontentos para hacer llegar sus clamores al rey. Empezaba ya á preocupar la atención de D. Fernando este universal clamoreo, cuando la noticia de que Colón

había enviado una espedición de esclavos para España, que supieron los Reyes por una carta suya, hizo que la magnánima D.ª Isabel se decidiera finalmente á separarle del mando. Entonces fué enviado á América D. Francisco de Bobadilla, revestido de amplios poderes para abrir una información verbal é imponer los castigos que conceptuase necesarios, y para tomar entretanto el mando supremo de la colonia.

Llegado Bobadilla á Santo Domingo en 23 de Agosto de 1500, empezó sus informaciones sin contar para nada con el Virrey, y cuando éste quiso hacer algunas objeciones, le puso preso juntamente con su hermano y con su hijo, les cargó de hierro y los envió á España, en donde de regreso, después de una corta y feliz travesía, fueron puestos en libertad, y Colón llamado á presencia de los Reyes, que se mostraron muy pesarosos de su situación, y le enviaron lo necesario para el viaje. Presentóse Colón ante los Reyes en 17 de diciembre del propio año con gran pompa, siendo recibido con sin igual distinción y escuchado con benevolencia, hasta el punto de que sólo bajo su palabra se destituyó á

Bobadilla, ordenando retornara al Almirante todos sus bienes, se le confirmaron todas sus prerrogativas y derechos, y se le autorizó para que enviase á las nuevas tierras una persona que le representare, pero conviniendo en que durante dos años permanecería alejado del gobierno, para dar tiempo á que se calmasen sus enemigos.

D. Nicolás de Ovando, encargado de sustituir á Bobadilla, partió de Cádiz á 13 de febrero de 1502 con una gruesa flota de treinta buques, en la que iban dos mil quinientos hombres entre tripulantes, soldados, empleados y colonos; y pocos meses después el mismo Colón, con cuatro pequeñas y débiles naves, y con el beneplácito de los Reyes, emprendió su último viaje de descubrimientos, proponiéndose realizar uno de circunnavegación, si encontraba un estrecho que le permitiese llegar á las Indias. En esta larga excursión, fecunda en peripecias, después de tocar en Marruecos y en las Canarias con su pequeña flota, llegó á las islas Caribes, y de allí hizo rumbo á Santo Domingo, á pesar de las terminantes órdenes que recibiera en contra de los Reyes. No se le permitió tocar en su

suelo, y tomó entonces rumbo á Occidente por aguas de Jamaica y de Cuba, exploró las costas de Honduras, Mosquitos, Veragua y Darien; trató de fundar una colonia en Veragua, pero no logró su objeto por la resistencia de los indígenas; perdió dos de las carabelas, y con las dos restantes pudo llegar á la costa de Jamaica, en donde varó sus naves y mandó á pedir auxilios á Santo Domingo, permaneciendo con 134 de sus compañeros más de un año en aquel punto, sufriendo mil contratiempos, entre ellos la rebelión de los hermanos Porras y la falta de víveres, llegando al más desesperado trance, del que sólo se salvaron merced á los recursos y naves que el heroico Diego Mendez le envió al efecto. Con ellos regresó á Santo Domingo, donde fué recibido con sumo agasajo por su gobernador Ovando; pero pronto se indispuso con él y se vió obligado á emprender su vuelta á la Península, á la que llegó sumamente quebrantado, física y moralmente, en 7 de Noviembre de 1504.

Una desgracia irreparable para nuestra patria vino á colmar los sinsabores de Colón, tal fué la muerte de D.ª Isabel, en la

que cifraba sus mayores esperanzas; pero á pesar de todo, aún fué recibido con agrado por D. Fernando cuando se le presentó, y encontró en Fray Francisco Jiménez de Cisneros, arzobispo de Toledo á la sazón, un valioso apoyo. No se encontró, pues, el ilustre descubridor abandonado de todos y en la mayor miseria, como le pinta la tradición, en los últimos años de su vida; antes bien, el monarca proveyó á todo lo que se refería á su hacienda y demás derechos, salvo el de la gobernación del Nuevo Mundo, respecto á cuyo punto daba largas, recordando los errores de Colón, que aún en estos momentos se preocupaba sólo de gestionar en contra de los enemigos personales que se había creado durante su estancia en aquellas apartadas regiones.

Esta decepción, sin embargo, vino á aumentar las ya hartas amarguras de Colón, que, «herido hondamente en su corazón, dice uno de sus más ilustres historiadores en nuestra patria, Rodríguez Pinilla, por tantos desengaños, y abrumado por sus achaques y enfermedad, rindióse el cuerpo, pero no el alma grande de Colón.» Antes de morir aún tuvo, sin embargo, un

momento de esperanza con la venida á España de D.ª Juana y D. Felipe, reyes de Castilla, que prometieron hacerle justicia; pero este fué ya el último paso que pudo dar en su accidentada vida, pues en 21 de Mayo de 1506 entregó su alma al Criador.

Poca impresión produjo á la sazón suceso tan infausto, y sólo á la posteridad estaba reservado reivindicar los derechos de aquel gran hombre, cuyos conocimientos, ambición de gloria y de riquezas y ardiente misticismo, le llevaron á descubrir un nuevo mundo. Mas tampoco la posteridad ha cumplido como debiera la inmensa deuda de gratitud con él contraida, y revolviendo airada sus cenizas, ha puesto bajo el acerado escalpelo de la crítica, no siempre bien dirigido, su elevada personalidad. Sus mismos restos, objeto hoy de respetuosa veneración en la Catedral de la Habana, han motivado también vivas discusiones, y no han faltado historiadores distinguidos, entre ellos el citado Cronau, que afirman ser apócrifos los que en tierra española descansan, y pretenden ser los verdaderos los que existen en la Catedral de Santo Domingo.

Era Colón, físicamente considerado y según las descripciones de los escritores contemporáneos, hombre de elevada estatura, bien formado, de noble continente y de agradable presencia. Tenía las facciones bastante acentuadas, la cara larga, encarnada y pecosa, los ojos sumamente vivos, y los cabellos blancos harto prematuramente, á causa sin duda de sus trabajos y disgustos.

Era modesto en su porte, de vida morigerada, estaba dotado de una fácil y sencilla palabra y de genio inventivo, impetuoso y á veces irreflexivo, sumamente sensible ante la injuria, constante y enérgico, y fué siempre extraordinariamente devoto. Éste es tal vez el rasgo dominante de su carácter, que encontramos reflejado en todos los momentos de su vida, en sus actos y en sus escritos; llegando á dominar en él de tal modo el espíritu religioso, que realizadas en buena parte sus esperanzas, llegó á creerse enviado por la Providencia para cumplir determinadas profecías bíblicas, y particularmente de difundir el Cristianismo por todos los confines del mundo; idea de que participaron varios de

sus contemporáneos. Esta arraigada fe fué sin duda el más firme sostén de su ánimo y de la férrea constancia que desplegó toda su vida, puesta á prueba de decepciones y de desengaños, así como de su firmeza y energía. Con razón ha dicho el elocuente Castelar, con referencia á él, al ponderar las excelencias de la fe, que «si el Nuevo Mundo no hubiese existido, Dios lo habría hecho surgir de las aguas para recompensar tanta fe.»

Se ha tratado á Colón de ambicioso y avaro, viniendo á confirmar este último cargo la usurpación á Rodrigo de Triana de la renta que debía percibir como premio por haber sido el primero en divisar tierra, pero el no reflejarse en ningún otro acto de su vida este carácter, y, por el contrario, el haberse mostrado generoso y hasta espléndido en varias ocasiones, al mismo tiempo que desvirtúan esta acusación, prueban tal vez también que el móvil que le llevó á ser injusto con aquel marinero fué más bien, como dice Irwing, el deseo de aparecer como el primero en haber visto el Nuevo Mundo. Más fácil es relevarle de otra acusación que se le ha dirigido, respecto á su proyecto de re-



ducir á esclavos los indígenas de las tierras descubiertas, pues aparte de que él creía que así había de lograr más fácilmente su conversión, obedecía á un prejuicio social erróneo, propio de la época, que si no fué óbice para mover la opinión contra el descubridor, fué causa en cambio de que se iniciase desde entonces el más vil tráfico que la humanidad ha presenciado con los negros de África, reducidos á la esclavitud y transportados contra todas las leyes divinas y humanas á morir en tierras extrañas.

Si digna y noble es la figura de Colón como hombre, á pesar de sus defectos, no es menos notable como científico, pues atesoró una inmensa erudición, al propio tiempo que se distinguió por una fácil comprensión de los fenómenos físicos que pudo observar. Demuestra la primera en sus escritos por su profundo conocimiento de los libros sagrados y de los clásicos griegos y romanos, así como de los hombres más eminentes que habían brillado en las ciencias durante la Edad media; y se revela la segunda por «la tendencia á generalizar los resultados de sus

observaciones, fenómeno que no se encuentra en el campo científico hasta fines del siglo XV. En sus juicios sobre casos que pertenecen á la geografía física, dice Humboldt, no obedeció Colón á sus maestros ni á sus reminiscencias de la filosofía escolástica, sino á sus propias ideas, como se ve en sus observaciones sobre la distribución del calórico, la variación del magnetismo terrestre, la corriente marítima ecuatorial y la configuración de la isla de la Trinidad y demás pequeñas Antillas, á consecuencia de esta misma corriente. Colón, continúa este escritor, planteó las cuestiones de geografía física y de antropología, que entonces llamaban la atención de los genios ilustrados en España é Italia, á saber: la distribución de las razas humanas y la configuración de las tierras.»

Sin embargo, al lado de estos relevantes méritos se encuentra en Colón un mundo de errores, entre los que merecen citarse su creencia de la reducida magnitud del globo terrestre, la poca extensión que concedía al mar, la servil sumisión á las ideas de Toscanelli, que le llevaron á creer que había abordado en el continente asiá-

tico, la existencia de un paraíso terrestre y otros muchos, que prueban, más que todo, el estado de fluctuación en que se encontraban los espíritus en la época del Renacimiento en todas las esferas de la ciencia.

Sólo desde un punto de vista decae en gran manera la elevada figura del descubridor del Nuevo Mundo. Colón no tenía condiciones políticas, era un mal gobernante. Si esto lo afirmásemos únicamente por los datos que los historiadores contemporáneos nos proporcionan, podría objetarse que, debido tal vez á determinadas miras, trataban de desacreditarle; pero si tenemos en cuenta que á la par de su unanimidad encontramos en todos los escritos de las personas, muchas de ellas amigas suyas, que le acompañaron en sus expediciones la misma afirmación, no es posible librarle de esta fama, y, lo que es todavía peor, los hechos mismos se declaran en este terreno contra él. «No puede menos de notarse, dice Fernández Duro refiriéndose á las pocas simpatías que Colón había despertado á causa de su mal gobierno, que al tiempo que nadie quería ir voluntariamente á las

órdenes de Colón, Guerra, Bastida, Vicente Yañez Pinzón, y los demás descubridores, tenían de sobra gente voluntaria.» Baste recordar, por otra parte, las cartas de los frailes que acompañaron á Bobadilla, personas imparciales, pues no conocían ni al Almirante ni tenían intereses materiales en América, así como los terribles castigos que Colón hubo de imponer en varias ocasiones á los revoltosos para convencerse de la verdad que afirmamos, y que somos los primeros en lamentar.

A pesar de esto, que como ya hemos indicado constituye el lado oscuro del ilustre descubridor del Nuevo Mundo, su gloria será inmarcesible, pues con su obra aportó un factor importantísimo á la civilización é hizo dar un gigantesco paso á la humanidad en su libre y progresiva evolución.

Al principiar este capítulo hemos expuesto ya cuál fué la influencia que el descubrimiento del Nuevo Mundo tuvo en los destinos de Europa que en general afectan también á nuestra querida patria. Tal vez al considerar que el descubrimiento excitó el espíritu aventurero de nuestros ascen-

dientes, y que, preocupados por la falsa idea de que un pueblo es más rico cuanto más oro posee, se lanzaron de lleno á la vida de aventuras que empezó la emigración á aquellas lejanas regiones, y que por lo tanto contribuyó á la despoblación de la Península, se quiere tachar de nefasto tan gran acontecimiento; pero si recordamos que al fin y al cabo la despoblación de nuestro suelo reconoció otras causas más directas, y que la decadencia de España no obedeció sólo, ni mucho menos, al mismo, tendremos que confesar que á trueque de pequeña pérdida se ensanchó de un modo prodigioso nuestra patria, y el hispanismo brilló con toda su fuerza y esplendor entre los pueblos europeos.

Aún hoy día podemos asegurar que nuestro suelo, á pesar de la distinta posición política que ocupan los pueblos fundados por nuestros ascendientes, no tiene por límites únicamente el Mediterráneo y el Atlántico, porque aún más allá, traspuestas las columnas de Hércules, encontramos hombres de nuestra raza, por cuyas venas corre sangre de nuestra sangre, cuyos sentimientos y cuyas ideas se expre-

san en las hermosas lenguas que nosotros hablamos, sus leyes recuerdan nuestro inmortal derecho, su religión la nuestra, en todas partes encontramos el sello de nuestro paso.

Castelar lo ha dicho con su arrebatadora elocuencia.

«Las encendidas nubes del trópico guardan aún la escudriñadora y ardiente mirada de Pinzón; las islas del mar de las Antillas han sido vistas la vez primera con los ojos de un Rodrigo de Triana; por los campos de la Florida vaga errante aún la sombra majestuosa de Ponce de León, que ha pasado en alas de su fe desde las granadinas vegas á las vegas del Nuevo Mundo; la tierra del Yucatán ha sido descubierta por un Fernández de Córdoba, y por un Grijalba descubierto el inmenso Imperio mejicano; la primera visita al golfo, que es por excelencia el seno comercial del joven continente, se debe á un Garay; la aparición de la Carolina meridional á un Vazquez; ese gran río, esa arteria de los Estados-Unidos, que sobrelleva en sus espaldas los productos del trabajo humano; el Missisipí, yacería aún ignorado, si un Soto no

lo descubre entre fatigas increíbles, no lo atraviesa entre dolores y martirios sin cuento, pronunciando en sus selvas, al querer las tribus salvajes tomarle por un Dios sobre la tierra, el nombre sublime del Dios de los cielos; como el Estrecho de Magallanes y el mar Pacífico han sido surcados la vez primera por la nave llamada «Santa Victoria,» cubierta por el pabellón de nuestra España, pues por doquier, lo mismo en las costas que en las selvas, lo mismo en los campos que en los montes, lo mismo en las arenas del mar que en las estrellas del cielo, se refleja este santo nombre; y España dicen los volcanes y los ventisqueros y los aludes de los Andes; España, las ondas del Plata y las ondas del Amazonas; España, los desiertos de la Tierra Caliente y las pintadas selvas del Paraguay; porque el genio de España, extendiéndose allí, como las alas del águila sobre su nido, empolló con el calor de su vida las naciones del Nuevo Mundo.»



# V.

Hombres célebres.—Los últimos Sultanes de Granada.—Su infausta suerte.—Caballeros cristianos que tomaron parte en la conquista de aquel reino.—Personajes que intervinieron en el descubrimiento de América. —Protectores de Cristóbal Colón: castellanos, aragoneses y catalanes.—Los compañeros de Colón.—Adversarios del mismo.—Individuos de su familia.—Diplomáticos y capitanes de las guerras de Italia.—Varones de la Iglesia española.—Un regicida.



# HOMBRES CÉLEBRES

---

Factor importantísimo de los hechos históricos es el hombre, sujeto que los realiza, y cuyo estudio se hace necesario cuando queremos conocerlos en todos sus detalles. El origen, carácter y demás condiciones de este factor, son por lo regular la clave con que se descubren hasta los secretos más íntimos que en ellos existan, porque si cierto es que los hombres son hijos de sus obras, como vulgarmente se dice, no lo es menos que estas mismas obras llevan siempre el sello indeleble de sus respectivos autores.

Por esto es necesario para completar, en

cuanto la índole de esta obra lo permite, el cuadro de los principales acontecimientos que tuvieron lugar en la memorable y gloriosa fecha, 1492, decir algo sobre aquellos personajes cuyo nombre se hizo célebre por la parte que tuvieron en su realización.

En el primero y uno de los más trascendentales hechos de aquel año, en la conquista de Granada, último baluarte del islamismo en la Península, tuvimos ocasión de citar varios ilustres nombres de uno y otro campo, la mayor parte de los cuales no vuelven á aparecer en la historia de nuestra patria.

Dos reyes moros habían sobrevivido á la ruína de su poder en España: Muley Abdallah el *Zagal*, y Boabdil. Al valiente *Zagal*, terror que había sido de las armas cristianas durante largo tiempo y cuya juventud se había deslizado entre el fausto y las riquezas, le estaba reservado no sólo el infortunio de ver caído el Islam á los pies de los Reyes Católicos, sino penas y sufrimientos personales que enternecen al leerlos. Lleno de tristeza y melancolía, vendió al cabo de poco tiempo su territorio de

Andarax á los Reyes, y seguido de varios de sus fieles amigos, se dirigió á las africanas playas en busca de un asilo para pasar sus últimos años con la tranquilidad necesaria á una vida tan accidentada como había sido la suya. Pero allí le estaban reservados los mayores tormentos, ya que el rey de Fez, ambicioso de sus tesoros, le encerró en una mazmorra así que llegó á sus dominios, y so fútiles pretextos le mandó abrasar los ojos, y así, ciego y andrajoso, hubo de mendigar de puerta en puerta el sustento, hasta que fué recogido por uno de sus antiguos amigos, en cuya casa pasó los últimos días de su azarosa existencia.

Más feliz Boabdil, en medio de sus desventuras, á las que hay que agregar su salida de España, después de haber enajenado las tierras que la munificencia de los Reyes le concedieran, en virtud de las capitulaciones secretas de Santa Fe, y de haber tenido la desgracia de perder á la afable y cariñosa Moraima, la sultana favorita, la hija del bravo Aliatar, muerto gloriosamente en el campo de batalla, pudo alcanzar días más tranquilos en la corte del rey de Fez, en la que se hizo construir un al-

cázar, débil remedo de la hermosa Alhambra, pasando allí hasta treinta y cuatro años, al fin de los cuales, comprometido á luchar en defensa del califa que le dispensara generosa acogida, murió peleando como bueno en una batalla contra los Jerifes.

La hermosa Zoraya, la que, como ya dijimos, fué la causa inconsciente de la última y fatal división del reino granadino, volvió de nuevo á la religión que en su juventud había profesado, y sus hijos D. Fernando y D. Juan de Granada recibieron rentas y títulos de infantes, conservando en sus blasones las armas de los Alhamares y emparentando sus descendientes con las principales familias de la nobleza española.

El noble y esforzado príncipe Cid Yahya, convertido tambien á la religión católica con el nombre de Pedro de Granada y Venegas, desempeñó elevados cargos y obtuvo honrosas distinciones, que legó á sus descendientes, los cuales emparentaron y dieron origen á varias ilustres casas españolas.

Coincidencia singular es realmente, que concluída la secular lucha de la Reconquista con la dura guerra de Granada y la ren-

dición de esta ciudad, como si hubiesen realizado sus principales y más decididos actores completamente su misión en la tierra, desaparecieran casi todos en la misma memorable fecha que estamos historiando. El condestable de Castilla D. Pedro Fernández de Velasco, muerto el mismo día de la entrada de los Reyes en la capital muslímica; el adelantado de Castilla D. Pedro Enríquez, que falleció al poco tiempo; el duque de Alburquerque D. Beltrán de la Cueva, favorito de Enrique IV, que le cupo igual suerte; y particularmente los antiguos rivales andaluces, marqués de Cádiz y duque de Medinasidonia, D. Rodrigo Ponce de León y D. Enrique de Guzmán, que, convertidos en nobles y generosos amigos, murieron en la misma semana y, según algunos, en el mismo día, 28 de Agosto, prueban lo que acabamos de indicar.

Otros muchos, sin embargo, menos entrados en años y que no dejaron de tomar parte muy activa en el glorioso hecho á que nos referimos, les sobrevivieron y emularon sus glorias en lo sucesivo. Entre ellos ocupa preferente sitio Gonzalo Fernández de Córdoba, de la noble casa de Aguilar,

cuyos valor y talentos como guerrero y como diplomático empezó á demostrar, ya en las luchas civiles de Castilla en pro de D.ª Isabel, ya en la guerra de Granada y especialmente en el desempeño de comisionado de los Reyes para concertar la capitulación; y acreció de un modo tan extraordinario en los últimos años del glorioso reinado de D. Fernando en sus campañas de Italia, que le valieron la admiración de sus contemporáneos y el glorioso renombre de *Gran Capitán*, con el que le conoce la historia. Los condes de Cabra y de Tendilla, Martín de Alarcón, Perez del Pulgar, Alonso Ojeda, Hernando de Zafra y mil otros que sería prolijo citar, completan las figuras más salientes de aquel brillante cuadro que presentó España en la guerra de Granada para admiración de propios y extraños.

Al lado de esta gloriosa pléyada de preclaros nombres figuran los de gran número de distinguidas personalidades, que tuvieron una participación más ó menos directa en el descubrimiento del Nuevo Mundo.

Cuéntase en primer término D. Luís de

la Cerda, duque de Medinaceli, que acogió bajo su protección al ilustre descubridor y le tuvo dos años alojado en su casa hasta que le recomendó á la reina Isabel; el gran cardenal D. Pedro González de Mendoza, personaje tan influyente que llegó á ser llamado el tercer rey de España, y que protegió y obsequió á Colón lo mismo antes del primer viaje que después del descubrimiento, y aún en medio de sus mayores amarguras; Fray Diego de Deza, confesor del rey, inquisidor general y más adelante arzobispo de Sevilla, entusiasta de sus proyectos y que, según parece, los sometió al examen de los sabios de Salamanca; la marquesa de Moya, mujer de grandes talentos y de varonil entereza; el comendador Gutierre de Cárdenas, Fray Caspar Gorricio, gran amigo de Colón y consejero suyo en Sevilla; el astrólogo Fray Antonio de Marchena, que la tradición confundió con Fray Juan Pérez, el legendario guardián de la Rábida, haciendo de ambos un solo personaje, hombre que profesó un cariño grande á Colón y fué uno de sus más constantes amigos; Alonso de Quintanilla, Contador mayor del Reino, protector de Colón; Fray

Juan Pérez, el providencial amigo del descubridor, que logró detenerle en la Península y alcanzó de la Reina la promesa de secundar sus proyectos; el físico García Hernández, que legó á la posteridad la relación de lo sucedido en la Rábida.

A la par de estos ilustres protectores de Colón, la mayor parte de los cuales figuraban al lado de D.ª Isabel, hemos de hacer constar que hubo también un grupo de influyentes valedores del Genovés, procedentes de la antigua Corona de Aragón, grupo que, según uno de los más eximios literatos é historiadores de nuestra patria, D. Víctor Balaguer, «lo formaban el camarero del monarca Juan Cabrero (de quien Las Casas llegó á decir que él y Fray Diego de Deza *habían sido causa que los reyes toviesen las Indias*); Luís de Santángel, escribano de raciones, ó como más comunmente se dice, el escribano racional, que privaba grandemente en el ánimo del Rey; Juan de Coloma, secretario del Rey, y el mismo á quien más tarde se hubo de confiar el honor de entenderse con Cristóbal Colón para redactar las capitulaciones de Santa Fe, que tuvo la insigne gloria de fir-

mar como secretario de los Reyes; y el tesorero Gabriel Sánchez y el vicecanciller Alonso de la Caballería, que estuvieron con los Reyes en la Vega de Granada, y quienes, á pesar de su alejamiento de Zaragoza, fueron elegidos consejero el uno, y jurado en *cap* el otro, al propio tiempo que se confería á Luís de Santángel la lugartenencia del Zalmedinato de Zaragoza, lo cual demuestra, por una parte, su crédito, y por otra el favor de que debían gozar cerca del Rey, cuando consta que éste los conservó á su lado saltando ó salvando lo preceptuado en las ordinaciones y dispensándoles su presencia en Zaragoza, á donde no llegaron hasta efectuarse el viaje de D. Fernando y D.ª Isabel por Agosto de 1492.» A éstos debemos por nuestra parte agregar el famoso cosmógrafo catalán, Jaime Ferrer de Blanes, que fué llamado para asesorar á los Reyes, y á quien Rosselly de Lorgues llama «el español más competente en materia de Cosmografía.»

Sinó entre los protectores, entre los que acompañaron á Colón en su temeraria empresa, debemos contar á los hermanos Pinzón, cuya conducta con el Almirante no

fué sobrado correcta. El mayor de los hermanos, Martín Alonso, que mandaba la *Pinta*, á más de haberle abandonado con su buque para ir en busca del país del oro y beneficiar solo sus utilidades, proyecto que fracasó, viéndose obligado á reunirse de nuevo con Colón, trató también de usurparle su gloria, pues habiendo arribado á las costas de Vizcaya y suponiéndole perdido, envió mensajeros á los Reyes para que le autorizasen para presentarse en la Corte, á lo que éstos, que habían recibido noticias de la llegada de Colón á Portugal, le contestaron que sólo en el séquito del Almirante le recibirían, con lo cual se irritó tanto el ánimo de Pinzón, que estaba ya enfermo, que murió poco después. Vicente Yañez, capitán de la *Niña* en el primer viaje, enriquecido con el descubrimiento, organizó y dirigió posteriormente varias espediciones, en la primera de las cuales, 1499, pasó la línea equinoccial, descubrió el cabo de S. Agustín en el Brasil, la embocadura del Amazonas y parte de la costa de Guyana, pero ocasionó la ruína de su familia; y en los viajes sucesivos descubrió el continente americano hasta 40° de lati-

tud Sud. Como dice muy bien un docto escritor, entre los amigos de Colón, en sus últimos tiempos, no se menciona ninguno de la familia Pinzón.

Otro de los más renombrados continuadores de la obra de Colón fué Alonso de Ojeda, cuyas proezas le crearon gran fama en la corte, y que, autorizado por los Reyes, verificó una primera espedición y después otras varias por su cuenta al Nuevo Mundo, en donde tuvo sobrada ocasión para reanudar sus legendarias hazañas, muriendo al cabo pobre y desvalido. Mejor suerte cupo á otro noble andaluz de la ilustre casa de los Ponce de León, á quien se debe el descubrimiento de la Florida. Distinguiéronse también Diego de Lepe, Cristóbal y Luís Guerra, Juan de la Cosa, vecino del Puerto de Santa María y maestro de cartas de marear, á quien debemos el primer mapa de las nuevas regiones; Diego Fernández y Perez Arias, sobrinos de Pinzón, el desgraciado cuanto célebre por haber descubierto el mar del Sur; Vasco Nuñez de Balboa, y Diego Velázquez y Juan de Esquibel, gobernadores que fueron de Cuba y de Jamaica.

La historia ha sido generosa con los adversarios que Colón tuvo, particularmente en los supremos momentos en que se debía decidir de su suerte por parte de los Reyes. Uno de ellos, sin que sepamos el motivo, aunque algún historiador supone fuese el espíritu altamente místico de Colón y las exageradas ideas religiosas que mezclaba á cada momento con sus proyectos, fué Fray Hernando de Talavera, piadosísimo varón, confesor de la Reina y primer arzobispo que fué de Granada, en donde demostró una ejemplar tolerancia con sus habitantes moros y judíos, y en especial con éstos, á los que se propuso atraer al seno de la Iglesia católica, el cual desde un principio se mostró hostil á los planes del descubridor, sin doblegarse ni aún ante el resultado feliz de la empresa. Entre los que posteriormente se creó Colón con su conducta, se cuentan el P. Buil, Pedro de Margarit, noble catalán encargado del mando militar de las fuerzas que acompañaron al Almirante en su segundo viaje; Juan de Aguado; Francisco Roldán, magistrado superior de la Española y jefe de una rebelión contra él, y Francisco Boba-

dilla, enviado por los Reyes para abrir una información sobre el estado de la colonia. Triste suerte cupo á estos dos últimos, pues no llegaron á retornar á España á causa de haberse perdido el buque que les conducía en una tempestad, prevista por Colón, quien con una generosidad grande había avisado á Ovando para que no permitiese la salida de la escuadra á lo que se negó éste creyendo ser un pretexto de Colón para tocar en la Española. El cruel Nicolás de Ovando y el obispo de Burgos, Fonseca, y los hermanos Porras que ocasionaron terribles sufrimientos al Almirante en su última y azarosa expedición, cierran esta lista que, aún aumentada con algunos otros nombres, queda afortunadamente corta.

Cuando ya Colón había realizado su descubrimiento, y en ocasión en que regresó gravemente enfermo á la Isabela durante el segundo viaje, se encontró en ella á su hermano Bartolomé, con quien compartiera toda su vida la confianza y cariño más íntimos. Bartolomé fué el más viril y enérgico de la familia, á un corazón resuelto y á una sagacidad grande reunía una

arrogante figura, una regular ilustración y un valor á toda prueba. No es de extrañar así que Colón le recibiese con suma alegría, máxime cuando había traído consigo auxilios de toda clase, que los Reyes le proporcionaron cuando de regreso de Inglaterra se presentó en la Corte acompañado de sus dos sobrinos Diego y Fernando, que iban á ser pages del príncipe D. Juan. Nombrado por su hermano Adelantado de la provincia, prestó relevantes servicios para la colonización de la isla, cuyo mando dejó regresando preso con Colón á la Península. Tomó parte después en el último viaje de descubrimientos prestando grandes servicios á su hermano. Muerto ya éste, partió para el Nuevo Mundo con su sobrino D. Diego, nombrado virrey, y conservó el título de Adelantado y la soberanía de una pequeña isla, viéndose obligado á permanecer inactivo, hasta que le sobrevino la muerte. Todos los historiadores hacen grandes elogios de este hombre, cuyo carácter, según Irwing, «no está suficientemente apreciado en la historia.»

Otro de los hermanos de Colón, que compartieron con él los sinsabores y la

fortuna que les produjo el descubrimiento, fué Diego, quien ejerció el cargo de gobernador de las nuevas tierras en distintas ocasiones, demostrando aptitudes no comunes para ello, aunque su carácter pacífico y franco no fuesen las que más se necesitaban en aquella sazón. Distinguióse por su discreción, así como por su modestia, suponiéndose que trataba de consagrarse á la Iglesia.

Al exponer la vida de Colón antes de su primer viaje, dijimos yá que había tenido dos hijos, uno legítimo de su esposa doña Felipa Muñiz, que falleció en Portugal, y otro natural, habido en sus relaciones con D.ª Beatriz Enriquez. El primero, de nombre Diego, que por algún tiempo permaneció en la Rábida educándose, fué el heredero de los derechos adquiridos por su padre, para cuya posesión hubo de acudir ante el Consejo de Indias contra el mismo monarca, obteniendo sentencia favorable por unanimidad de dicho Consejo; y tal vez no hubiera visto cumplido tan justo fallo, á no haber sido por su matrimonio con D.ª María de Toledo, que pertenecía á una ilustre casa y que estaba emparentada con lo más

selecto de la nobleza castellana. Fué, pues, nombrado Almirante, y con este cargo, ya que el título de Virrey sólo se le daba por cortesía, partió para el Nuevo Mundo con una pléyada de nobles y de damas «más distinguidas, según se dice, por la excelencia de su sangre que por su opulencia, y que iban al Nuevo Mundo en busca de maridos ricos.»

Diego Colón hubo de luchar, como su padre, contra varios bandos enemigos que se formaron en la colonia, si bien logró salir victorioso de ellos; le protegió la suerte en sus empresas, conquistó la isla de Cuba sin perder un solo hombre, hizo lo propio con la Jamaica; fué sumamente íntegro, pero no obstante se vió objeto de viles acusaciones, de las que vino á sincerarse personalmente á la Península, siendo muy bien recibido por D. Fernando, mas sin lograr su absolución hasta el reinado de Carlos V, en que fué confirmado en su cargo, y se le otorgó de nuevo el título de Virrey. Aún se vió nuevamente en trances semejantes por las acusaciones de sus enemigos, y murió finalmente trabajando en su defensa, alejado de su esposa que había

permanecido en Santo Domingo. Fué, al decir de todos los historiadores, de finos modales y de carácter franco, lo que le hizo ser víctima de la astucia y de las calumnias de sus enemigos. Dejó dos hijos y tres hijas, que emparentaron con las principales familias de la nobleza española, y su primogénito, Luís, continuó las gestiones de su padre, para la reintegración de sus títulos y derechos, hasta que terminó renunciando á los de Virrey por el de duque de Veragua y marqués de la Jamaica, y una pensión que, aunque reducida, cobran hoy sus descendientes. A su muerte le sucedió en sus derechos D. Diego, cuarto almirante de las Indias, en quien se extinguió la línea masculina de Colón.

Fernando, el hijo natural del descubridor, entró, como dijimos, de page del Príncipe D. Juan, y después de su fallecimiento fuélo de la Reina. Estuvo dotado de una instrucción vasta y de una fortaleza de ánimo grande, de la que dió muestras en los contratiempos que sufrió junto con su padre en su último viaje; recorrió después gran parte de Europa y perfeccionó sus conocimientos en Geogra-

fla, Navegación é Historia-Natural. Abrazó el estado eclesiástico y murió en Sevilla, legando á la Catedral todos sus libros y papeles, dando así origen á la biblioteca llamada hoy *Colombina*. Fué, según parece, autor de una obra titulada: *Historia del Almirante D. Cristóbal Colón*, cuya autenticidad ha sido puesta en duda, pero de la que un escritor distinguido dice que es la piedra angular de la historia del Continente americano.

Otro grupo de españoles ilustres de esta época, tan distinguidos que, según un escritor, merecerían que sus nombres se esculpiesen en letras de oro, lo constituyen los valientes guerreros que conquistaron la Italia, llenando de gloria las páginas de nuestra historia patria. Entre ellos, además de Gonzalo de Córdoba, que ya hemos citado y que alcanzó en aquellas guerras el glorioso renombre de *Gran Capitán*, compartiendo al propio tiempo la fama de hombre tan ilustrado, que Prescott le supone «todavía más propio para el cultivo de las letras que para el ejercicio de las armas,» merecen particular mención: Garcilaso de la Vega, señor de Batres, caballero

tan discreto como valiente; Lorenzo Suárez Figueroa, alma de la famosa *Liga Santa*; Juan de Deza; Juan de Albión y Antonio de Fonseca, que rasgó el tratado de Narbona en presencia de Carlos VIII; Alonso de Silva, clavero de Calatrava; Juan Manuel, Gralla, Francisco de Rojas, hombre sumamente sagaz, que atrajo al partido español á los Ursinos y Colonnas, reconciliados antes por él; todos éstos como embajadores y diplomáticos de esta época. Diego de Mendoza, hijo del gran cardenal de este nombre, Fernando de Andrade, Hugo de Moncada, Hugo y Juan de Cardona, el forzudo García de Paredes, Martín Gómez, Escalada, Iñigo López de Ayala, Aguilera, Gómez de Solis, Antonio de Leyva, más famoso posteriormente, jefes y capitanes que realizaron verdaderas proezas; Gonzalo Pizarro y Villalba, que mandaron la vanguardia en el Garellano; el ilustrado capitán Zamudio, herido en esta gloriosa batalla; el heroico alférez Hernández de Illescas, que no abandonó su bandera á pesar de haber perdido ambas manos en el combate, y Pedro Navarro, ingeniero é inventor del sistema de minas, junto con los al-

mirantes Galcerán de Requesens, Bernardo de Vilamarí y Lezcano, completan este cuadro de verdaderos héroes.

Fáltanos para terminar esta copiosa lista de hombres ilustres de nuestra patria, continuar los de algunos doctos y virtuosos varones de la Iglesia en aquella época, tan fecunda en acontecimientos. A su cabeza figura D. Pedro González de Mendoza, llamado el *Cardenal de España,* que prestó relevantes servicios á los Reyes Católicos, les acompañó en su entrada en Granada, y fundó un colegio en Valladolid y un hospital en Toledo; Fray Hernando de Talavera, varón ejemplarísimo por su saber y sus virtudes, descendiente de estirpe judía en su línea materna, catedrático de Salamanca, de la Orden de S. Jerónimo, confesor de la Reina y primer arzobispo de Granada, título que no quiso aceptar hasta un año después de la conquista de esta ciudad, y en cuyo cargo desplegó un celo y una virtud admirables; Diego de Deza, profesor de Teología en Salamanca, dominico, obispo y arzobispo de varias sedes é Inquisidor general; y fray Francisco Jiménez de Cisneros, á quien tan brillante papel es-

taba reservado en la política española. Este hombre austero y virtuoso entró de confesor de la reina Isabel en la memorable fecha que historiamos. En otra esfera figuran también los dominicos Fray Miguel Morillo y Juan de San Martín, primeros inquisidores de Sevilla, y sobre todo Fray Tomás de Torquemada, cuyo genio adusto y severo y su incansable actividad hicieron tan temible el ya temido Tribunal.

Por fin, y como negra mancha en tan hermoso conjunto, hízose célebre en el mismo año 1492 un labrador del Vallés, *pagés de remensa,* llamado Juan de Canyamás, que atentó en Barcelona contra la vida de D. Fernando al bajar las escaleras de su palacio, en la actual Plaza del Rey, y que preso inmediatamente, fué condenado á un cruel y bárbaro suplicio.

# VI.

Las letras, las ciencias y las artes.—Influencia del Renacimiento en España.—Su apogeo.—Cultura general de nuestra patria.—Damas célebres en las letras. —Exageración del clasicismo.—Antonio de Nebrija.—Sus obras.—Poetas notables.—Cancionero de Zaragoza. —El teatro.—Juan de la Encina.—Primeras representaciones de sus *Eglogas*.—Escritores en prosa.—La oratoria.—Centros de ilustración.—Las ciencias.—Las bellas artes.—Conclusión.



# LAS LETRAS, LAS CIENCIAS Y LAS ARTES.

En el reinado de D. Fernando y doña Isabel llega á su apogeo el influjo del Renacimiento en España. Iniciada yá, como indicamos, esta influencia en el orden literario, en la época del Dante y del Petrarca, dió lugar á que la literatura castellana tomara tres direcciones ó tendencias distintas, calificadas de escuelas erróneamente por algunos literatos, al impulso respectivamente de las letras clásicas, griegas y romanas, de la imitación del Dante y demás poetas italianos, y del espíritu provenzal adquirido en la escuela de los trovadores, amen de otra tendencia genuina-

mente popular, verdadera protesta nacional de las ingerencias extranjeras.

Sube de punto en el glorioso reinado que hemos esbozado el influjo de los estudios clásicos, que llegan á ser verdaderamente más una rémora que un motivo de desarrollo en nuestra literatura patria, por más que en general no neguemos que dió origen á esa actividad extraordinaria de las inteligencias que se despierta en la indicada época, contribuyendo también á este hecho en gran parte los felices acontecimientos que se realizaron y la introducción y propagación de la imprenta en la Península.

Conocedor D. Fernando de las letras clásicas, cuya enseñanza recibiera de su maestro el erudito Francisco Vidal de Noya, instruidísima D.ª Isabel é inclinada por temperamento hacia los hombres de saber, no es de admirar que los Geraldinos, Pedro Mártir de Angleria, Lorenzo Marineo Sículo, y otros sabios extranjeros encontrasen generosa acogida en nuestra patria, y que nuestros hombres de estudio marcharan á Italia, fuente de aquel movimiento, y que otros muchos, aunque de

humilde clase apreciados sólo por su saber, llegasen á ocupar puestos principalísimos en el Estado y en la Iglesia. El desarrollo y empuje que por otra parte recibieron las Universidades, la formación de una especie de escuela palatina, á la que asistía el príncipe D. Juan, reputado como uno de los mejores latinos de su tiempo, con diez jóvenes de familias escogidas, la creación de bibliotecas por los Reyes y los particulares, todo contribuyó á desarrollar el gusto y la afición á las letras, y en general á la cultura, en todas las clases elevadas de la sociedad, hasta el punto de que, según Jovio, «no era tenido por noble el que demostraba aversión á los estudios, ya que el pueblo no se hallaba por de pronto en estado de comprender, ni mucho menos de contribuir á tán compleja manifestación del espíritu. Hasta las damas encontraron prez y gloria en este pacífico palenque de la inteligencia, y tras de D.ª Beatriz Galindo, llamada por antonomasia la *Latina*, que fué profesora de D.ª Isabel, figura D.ª Lucia de Medrano, que enseñó en la Universidad de Salamanca los clásicos del Siglo de oro; D.ª Juana de Contreras, que

sostuvo con ella una larga correspondencia en latín; D.ª María de Pacheco y la Condesa de Monteagudo, hijas del célebre Conde de Tendilla; D.ª Isabel de Vergara y D.ª Francisca de Nebrija, que sustituyó varias veces á su padre en la cátedra de Retórica de la Universidad de Salamanca.

Mas no se limitaron los doctos de la época á acudir al clasicismo para saborear y dominar, como dice el malogrado Revilla, «las *materias*, con lo cual se habían contentado los doctos de siglos anteriores, sino que se anheló también poseer por completo las *formas*» y de aquí nació la tendencia á abandonar las lenguas nacionales para escribir exclusivamente el latín. Entre ellos debemos citar á Alfonso de Palencia, discípulo de Jorge de Trebisonda, por haber dedicado su traducción á D.ª Isabel en la gloriosa fecha 1492. Antonio de Nebrija, catedrático de Retórica en las Universidades de Salamanca y Alcalá, peritísimo en el griego en el latín y en el hebreo, fué uno de los más decididos y entusiastas partidarios de esta escuela, publicando entre otras obras el «*Arte de la lengua castellana*, obra de la mayor importancia por encerrar estima-

bles lecciones sobre la elocuencia y la poesía,» dedicada á la reina Isabel; y un *Vocabulario* latino hispano destinado á facilitar el manejo de los clásicos. Ambas se dieron á la estampa en 1492. Secundóle en esta empresa Arias Barbosa, catedrático de Salamanca y autor de numerosas obras críticas y gramaticales.

Todas estas causas del cultivo de las letras al que se opusieron algunos obstáculos con la suspicacía desplegada por los funcionarios de la Inquisición y la expulsión de los israelitas de nuestra patria, determinaron la oposición de gran número de escritores de todas procedencias que, afiliados á las distintas escuelas poéticas que habían florecido en Castilla, dieron á su literatura verdadera gloria y esplendor.

Florecen en este período tan notable de nuestra historia, los poetas Iñigo Lopez de Mendoza, Juan de la Encina, el aragonés Pedro Manuel de Urrea, Juan de Padilla, Guillén de Ávila y otros; y en esta misma época y célebre fecha 1492 se publican por vez primera las hermosas *Coplas* de Jorge Manrique, que debían inmortalizar su nombre. En el mismo año aparece

también, en Zaragoza, un *Cancionero*, editado por el alemán Paulo Horus que encerraba gran parte de las obras de los poetas de la época de Enrique IV, entre ellas la del citado Jorge Manrique.

El teatro nacional tiene igualmente principio en el glorioso reinado de que nos venimos ocupando, ya que á los entremeses, momos, danzas y otras composiciones dialogadas, como el *Diálogo entre el amor y un Viejo*, de Rodrigo de Cota, sucédense las *Eglogas* de Juan de la Encina, cuyas representaciones tuvieron lugar en el mismo año en que fué conquistada Granada y descubierto el Nuevo Mundo, coincidencia notable en que se fijó entusiasmado el poeta y actor Agustín de Rojas, en su *Viaje entretenido*. En los palacios del Almirante de Castilla, del duque de Alba y aún de los mismos Reyes Católicos, en 1492, se echaban por Juan de la Encina los cimientos de la colosal obra del teatro español, de ese teatro, cuyo siglo de oro no estaba lejano y en el que cual rutilantes estrellas debían brillar los poderosos ingenios de Lope de Vega y Calderón. Lucas Fernández figura también á la par de Juan de la

Encina, por sus producciones dramáticas, en el mismo período.

Cultívase asimismo, y por cierto con esceso, la novela caballeresca, efecto debido sin duda al influjo de los estudios clásicos y que dejó «la imaginación del pueblo español sin pábulo verdaderamente nacional en la literatura,» publicándose, entre muchas otras, el *Tirante el Blanco*, y los *Palmerines*, y apareciendo el primer ensayo de novela española con *La Celestina*, compuesta, según Amador de los Ríos, por los años de 1489 á 1492.

La historia recibió, como todas las ciencias, un poderoso impulso del Renacimiento, y muchos son los nombres de sus cultivadores que merecen citarse en esta época. En primer término figura Hernando del Pulgar, cuyos *Claros Varones de Castilla* y sus *Letras*, son, en sentir de ilustrados críticos, bastantes para labrar la gloria de un escritor. Compuso también la *Crónica de los Reyes Católicos* y una *Relación de los Reyes moros de Granada*, presentada á D.ª Isabel en la tantas veces repetida fecha. Andrés Bernaldez, cura de los Palacios; el bachiller Palma; Mosen Diego de

Valera, Rodríguez de Almela. Diego Ramirez de Villaescusa, el doctor Lorenzo Galindez de Carvajal, Gonzalo de Ayora y los genealogistas Gil de Osorio, Fernán Mexía que publicó su *Nobiliario Vero* en 1492, y Lope García de Salazar, completan este grupo de insignes escritores.

La oratoria, en sus dos ramas religiosa y profana, tuvo también distinguidos representantes que tendieron á mejorar la situación de Castilla en aquella época. «Mientras que los oradores religiosos, dice el crítico Revilla, prosiguen la tarea de defender y esclarecer el dogma y la moral de la Iglesia, los profanos se proponen por objetivo principal fines políticos y patrióticos, como el de persuadir á la princesa Isabel para que reciba por esposo el príncipe de Aragón, el de animar á los defensores de Alhama, el de ganar voluntades á los Reyes, el de excitar á los procuradores del reino para que tratasen de poner coto á la anarquía que devoraba el Estado, y el de alentar al rey para que pusiese término á las empresas que había acometido. Si los oradores religiosos aparecen doctos y animosos, llenos de celo y haciendo galas de

verdadera elocuencia, los profanos se nos presentan dignos, graves y respetuosos, y más que de vanos alardes retóricos, haciendo gala de sù amor á la patria, á la que anhelaban ser útiles, sin que por esto deba entenderse que su oratoria fuese desaliñada é indigna de estima, bajo el punto de vista del Arte.» Entre los primeros, merece particular mención Fray Hernando de Talavera, tantas veces citado, y el Cardenal Mendoza; Alonso de Quintanilla, D. Luís Portocarrero, Gómez Manrique, D. Gutierre de Cárdenas, Andrés de Cabrera y otros entre los últimos.

Finalmente los padres Talavera, Dueñas, Miranda y Orozco, mosen Diego de Valera, Giménez de Prexamo, Gaspar de Cisneros y algún otro, figuran entre los escritores que cultivaron la moral y la dialéctica; y la Reina Isabel, Hernàndo del Pulgar, Diego de Valera y Gonzalo de Ayora, se distinguieron por la elegancia, sencillez y conocimiento de la lengua en sus respectivas cartas.

A estas manifestaciones correspondía una cultura científica bastante adelantada, aunque no tanto como hubiera sido de de-

sear, pues como muy oportunamente dice Sanz del Río, «la ciencia de la naturaleza no podía pasar de la observación empírica, faltando la base de las clasificaciones naturales, aunque también aquí se estudiaron y esplicaron los escritos clásicos de Plinio. En cuanto á la ciencia de la razón ó de la reflexión racional, como medio para elevarse el espíritu al fundamento de la ciencia, fué ahogada antes de nacer por la Inquisición, que condenaba anticipadamente las obras de libre discusión y libre examen.»

Sin embargo, contribuyeron á mantener vivo el amor á la ciencia, los numerosos centros de enseñanza que se habían creado ó reformado en nuestra patria desde principios del siglo xv; en Barcelona, su Universidad fundada en 1430 y confirmada por Alfonso V en 1450; la de Luchente en 1423; la de Gerona en 1446; los colegios de Tarragona y Alcalá de Henares en 1459, y las bibliotecas de las Universidades en que se prestaban libros á los alumnos. En el reinado que estudiamos se crearon las Universidades de Avila, 1482, de Alcalá, 1498, y Santiago, 1501; el Colegio de San Gregorio en Valladolid, 1488, y

se reorganizaron otros, como el de Mallorca en 1478.

También contribuyó á este hecho, como ya hemos indicado más arriba, la introducción del maravilloso arte de Guttemberg en la Península, que se verificó en 1468 en Barcelona, propagándose con rapidez por las principales ciudades, gracias á los privilegios que se concedieron á los impresores en 1477, librándoles de toda clase de impuestos. Influyó igualmente la disposición tomada en Cortes, eximiendo de derechos á los libros procedentes del Extranjero.

Un distinguido escritor nacional, D. Felipe Picatoste, resume en esta forma los adelantos científicos de nuestra patria en la época á que nos referimos. «El descubrimiento de América influyó de un modo poderoso en el progreso científico. No sólo entró en el dominio de la ciencia un nuevo mundo, sino que se descubrieron las irregularidades de la brújula; los españoles impusieron la *Cruz del Sur*, para reemplazar la estrella polar en las latitudes en que no era visible; Martín Cortés separó los meridianos magnéticos de los astronó-

micos, fijó el polo magnético y demostró el error del sistema de Tolomeo; la casa de contratación de Sevilla, creada por los Reyes Católicos, fué el centro científico más importante de Europa; Gonzalo Fernández de Oviedo creó la física del globo; las tablas astronómicas españolas se imprimían é imponían en todas las naciones, y dábamos los más ilustres profesores de matemáticas á la Universidad de París, publicando Pedro Sánchez Ciruelo el primer tratado completo de matemáticas en 1502.»

A estas manifestaciones debemos agregar, la publicación de un tratado de astronomía aplicada, de Diego de Torres, catedrático de Salamanca, y otros varios sobre medicina, por L. de Ávila, Antonio de Cartagena y Fray L. Villalobos, así como los trabajos de legislación del jurisconsulto Diaz de Montalvo.

Las bellas artes esperimentaron también la universal influencia que el Renacimiento ejerció en todas las esferas de la inteligencia, debida al establecimiento en España de algunos artistas de mérito y á los viajes que varios españoles realizaron á la cuna de aquel movimiento, en donde adquirieron

las nuevas tendencias de la época. En la escultura en la que tuvieron gran aceptación y aplauso Miguel Florentín y Pedro Torriggiano, artistas extranjeros, ocasionó una profunda revolución Alonso Berruguete que ha sido tal vez el mejor escultor en madera. La arquitectura ojival alcanzó bajo el influjo del Renacimiento una extraordinaria riqueza, «cuajando sus obras de elegantes y riquísimos detalles, de innumerables adornos, de delicadísimos calados, de esbeltas agujas, de lo cual es un modelo San Juan de los Reyes, erigido en memoria de la batalla de Toro, las obras de la Cartuja y otras muchas no menos notables.» Al mismo tiempo en el orden civil se produjeron magníficas construcciones, como la Casa Lonja de Valencia. Antonio del Rincón que cultivó la pintura y empezó á dar carácter nacional á este difícil arte, nos legó los retratos de los Reyes Católicos, pero donde obtuvo mayor desarrollo la pintura fué en Italia, en donde muchos de nuestros soldados se dedicaron á su cultivo. El bordado de imaginaria y la platería alcanzaron una gran perfección como lo acreditan, respectivamente, el terno llamado

del Cardenal Cisneros, y el haber dado el nombre de plateresco al especial estilo que las demás artes presentan en esta época. También la música fué objeto de predilección por parte de los hombres de aquel tiempo. «Cultiváronla, dice el erudito escritor que ha ilustrado el siglo literario de Doña Isabel, con esmero varios caballeros cortesanos, aún de los empleados en los cargos de mayor gravedad é importancia, como D. Bernardino Manrique, señor de las Amalayuelas, y Garcilaso de la Vega, embajador en Roma, y padre del célebre poeta del mismo nombre, que fué *gentil músico de harpa,* como cuenta Oviedo. El poeta D. Juan de la Encina y Francisco Peñalosa brillaron como músicos en la capilla de los papas: pruebas todas de los adelantos del arte, y de cuán estendida se hallaba su profesión entre los castellanos.»

Tal era, en breve resumen, que otra cosa no nos permite la índole de nuestro libro, el estado intelectual y artístico de nuestra patria en el reinado de D. Fernando y Doña Isabel, en el que así como se habían amasado por vez primera los variados y complejos elementos políticos, sociales y

religiosos que se habían elaborado durante toda la Edad media, desechando los que en aquella época se creyeron ó superfluos ó perjudiciales, así también se preparaba la fecunda semilla, que muy pronto fecundada y cuidadosamente cultivada, debía en las letras, las artes y hasta en las mismas ciencias producir los días de más gloria de nuestra patria, coincidiendo así con su extraordinario poderío en el orden político.

Y al llegar á este punto damos fin á nuestra tarea de historiar un año que por los hechos que en él se han realizado, lo mismo en los distintos Estados europeos que en nuestro país, será siempre uno de los más notables que cuenta en sus páginas la historia: el 1492.

FIN.

# ÍNDICE

## SEGUNDA PARTE

Págs

